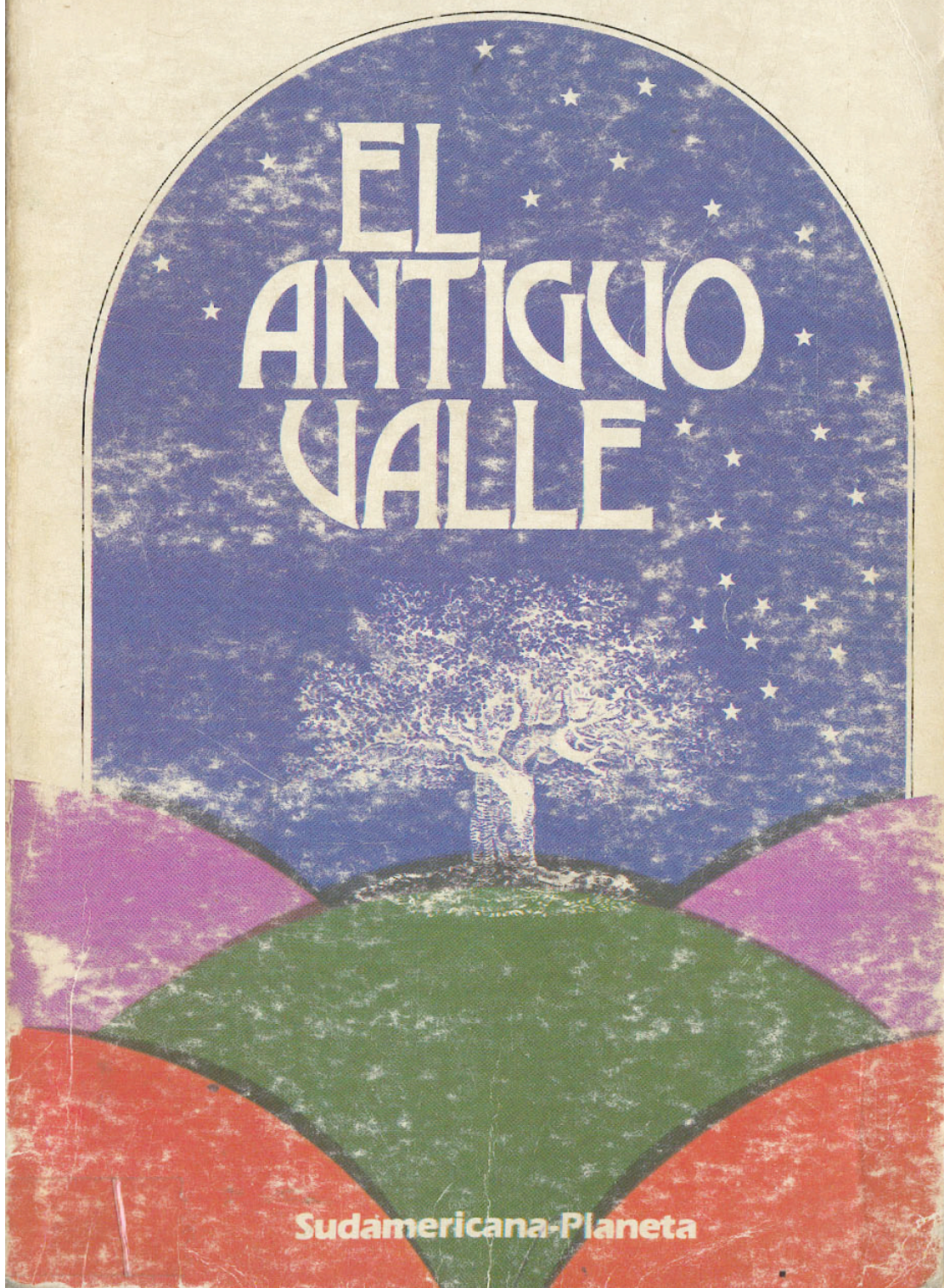


ROBERTO THEMIS SPERONI

**"Hay locos que se creen profetas.
Yo soy un profeta que se sabe loco."**

EL ANTIGUO VALLE



Sudamericana-Planeta

ROBERTO THEMIS SPERONI

El antiguo valle

Prólogo de Marcos Aguinis

Sudamericana/Planeta

Portada: Carlos Milanesi

© 1985, Editorial Sudamericana / Planeta S.A.
Humberto I 545, Buenos Aires.
Hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN 950-37-0150-3
Impreso en la Argentina

PRÓLOGO

Antes de que J.R.R. Tolkien fuese conocido en castellano, Roberto Themis Speroni creó un deslumbrante poema en prosa desde su residencia en City Bell, que fue preservado amorosamente durante décadas antes de ser entregado a la multiplicación editorial.

El antiguo valle es una gema literaria. Polifacetada y atrapante. Intemporal. Rotura un espacio mítico poblado de nombres y acontecimientos que escapan a los biombos de la geografía. Crea un mundo de leyenda. Se nutre en las leyendas y reformula leyendas.

Pero, sobre todo, su lectura nos pone frente a un homenaje monumental a la palabra. No es ésta el instrumento de la anécdota, sino la anécdota el recurso conveniente para exaltar la palabra. La prosa de Speroni es caudalosa e iridiscente. Todas sus líneas configuran un torrente de imágenes originales y robustas que nos aseguran la existencia de una fuente inagotable de vocablos y metáforas, de encuadres y sensaciones.

Por cierto que el poeta necesita ejercer un cómodo dominio del lenguaje. Esto es obvio en Roberto Speroni. Pero en El antiguo valle su castellano se lanza a la aventura de exceder el tabicamiento de una época y, sin la pretensión de globalidad, desborda los límites de su tiempo, su región o su país. Speroni describe su aldea, sí, pero su vasta aldea interior. Allí habitan lecturas arcaicas y recientes, influencias europeas y americanas, contrastes argentinos y reminiscencias escandinavas, olor de pampa y libertad de gaucho, así como hálito alpino y fantasía de golem.

Su sensorialidad excitada nos ofrece un catálogo asombroso de hallazgos lingüísticos. Nos regala un banquete de filigranas en cada región. Esta obra, sin embargo, no fue escrita con exceso de cuidado, sino con inspiración desenfrenada. Atornillado a su mesa de trabajo durante tres meses, sólo interrumpía el desgranamiento incesante de imágenes para beber café. La belleza se vertía en hojas de papel estraza.

Mucho después de concluir esta ofrenda a la poesía de nuestro tiempo y otros, Speroni fallecía a la inconsolable edad de 44 años.

MARCOS AGUINIS

*Hay locos que se creen profetas.
Yo soy un profeta que se sabe loco.*

ROBERTO THEMIS SPERONI

*Acabo de adquirir en las colinas
un bote que la muerte puso en venta
Allí edificaré para la iguana
un espejo de jade y, si es posible,
si el tiempo lo concede, haré con cedro
un puente de amor, por si algún día
alguien quiere salir a divulgarme
tal como soy y si fui cerca del canto.*

Fragmento de Elegías alfabéticas

R. T. S.

*He aquí mi tarea: ser un hombre,
pronunciar las palabras de la carne,
lavar mi ropa, cepillar mis ojos,
pulir lagartos, levantar ladrillos
de soledad, vagar en los racimos
y tenderme a la sombra de la arena
debajo de mi vello, y descubrirme,
saludándome a solas, con un látigo
estallando en el aire de su alcance.*

*He aquí mi actividad humana,
mi trabajo de plomo cotidiano,
hijo de la fatiga, padre enorme
de mi quehacer mortificante. Busco
vértebras sueltas, codifico ejemplares,
encasillo ruinosas reflexiones
que me orienten, que digan si es culpable
este niño de harina que sostengo
en la grupa del alma. Yo pregunto
si mi tarea es justa, si algún día
le harán un homenaje a mis axilas
por el amor de hierro que las moja.*

*Yo pregunto si no es bastante. Inquiero
a mis vecinos, a los peatones,
el telégrafo enfermo de los seres
que concurren a ferias, que caminan
sintiendo a mi país como a un molusco
de urticante contacto. Nadie sabe.
Nadie responde. Nadie se estremece.
El amor es apenas un albatros.*

Fragmento de Sólo canto de hierro

R. T. S.

LIBRO PRIMERO

NOTA DEL EDITOR

El autor no pudo corregir el contenido de esta obra. Resuelta la publicación de El antiguo valle por decisión familiar, se respetó la intocada versión original.

*“Vete de viaje, hijo querido,
y recuerda siempre mis consejos...”*

ALEXIS KIVI

Libre soy. Hijo del viento y de los pájaros, mi corazón ha de cantar para vosotros las viejas maravillas, los sucesos hechizados y simples de la vida feliz. Envejecido con la doble vejez del pino y del mochuelo, he andado la tierra y el aire, y en sus caminos mi alma ha aprendido los altos conocimientos del Señor. Acercaos a los leños que crepitan bajo las estrellas de esta noche de junio; poned vuestros cuerpos al calor de la lumbre y escuchad mi canto. Arriba, la Vía Láctea abraza el pecho azul del espacio y la paz es amplia como un pecho de mujer próxima a parir. Vibran los grillos en las altas hierbas, y el invierno está lejos, como un amigo ganado por el mar.

Oíd: detrás de los olmos los genios de la sombra bailan y soplan sus flautas de plata, y en los grandes hongos amarillos la Luna esconde sus monedas de harina, mientras que en los bosques de cedros y castaños todavía vagan los desnudos pies de las extraviadas de amor.

Soy libre y voy a cantar para vosotros, hijos de la tierra, hermanos del trigo, mayores del agua, cosechadores de sueños y leyendas. Voy a cantar las viejas maravillas que cantaran mis abuelos de sus abuelos y la historia de ese valle que se posa bajo las constelaciones del Sur. Encended vuestras pipas, acomodad el largo vigor de vuestros jóvenes cuerpos y escuchad con atención que voy a comenzar, ahora que duermen las majadas y el lobo de roja pupila huye del resplandor de las hogueras; ahora que los niños viajan a la Luna y los ancianos sonríen en sueños dentro de la muerte; ahora que mi corazón quiere sacudir su antigua música entre vosotros, como sacuden los álamos blancos el polvo de su corteza. Ahora, pues, voy a comenzar.

CANTO PRIMERO

Cuando los robles recién apuntaban hacia el sol, cuando la piedra solitaria erguía su muela en la montaña y los breñales llegaban a la línea del ojo, allá, en el horizonte; cuando los caballos salvajes combatían entre sí, y en las aguas de los arroyos y ríos el pez saltaba sin temor sobre las ondas; cuando las águilas y los halcones abrían las alturas del cielo y los lagartos esmaltaban el verde arenoso del estío, yo, Vasler Cra, llegué al valle de Nir después de duras y largas jornadas de marcha.

De pie sobre un risco, apoyado en mi cayado de boj, crecida la barba y seco el rostro por los vientos vagabundos, vi, a treinta tiros de fusil, el más hermoso lugar de la Creación. Mucho me habían hablado de aquel valle en mis andanzas, mas nunca esperé encontrar región de tanta fertilidad y colorido. Ante mí se extendía una hermosa comarca surcada de arroyuelos y dividida por un gran río. Aquí y allá grupos de árboles protegían el descanso de pastores y bestias, y lejos, cerca del antepecho de la montaña, las casitas blancas se amontonaban como un rebaño. Huertas y sembrados, montecillos frutales y parcelas recién aradas respiraban el aliento de Dios, y de todo se desprendía, lento y sereno, un himno de laboriosa y apacible vida. Volaban las golondrinas y el cielo estaba tan claro que parecía el cabello de un niño salpicado de luz.

“Este es —me dije— un tranquilo lugar.” Y comencé a bajar por una senda de guijarros, hacia el valle de Nir, con el paso ágil y el alma henchida de gozo, golpeando con mis sandalias de cuero de jabalí las chispeantes piedrecillas semejantes al granizo primero. Así andaba yo, y así me saludaban los campesinos que iba encontrando; los hombres agitaban sus azadas y segures, las mujeres sus manos curtidas y alegres y sus pañuelos multicolores. Así andaba yo, y los insectos también me saludaban, y las aves, y las espinas de la zarza, y los fríos gusanos de seda que comían el oscuro follaje de las moreras, y los acianos y yaros, y las espigas y el ala de las mariposas. Y ellos decían: “¡Aquí está Vasler Cra, el

alegre camarada, el holgazán, el cazador de osos, el hermano de todos los seres! ¡Aquí llega, cantad para él, que él conoce vuestro lenguaje y también os saluda con sus ojos tranquilos!”. Y yo sonreía y silbaba una dulce balada que aprendiera de mi padre, y que era mi favorita, porque siempre me gustaron esas músicas antiguas, a veces un poco tristes como los caminos mojados por la lluvia y los campanarios puestos ante la frente del ocaso. Así andaba yo y así llegué a la aldea, y los chiquillos corrían a mi lado y gritaban: “¡Un hombre de barba, un forastero ha llegado al valle...!”. Y miraban mi pesado cuchillo de monte, mis piernas sucias de andariego, mi grueso cayado de boj. Yo reía y apartaba gallinas y criaturas y perros curiosos, inclinándome ante las viejecitas que salían a mirarme a las puertas, tan pequeñas y dulces con sus cofias blancas y sus amplias polleras oscuras.

Y de este modo conocía al herrero, parado ante su fragua, y al cura en su pollino, y al vendedor de pájaros, con sus jaulas de mimbre a las espaldas, y al campanero giboso y triste, y a las muchachas de pechos levantados, y a los mozos de enormes manos y cabezas diminutas; conocí las calles de piedra y las casa de sólida madera, y la taberna y todo lo que conoce un forastero cuando llega a una aldea y las pupilas lo miran como si fuera de vidrio o tuviera las orejas velludas y el hocico del cerdo salvaje. Por que bien sabido es que al campesino no le agradan los extraños, y menos los que tienen las ropas gastadas y las barbas polvorientas. Sin embargo, cuando los robles apuntaban hacia en sol, yo, Vasler Cra, entré al valle de Nir, y allí me quedé durante cincuenta años.

CANTO SEGUNDO

¡Alabemos el paciente músculo del hombre, la torre sudorosa de su fe! ¡Alabemos el brazo que desbroza y las herramientas pulidas, y a su familia y a la fuerte mesa del hogar donde llegan las legumbres y la carne, el vino optimista y el queso que afianza los huesos en el cuerpo! ¡Alabemos todo lo puro y noble, lo simple y cotidiano de los seres que labran el contorno de Dios! Cantemos, pues, su verdadera esencia, y vosotros, hombres que me escucháis, sabed que por la boca de un anciano solamente hablan la experiencia y lo digno de imitarse, y nunca la maldad y la ignorancia.

Tiempo después, yo, Vasler Cra, era un habitante más del valle de Nir. Desde los ancianos a los chiquillos, desde las aves a los osos y los lobos del bosque, desde las muchachas a las piedras agudas del torrente y a las nubes que coronan la testa fría del Gran Taler, mi figura y mis pasos eran queridos y respetados por ancianos, osos, lobos, chiquillos, aves, piedras, muchachas y montañas, porque yo había conseguido parecerme a ellos, y además cantaba para ellos en las crudas veladas de invierno, frente a las llamas y junto a una medida de sabrosa sidra fermentada, generosamente ofrecida. De este modo, a cambio de mis cantos y trabajos, tales como tejer cestas de mimbre, cortar leña, cazar fieras y ayudar a cuantos necesitaban de mis brazos, el viejo labrador Hilmar Gaz me dio un lugar en su casa, cediéndome una parte de su granero como habitación, y colocando en él un hornillo de hierro fundido para mitigar las ásperas noches de la nieve. Además, su buena mujer facilitóme unos calzones de gruesa tela y un par de botas claveteadas que, según dijo, pertenecieran a un hermano suyo muerto en un temporal y al cual me parecía tanto como un fresno a otro fresno. Solucionada de esta manera mi vida en el valle de Nir, no escatimé esfuerzos para merecer los favores dispensados por aquella gente bondadosa, desempeñando mis tareas con ahínco. Contaba entonces veintiséis años, y era sano y feliz como un ciervo con sus astas de tres brotes. Pero dejemos correr estas noticias y hablemos de Hilmar Gaz y de su familia campesina, que era una de las más antiguas del valle. Tenía el viejo Hilmar una extensión de tierra próspera y bien labrada, un millar de ovejas y varios centenares de aves de corral; su casa estaba siempre limpia y ordenada, y no le faltaban macetas rústicas de barro cocido, cuajadas de flores y helechos silvestres. Siempre humeaba su horno, y siempre se comía buen pan y se bebía mejor vino, y sus hijos, una bella niña de quince años y un desarrollado mocetón de veinte, hacían las faenas de la tierra cantando y riendo al lado de sus padres.

Una tarde, luego de las tareas, Hilmar Gaz, con quien acostumbraba tener largas conversaciones, me contó su historia, sentados los dos bajo una opulenta vid y fumando nuestras pipas. El sol resbalaba por las montañas, manchándolas de oro; se escuchaba el canto rápido de un mirlo, y, desde lejos, el coro de los campesinos que retornaban al hogar subía y bajaba según las lomas que atravesaban. Saltaba la esquila en los duros breñales, y el aire, fresco y suave, olía a hierbas y mariposas como las axilas de una joven desnuda en el río. Hilmar Gaz guardó la pipa y comenzó su historia, mientras el rostro patriarcal se le doraba lentamente con las luces del crepúsculo.

— Mis abuelos llegaron a este valle cien años atrás. Traían un puñado de semillas, un arado y un crucifijo, y también un fusil y los ojos dispuestos a mirar la tierra. Era gente

tosca y severa, de manos duras y cuerpos sufridos. Conocían las lluvias y los vientos, las épocas de la siembra y el amor de los animales; era gente ruda, sí, pero buena y creyente, temerosa de Dios y observadora de sus leyes. En este mismo lugar levantaron su morada y aquí nació mi padre, y bajo aquellos olmos que están cerca del arroyo descansan sus huesos gastados por el trabajo...

Hundió las pupilas en el horizonte, volvió a llenar su pipa y continuó, mientras la encendía:

— Mucho se hizo y dura fue la prueba. Se talaron montes, se aró y sembró con algo de fortuna algunas veces; otras, o era la peste que arruinaba el grano o las plagas que diezmaban las cosechas. Cada desgracia era una dolorosa experiencia, pero ellos no se dejaban vencer, y al cabo del tiempo tenían asegurada la ancianidad. Murió mi abuela, y Lasba Gaz, tal era su nombre, quedó solo con sus siete hijos, cuatro varones y tres mujeres, dos de ellas muy pequeñas. Al principio la vida se le hizo difícil con las criaturas, pero, a medida que fueron creciendo, se restableció la calma en la granja de Lasba. Llegaron las niñas a la adolescencia, y de ella pasaron a la mayoría de edad, esbeltas y bien parecidas. Más de un mozo de Nir puso en ellas sus ojos, pero las muchachas parecían ignorar a los pretendientes, siguiendo el curso de sus vidas. Se levantaban con el alba, limpiaban la casa, cuidaban las aves y ordeñaban las vacas y cabras mientras su padre, en compañía de los mozos, roturaba y sembraba la tierra.

Fue en una de esas mañanas que la desgracia llegó a la casa del viejo Lasba. Hallábase la mayor, Tibe, moliendo el grano, cuando un forastero se detuvo en el cerco. Era un apuesto individuo, de rostro enérgico y sonriente. Vestía chaqueta de cuero y polainas claras de fieltro grueso. Nada dijo ni nada hizo por descubrir su presencia. Esperó que la muchacha abandonara su tarea para saludar quitándose una gorra de piel.

— Que Dios no le quite jamás esa luz de los ojos. ¿Puede decirme si es necesario un hombre fuerte para trabajar en esta casa...? Tibe se sorprendió y el rubor subió a sus mejillas, pero reponiéndose contestó:

— Creo, forastero, que esta casa tiene los brazos suficientes, aunque nada perdería con hablar con mi padre —. Y así diciéndole, señaló a lo lejos, donde se divisaba el arado guiado por Lasba Gaz. Agradeció el forastero con una inclinación de cabeza y, trasponiendo la valla de un salto, dirigióse a largos pasos hacia donde le indicara la muchacha, mientras ésta lo seguía con la vista, extrañamente turbada.

Dos horas después el hombre era presentado al resto de la familia, y desde ese día Lorie Sufe —así se llamaba— trabajó para mi abuelo, el viejo Gaz. Pasaron los meses y el Gran

Taler perdió sus cabellos de nieve. Volvieron las golondrinas a piar en los aleros, y el valle levantó nuevamente su rueca de hierbas a la primavera. La cosecha, para ese año, fue magnífica; mucha gente se acuerda todavía a través de sus padres, y se la festejó como nunca en el valle. Los acordeones, no descansaron en una semana, y más de una reserva de vino mermó peligrosamente. Se bebía y bailaba hasta la madrugada, y el amor, ese duende rojo y bailarín que roza el corazón con una pluma y la sangre con el polvo de las cantáridas, hizo de las suyas en la estrellada oscuridad de las noches, lejos de las hogueras y el bullicio. Y sucedió que en una de sus correrías atrapó a Lorie y Tibe, arrojándolos a los fuegos de la carne y manchando el nombre de Gaz hasta la cuarta generación. Al tiempo nació el niño, y Lorie Sufe desapareció con su llegada, una mañana de mayo, cuando todo estaba arreglado para el casamiento. Mi abuelo nada dijo. Se echaron a suertes para ver quién lo traería de vuelta, y le tocó a mi padre. Silenciosamente, alzó un zurrón con provisiones, y echándose el fusil al hombro lo vieron internarse en los bosques, taciturno como un espectro.

Se adelantó el verano. Se fueron largas semanas de calurosa lentitud, y una tarde sofocante y húmeda que presagiaba tormenta la gente de Nir lo vio descender por la ladera. Adelante, encañonado con el arma, marchaba Lorie Sufe; detrás, mi padre, largos los cabellos y la barba, seguía lo con los ojos brillantes. Así llegaron frente a Lasba Gaz, que había encanecido en breve tiempo. “Aquí lo tienes —dijo mi padre—. Dime qué hacemos con él.” Mi abuelo era un hombre duro; miró al hombre que dejara la simiente de la deshonra en su casa, y luego sentenció, clavando en el rostro demacrado y temeroso de Lorie sus ojillos pardos: “Llévalo a las escarpaduras del Gran Taler y mátalos; pero antes, que el señor cura los una en matrimonio”. Y así diciendo, encendió su pipa y fuese a campo traviesa, las grandes manos a la espalda. Mi padre nada dijo ante las súplicas de Sufe; con un golpe del cañón en los riñones lo hizo marchar a la casa del cura y cumplir con los sagrados deberes del matrimonio; después, cuando ya era noche cerrada, las altas escarpaduras oyeron el disparo, y Lorie Sufe pasó a las leyendas del valle, junto al adusto rostro de mi abuelo. Tibe continuó su vida en el hogar paterno, silenciosa y envejecida, cuidando al niño que crecía sano y feliz. Los hermanos de mi padre emigraron detrás de las montañas; las muchachas se casaron una a una y se fueron también. Sólo mi padre quedóse trabajando las tierras. Y cuando murió Lasba Gaz, éstas quedaron en sus manos, pues Tibe marchóse a la ciudad junto con el niño, que ya era un mozo de catorce años.

La noche cerraba sus últimas puertas; cantaban los grillos y las casa mostraban sus luces amarillas. En el cielo puro del valle brillaban las estrellas. Hilmar Gaz se levantó y entró

en la cocina, dejándome solo; entonces sentí los huesos fríos como si corriera por ellos una liebre de nieve.

Poco faltaba para la cena, pero igualmente encendí mi pipa de brezo y me di a pensar en lo narrado por el viejo Hilmar, sintiéndome súbitamente entristecido. Era la mejor hora del valle. Lejos, hacia el poniente, las latas montañas erguían su negro silencio contra un cielo sereno. Cientos de luciérnagas goteaban el oro verdoso de su vuelo entre las retamas y laureles, y el olor del tomillo y la albahaca flotaba con pereza en el aire. Seguramente esta noche no saldrían las brujas de las entrañas del Gran Taler, y los genios del agua y de la piedra irían entonces a bailar en la frescura de los encinares y en las llamas que encienden los pastores para ahuyentar al lobo y al chacal. Hora bella esta en la que Dios recorre los sembrados y las huertas con pie de algodón y guarda en sus barbas los pichones extraviados, y las mozas sueltan sus corpiños para que el ensueño del amor le entre por los pechos hasta el corazón. Hora bella, me decía, mientras fumaba mi pipa de raíz de brezo y la soledad me llenaba el alma, como llena la lluvia un cántaro olvidado en el erial.

CANTO TERCERO

Gente sencilla era, en verdad, la de aquel valle. Gente sencilla y laboriosa y alegre. Los domingos, después de cumplir con la segunda misa, reunidos en la taberna del “Pájaro y el oso”, reían y bebían como niños, mostrando sus sanos dientes y sus almas primitivas. Sí, era gente que me gustaba la del valle de Nir. Cuando me veían llegar, me saludaban corriendo a mi encuentro: “Salud, Vasler Cra...! ¡Ven, canta algo que valga la pena...!”. Y se arremolinaban a mi lado como las hojas del otoño en torno a los robles, sirviéndome el dulce vino de moscatel. Entonces yo, sentado en el suelo, cruzaba mis piernas y guiñaba los ojos a las muchachas que se tornaban del color de las amapolas, y cantaba para ellos lo que aprendiera en mis andanzas por este mundo del Señor, mientras el sol salpicaba las caras y los árboles, llegando al fondo de la sangre, como el vino. “Oíd, amigos —decía entonces—. ¡Oíd y callad, porque sólo canto para los hombres y mujeres que tienen el alma limpia como el lino y saben gustar de la leyenda...!” De este modo les cantaba los domingos, hace muchos años ya, a los sencillos habitantes del valle de Nir, pero ahora es diferente pues lo hago para vosotros, pastores y guardabosques del universo, hijos de la

tierra, labriegos, campesinos y hortelanos; canto para vosotros porque la ancianidad ha puesto sabiduría en mis labios y he aprendido que solamente vale el espíritu de los rústicos, de los que dialogan con el surco y la semilla, y aman a los tranquilos animales y a los insectos pequeños de la Creación. Escuchadme, pues, y echad más leña a la hoguera que amenaza extinguirse; gran cosa es el fuego, amigos, para los solitarios y temerosos, para los extraviados y los que necesitan protección. De él huyen las fieras y los asesinos, los cobardes y los ladrones, porque de llamas es la espada del Ángel y la ira del Señor. Echad más leña y volved a cargar vuestras pipas y acercad al rescoldo el tazón de vino para que hierva, que yo he de continuar con mis historias de provechosa trama para que alguna vez, cuando la muerte me conduzca más allá de la estrella del alba, las contéis a vuestros hijos y nietos a la orilla de la lumbre y en noches como éstas, cuando junio calza su sandalia de escarcha y en las higueras silvestres las hadas devanan sus husos de diamante.

Cierto día, desde valles cercanos llegaron los cegadores para la cosecha del trigo. Venían en grupos bulliciosos e inquietos como pájaros, enfundadas las segures a la cintura, polvorientas las ropas, tostados los rostros viriles. Venían con una canción en los labios, los guerreros del grano y de la espiga; los combatientes del pan y del trabajo. La aldea los recibió con alegría, pues los brazos expertos valen más que cien fuertes brazos ignorantes. Grupo a grupo fueron diseminándose en las granjas. Unos a lo de Hilmar Gaz, otros, a lo de Nurba Sasta, el de la tierra angosta y sufrida, los demás a los sembrados vecinos. Todos dichosos, todos con la risa en la piel y en los ojos y las hoces afiladas y el músculo pronto. Marcharon los días. Aquí y allá los campos se llenaron de gavillas. Doblábase el riñón, y los tendones parecían cuerdas de arco; transpiraban las frentes atezadas y las respiraciones seguían el ritmo de la sangre, la música de la vida. Aventóse la paja, rebosaron los silos ante los chorros promisorios del grano, y una tarde, grupo a grupo, cantando siempre, con buen dinero en el zurrón y el paso seguro, se fueron del valle los segadores, como se van las golondrinas después del estío. La tierra quedó pelada como una guija de las aguas, erizada de secos tallos, tranquila como una madre después del parto.

Yo, Vasler Cra, había trabajado con ellos en duras jornadas de labor, y la raíz de un aliso guardaba mis veinte monedas de oro, junto con una pluma de aguzanieve, porque no sé si sabréis que una pluma de estas aves aleja a los ladrones y a los duendes que se llevan las monedas para construir sus escaleras subterráneas. Y para reforzar lo que digo, os narraré, como última historia de la noche, lo que le sucedió a Iro Papermil, el robusto herrero de Nir, y que él me contara en un descanso de su trabajo.

Mucho había ahorrado Iro Papermil como primer herrero del valle, y mucha era también su codicia. Moneda a moneda, mes a mes, sufrimiento a sufrimiento, privándose de lo más importante y llegando a economizar hasta en el pan de sus hijos, logró acumular una considerable cantidad de oro, y como temía a los ladrones, lo ocultaba en el hueco de un olmo que levantaba su vejez en lo más intrincado del bosque, dentro de una caja de hierro que había construido para tal fin. Una noche, sorpresivamente, enfermó su buena mujer, y hubo que reclamar los servicios de la anciana Murba, ducha como ninguna en curas, sortilegios y encantamientos. Llegó ésta con su bolsa de extrañas hierbas, su pequeño caldero de cobre y su búho sobre el hombro izquierdo. Observó a la mujer de Iro, que más parecía muerta que viva, y luego de escupir sobre las brasas sentenció: “Tu mujer se muere si yo no intervengo; ve y tráeme seis monedas reales, de oro noble, y la tendrás curada para el alba”. Papermil quedóse inmóvil; “seis monedas de oro eran mucho dinero”, se dijo, y comenzó a regatear con la vieja, que parecía, sentada cerca del fuego, una de esas rocas ríspidas y musgosas que se suelen ver en el Taler. Los minutos pasaban de esta manera y la enferma quejábase en el lecho, sudorosa y febril, hasta que por último, Iro transigió y salió en busca de su tesoro, en tanto la anciana comenzaba a preparar los brebajes en su caldero de cobre, musitando los rezos que aprendiera de sus padres, y éstos de sus abuelos, y que resultaban infalibles, al decir de las gentes.

Papermil caminó a buen paso hasta llegar al lugar del bosque donde crecía el olmo. Metió su mano en el hueco, sacó la caja, y de ella extrajo las seis monedas relucientes, sintiendo cierta pesadumbre malsana al hacerlo. Quedóse contemplando su tesoro unos instantes, que eran casi cuatrocientas piezas de cuño brillante, y luego volvió la caja a su lugar, encaminándose a la herrería, maldiciendo entre dientes a la vieja bruja y a la peste que se ensañaba con el cuerpo de su mujer, robándole el fruto de su trabajo en forma de seis monedas. Cuando llegó, la madre de sus hijos dormía reposadamente y la anciana, sentada de nuevo cerca de la lumbre, aguardaba el pago de la cura. Iro Papermil, casi con rabia, le arrojó el dinero sobre las faldas, diciéndole: “¡Vete ya, si has terminado, vieja, y procura que los reales no tengan de pronto el peso de las piedras que arranca el alud...!”. Nada dijo la curandera. Incorporóse con lentitud y salió de la herrería con su búho sobre el hombro, su caldero de cobre y su bolsa de extrañas hierbas. Al día siguiente, la mujer de Papermil volvió a sus trabajos de costumbre, tan lozana y fuerte como siempre. Transcurrió una semana y las tareas de Iro le dejaron cuatro monedas de plata y doce de bronce, que él se apresuró a cambiar por dos de oro en la taberna. “Cuando caiga la tarde —se dijo— las llevaré al olmo”. Y así lo hizo Iro Papermil. Pero no suponía la sorpresa

que habría de llevarse: al destapar la caja, la había notado demasiado liviana; saltó de ella con ronco chillido una especie de lagarto de horrible cabeza, que no tardó en desaparecer por una grieta de la tierra, bajo unos helechos. Repuesto de la primera impresión causada por el animal, arrojóse enloquecido a mirar su tesoro, pero, ¡lluvia del infierno...!, estaba vacía y de ella se escapaba un olor penetrante, como de plumas quemadas con azufre. Blasfemando, ciego de rabia y desesperación, mesándose los cabellos, anduvo vagando horas y horas por el bosque hasta que la noche lo encontró dormido en lo más profundo de la espesura, deshecho por el cansancio.

Alto estaba el sol cuando regresó a la aldea, descompuesta la faz y pesado el paso. A nadie narró lo sucedido, ni aún a su mujer. Cuéntase que a partir de ese día trabajó como nunca, y como nunca aprovechó para gastar en el hogar el dinero ganado. Engordaron sus hijos y vistieron buenas ropas como pocos, y hasta él mismo cambió de carácter, volviéndose risueño y conversador, mientras que en lo más hondo de la tierra, donde duermen la salamandra y la mandrágora, y existen grutas de cristal y galerías de piedras preciosas, los genios agregaban cuatrocientas monedas de oro a sus infinitas escaleras subterráneas, ante los ojillos rojos y complacidos de un espantoso lagarto cuyo olor recordaba al de las plumas quemadas por el azufre.

Esto fue lo que me contó Iro Papermil, el herrero del valle de Nir. Pero, ¡ea! apagad las pipas y cubríos con las pieles del carnero que la luna ya cabalga la cresta del gallo nocturno y el sueño necesita de párpados y el cuerpo de reposo. Tú, Barda, que eres el más joven, monta el gatillo, vigila el hato y mantén vivo el fuego que yo, Vasler Cra, dormiré con vosotros; mañana, si Dios lo permite, cantaré de nuevo las otras historias del valle de Nir.

CANTO CUARTO

Henos aquí, reunidos nuevamente frente a los troncos llameantes. Buena ha sido la cena y fragante la primera pipa. No hay nada como un gran trozo de venado asado, queso de cabra y un jarro de vino con miel silvestre para el estómago del hombre que trabaja en los llanos. Alimentos así fortalecen el cuerpo, defendiéndolo de las nieves y los cortantes vientos que soplan su cuernos de hielo entre las peñas y los duros pastos salitrosos, donde

tirita la víbora y las oscuras alimañas de ponzoñoso contacto. Nada hay como esto, y yo, que aguanto casi ochenta floraciones de avellano, lo afirmo con palabra segura ante vosotros, hombres que recién alcanzáis la primera madurez. El mucho comer cansa la sangre y envilece el amor hacia las hembras, entorpeciendo la claridad de las ideas; quien come lo suficiente piensa con amplitud. Poco vuela el ánade de lleno buche, y más fácil se atrapa al oso después de cebarse con los espesos panales que ocultan las encinas en su tronco. Esta es una verdad, y como tal la sostengo, y si estáis dispuestos oiréis la historia de Orco, el ermitaño que habitó los pantanos que se extendían al oeste del valle de Nir, valle aquel donde pasé casi toda mi vida y en el que aprendí lo que ahora sale de mi boca.

Orco Mau resultó, llegando a la adolescencia, un alegre pillo, pendenciero y jugador, amigo del vino y la holganza. Había heredado de su padre una pequeña fortuna y treinta acres de buena tierra, pero Orco Mau prefería correr tras las faldas y los bailes, dilapidando su capital en dudosas aventuras, y no trabajar la heredad de sus mayores, que poco a poco iban cubriendo las zarzas y la hierba negra. Murieron los animales de labranza, se oxidaron las rejas de los arados, y los árboles frutales sucumbieron bajo las plagas; sin embargo Orco Mau, repudiado y mal visto, seguía su existencia ante el estupor de los ancianos, la envidia de algunos mozos de su edad y las miradas entre curiosas y apasionadas de la mayoría de las mujeres a las que tentaba con singular habilidad. Un día, para las fiestas del Santo de la Gruta, sucedió lo que muchos anticiparan: Orco Mau luego de una violenta disputa por uno de sus enredos amorosos, desafió a pelear con honda al hijo de una familia del lugar, que saliera en defensa del honor de la muchacha, puesto en duda públicamente por las alcohólicas charlas de Orco. Le dieron a cada uno una honda de cuero de corza y diez cantos rodados del tamaño de una nuez, y en la misma calle los pusieron frente a frente, a cuarenta pasos de distancia; deberían avanzar cuando el herrero diera la orden, disparando sus piedras el uno sobre el otro, siempre en línea recta y tirando a matar. La gente, en silencio, se fue ubicando, a prudentes intervalos. Brillaba el sol, y la mole del Gran Taler parecía un hombro colosal sosteniendo el cielo. Nadie se movía; sólo los ancianos cuchicheaban fumando sus pipas pausadamente y aguardando el desenlace de aquel combate cuyo resultado se adivinaba de antemano. Nadie superaba en el tiro de honda a Daniel Val, el desafiante de Orco, famoso en el valle por su puntería. De pronto se elevó un murmullo entre los presentes: el herrero había dejado caer sus brazos dando comienzo al duelo. Primero, Orco Mau volteó la honda sobre su cabeza, y el guijarro salió disparado como una bala, pasando a una cuarta del rostro de Daniel, que, sin alterarse, con el arma pronta, avanzaba lentamente al encuentro del pillastre. Otro volteo, y la segunda

piedra de Mau rozó la mejilla de Daniel Val, haciéndole un corte leve. Esto pareció enfurecerlo. Alzó el brazo derecho, zumbó el cuero, y un grito se levantó en todas las gargantas: Orco Mau dio tres o cuatro pasos, trastabilló y, girando sobre sí, cayó al suelo con la frente bañada en sangre. El tiro lo había alcanzado entre los ojos, fulminándolo como el rayo fulmina los árboles de la colina.

Varios mozos llegaron hasta el caído, lo levantaron y corrieron hacia la fuente donde lavaron su herida que sangraba en abundancia. “¡Está muerto...!”, gritaban las viejas y las mozas al ver el cuerpo inmóvil de Orco. “¡Está muerto...!”, repetían los chiquillos azorados y nerviosos como los corderos ante la inminencia del peligro, pero Orco Mau no estaba muerto; solamente tenía una profunda herida que le partía el entrecejo y que le había quitado el sentido, marcándolo para el resto de su vida con una imborrable cicatriz.

Terminaron los festejo patronales. El incidente dio motivo a que la taberna trabajara hasta muy tarde; nunca se vio tan concurrida ni tan animada, y la sidra, la cerveza y el vino no cesaban de saltar de las espitas a las medidas de estaño, y de éstas a los jarros de los bebedores. Llegó la noche, y con ella la paz y el silencio se adueñaron del valle de Nir. En grupos aislados, los labradores volvieron a sus casas, cantando algunos, comentando el incidente la mayoría, casi todos un tanto ebrios y fuera de sus cabales.

Al siguiente día Orco Mau salió de ladea con las primeras luces del alba, rumbo al oeste, a los pantanos de Nir, célebres por sus miasmas y traicioneras aguas, y nadie volvió a saber nada de él, hasta muchos años después.

CANTO QUINTO

¡Quietas aguas, espesos juncas, tranquilas lagunas de verde acechante y peligroso limo! ¡Ocultos senderos sólo conocidos por las víboras de negro y brillante ondular y por las arañas de pardo y repulsivo vientre cuya picadura paraliza y enloquece! ¡Sitios de enferma y triste vegetación que no alcanza jamás la altura de un niño, leguas y leguas de islotes monstruosos, de repugnantes helechos que destilan humores amarillos; de flotantes flores enormes que guardan entre sus carnosos pétalos una trampa mortal y pegajosa para el desprevenido insecto que es prontamente disuelto y engullido! Lugar de peces sanguinarios y voraces, de extraños coleópteros y hermosas libélulas. Así son los pantanos

del valle de Nir, y son sus únicos habitantes los flamencos y las grullas, las ánades salvajes y las gallinas de agua, los mosquitos y el pájaro que pesca.

Así son los pantanos, y allí se desterró para siempre Orco Mau, para buscar en la meditación y el silencio el rostro de Dios y la verdad que huyera de él a través de su vida. Muchos años pasaron, como digo, y fue un cazador quien trajo sus noticias a la aldea, una vez que llegara en procura de pólvora y tabaco. Según sus palabras, Orco Mau vivía en un islote del pantano, larga la barba, descalzo y vestido solamente con harapientas ropas. Había construido un refugio con juncos y tenía por todo alimento hierbas, caracoles y algún pez que cogía con una deficiente red de fibras. Poco habló Orco Mau con el cazador, y poco le interesaron al ermitaño las noticias de la aldea y la suerte de sus habitantes. Para él la vida recién comenzaba, y esa vida estaba dentro de sí, como el gusano en su capullo. Marcharon los años, tantos que no os interesaría saberlo. Los genios del pantano y las serpientes y las aves se familiarizaron con la magra figura de Orco. Logró hallar los caminos ocultos, siempre cubiertos con un palmo de agua, y pudo vagar a su antojo entre las islas y las peligrosas tierras, como si anduviera en suelo firme. Las fiebres, que al principio lo atacaron con rabiosas lenguas, no corrieron más por su sangre, y el delirio no lo asaltó por las noches, llenándole los ojos de monstruos y pesadillas. Orco Mau hablaba con Dios, y Dios lo escuchaba complacido.

Un invierno, el más crudo de todos los que conserva mi memoria, los lobos mataron innumerables ovejas. Las gentes acudieron a mí, y yo, Vasler Cra, organicé la cacería de bestias, pues era bien sabido que mi fusil no fallaba jamás. Junté a los mozos cuya capacidad conocía y salimos en busca de las fieras, llenos los zurroneos de alimentos y las armas convenientemente cebadas. La nieve cubría los llanos y los árboles se doblaban bajo su peso. Silbaba el cortante viento del valle, y sus trompetas heladas quemaban el rostro y rajaban los labios y cristalizaban las barbas, enrojeciendo las pupilas.

Varias jornadas anduvimos sin que los hambrientos lobos delataran su presencia. Llegada la noche, acampábamos al lado de los grandes árboles, y las hogueras chispeaban alegremente, alimentadas con resinosas ramas de pino. Hervían las marmitas, se encendían las pipas, y todos, estrechamente juntos, comentábamos las peripecias del día, encerrados en nuestras pellizas de carnero. A los once días de marcha, y estando cerca de los pantanos, dimos con un grupo de lobos que se disputaban los restos de un chacal. Olfatearnos y volver hacia nosotros sus ojos relucientes fue cosa de un minuto. Aullando como demonios en la borrasca se lanzaron a la carrera a nuestro encuentro, capitaneados por un macho musculoso, cuyos dientes blanqueaban, enormes y agudos, en la sangrienta

quijada. Calzamos las armas, y luego de comprobar el estado de los fulminantes, nos abrimos en semicírculo, esperando que se pusieran a tiro. Eran ocho en total, y nosotros solamente cinco. “¡No gastéis municiones —grité— elegid cada uno una bestia; para mí es el macho cenizo que viene a la cabeza...!”

Los animales estaban ya al alcance de nuestros fusiles. El lobo cenizo, dando saltos elásticos, corría como el viento, levantando nieve con las garras y aullando roncamente. Lo dejé llegar a quince metros y bajé el gatillo. paróse de golpe, sacudió la cabeza y cayó, con el pecho atravesado por la bala. Los mozos habían disparado también, pero con menos fortuna. Cuatro lobos seguían hacia nosotros, sin acobardarse y con el mismo ímpetu. “¡Cargad de prisa, grité a los mozos, que ésta es faena hecha...!” Mas mis palabras carecían de sentido y verdad: de un bosquecillo cercano vimos salir una treintena de animales, atraídos seguramente por los aullidos de sus hermanos, que ahora, adivinando al grueso de la manada, se revolvían furiosos a pocos metros de nosotros, aguardando para el asalto final. Volvimos a disparar, y cayeron cinco. “¡Al bosque —exclamé con imperiosa voz—, allí nos defenderemos mejor...!” Pero aquello también resultaba imposible: las bestias, divididas, corrían velozmente, cerrando un círculo del cual éramos el centro. Los muchachos eran valientes y no estaban acostumbrados a temblar, pero yo, Vasler Cra, vi en sus ojos el miedo que entorpece los músculos y vacía la cabeza y oprime el corazón. “¡Sacad los cuchillos, bravos aldeanos de Nir...! ¡Treinta lobos son poco para Vasler Cra y sus amigos...!”, bramé aunque sabía que teníamos perdida la batalla y que sólo un milagro nos salvaría de las bestias.

Muy cerca se hallaban ya, tanto que sentíamos sus agitadas respiraciones y el olor de sus pelambres húmedas. Daban vueltas y vueltas esperando que uno de ellos iniciara la carga definitiva. Voló un minuto angustioso, y cuando nos disponíamos a soportar el asalto final, fuertemente aferrados a los cuchillos de monte, escuchamos desde el pantano un grito extraño, como un lamento triste y prolongado que se estiró en la nieve. Miramos en esa dirección, y nuestros ojos quedaron desorbitados: marchando hacia los lobos, Orco Mau, blancos los largos cabellos y la barba, semidesnudo y descalzos los pies, caminaba lanzando de tanto en tanto su misterioso grito. Las bestias estaban inmóviles, vueltas las ásperas cabezas y temblorosos los flancos. El ermitaño detúvose a un tiro de honda, luego levantó su mano descarnada y, señalando el bosque, pronunció aquellas palabras que jamás olvidaríamos. “¡Volved a los cubiles, ladrones de carroña, verdugos del cordero; volved antes que la ira del Cielo os quiebre los espinazos y seque vuestras lenguas y pudra

vuestros dientes. Volved, que la muerte está cerca y puede cogeros como el halcón a la desprevenida paloma, como el anzuelo al confiado pez...! ¡Marchad, os digo...!”

Entonces, ante nuestros ojos, hízose el milagro: una a una las bestias trotaron en dirección al bosque, los rabos entre las patas y caídas la macizas cabezas. Una a una, como os digo, fuéronse dispersando en el frío de aquella mañana inolvidable, ante el mandato de Orco Mau, el ermitaño del pantano de Nir.

Confundidos, llenos de un santo respeto por ese hombre que antes fuera un bandido de duros sentimientos y que ahora dominaba a los primitivos seres del bosque con su palabra y su gesto, caímos de rodillas y le rogamos su bendición. Él, siempre en el mismo sitio, alzó su mano seca, como la vid en el invierno, y derramó en cada pecho su clara palabra: “¡Que Dios os de larga y apacible vida, campesinos de Nir; que vuestros hijos crezcan sanos y laboriosos y que las cosechas maduren con felicidad y provecho!” Y así diciendo regresó sobre sus pasos y se perdió en las brumas del pantano como un espectro de revueltos y blancos cabellos llevado por el viento.

CANTO SEXTO

Aquí, sin duda, las primaveras son bellas y radiantes como una pulida medalla perdida en la fresca hierba, pero aquellas el valle de Nir sí que eran hermosas y fragantes como no he visto otras en mi andariega vida. No creáis que pretendo ofender vuestras estaciones. No; nada de eso. Comparo solamente las unas con las otras y digo después lo que dicta mi corazón.

La gente despertaba una mañana y sabía que la primavera estaba con ellos. Primero se olía en el aire, después se la distinguía en los árboles y en las cosas, en los animales y en las personas. Era como si de pronto las hormigas oscuras y los gusanos que duermen en la corteza, las mariposas y los topos, las arañas y los grillos, los pájaros y los peces salieran juntos y cambiaran el brillo de las hojas, el color del aire, la forma de la nube, el zumbido de las abejas y el gusto del agua, mientras que detrás de su trabajo, los duendes y geniecillos, las hadas y los dioses del bosque, levantaban los senos de las muchachas y el matiz de sus mejillas, poniendo en cada corazón una campanilla de rocío y en cada boca una balada feliz. ¡Oh, si hubierais visto vosotros las primaveras de Nir! ¡Qué esplendor en

el follaje reflejado en las tranquilas aguas de ríos y arroyos, junto a los verdes caracoles y a las plantas acuáticas; qué paz sumergida en las serenas ondas, donde los rayos del sol se doblan como finos mimbres de oro!

Para esa época, yo, Vasler Cra, salía a recibirla junto a un viejo molino, pues era allí donde llegaba primero la primavera, por una razón que os contaré ni bien llene mi pipa.

Como os decía, la primavera llega siempre primero al viejo molino. Cae desde el cielo, suelta su cabello azul, muestra los senos redondos y duros como membrillos donde asoman dos pezones como dos brotes de mora y se hunde en el agua quieta y profunda, cerca de la gran rueda rota y musgosa, golpeando el sosiego del agua con sus rosados muslos que espantan a los pequeños peces rojos, que tienen los ojos del color del vidrio fundido y las colas de húmedo tul. ¿Por qué se baña en ese sitio la primavera, junto a las derrumbadas paredes del molino y las podridas vigas de roble, junto a los orinados cangilones y las grises piedras de moler, semihundidas en la tierra? ¿Por qué no busca las fulgentes lagunas, en lugar del sombrío molino rodeado de seculares castaños y polvorientos olivos...? ¡Oh, todo tiene su respuesta!

Cuenta la leyenda que el molinero Burba Elbe era joven, rubio y hermoso como un dios, y que además tenía el vigor y la salud de los atletas. Sus brazos y su molino nunca descansaban. Corría con fuerza el agua que hoy permanece quieta, y la enorme rueda, impulsada por la corriente, giraba y giraba, moviendo las amoladeras y llevando la felicidad y la paz al dichoso propietario que cantaba de la mañana a la noche. Hermoso y fuerte era Burba Elbe, el molinero, y amante de los pájaros y de las flores que crecen en mayo por toda la campiña. Un domingo a la tarde Burba hallábase mirando el vuelo de las golondrinas, tendido de espaldas en la hierba y con las manos debajo de la nuca. El alto cielo abríase ante sus ojos, y él tenía la sensación de flotar en el medio de una inmensa flor, mientras las golondrinas vagaban a su alrededor como negras y diminutas estrellas fugaces y el tiempo no era nada más que un capricho curioso y lento, algo así como un árbol gigantesco que creciera siempre hacia la eternidad.

Largo rato miró el vuelo de la aves Burba Elbe y, sin darse cuenta, quedóse dormido al sol, como un niño olvidado en una gavilla, en medio del anchuroso campo erguido de amapolas y valerianas.

Llegó el ocaso, y con él despertóse el molinero, extrañamente pálido y con el ceño contraído. ¿Qué misterioso sueño le había llenado los párpados y el alma? ¿Qué visión, acaso colocada en su frente por los genios del trébol, preocupaba sus pensamientos hasta turbarlo de ese modo?

Con paso lento regresó al molino, y los días se sucedieron sin que las piedras molieran el grano. Resoplaba la fragua del herrero, se pulían los arados en el surco, mordían las hachas el tronco de los robles y encinas, vigilaban el hato los pastores y lavaban las mujeres en las orillas del río, cazaba pájaros el cazador de pájaros, y hacía cestas el cestero, y jugaban los niños, y se enamoraban las muchachas, y el tabernero vendía su vino; solamente el molino permanecía quieto en el centro del llano, cerradas sus ventanas y apagada la hornalla, girando en vano sus verdosos cangilones.

“¿Qué te sucede, Burba Elbe...? —preguntábanle los viejos, al pasar—. ¿Estás enfermo? ¿No quieres ayuda?” Aquel negaba con la cabeza y fumaba su pipa sentado cerca del agua que rozaba su molino, cada vez más demacrado, cada vez más triste y pálido. Cierta mañana unos niños que perseguían a un zorro pequeño trajeron la noticia: al pasar cerca del molino vieron que algo flotaba en el agua transparente. Era Burba Elbe. Cuando lo sacaron, descubrieron que sus manos aferraban, junto con el limo, una hermosa trenza de finísimos cabellos de oro. Le abrieron los endurecidos dedos para quitarla, y, ¡Oh, prodigio!, no bien lo hubieron hecho, un golpe de viento la arrebató y se alejó llevándosela a la alturas antes de que nadie la tocara.

Los presentes quedaron inmóviles, como si la sangre de pronto se les hubiera trocado en hierro y los rostros en piedra; después la voz de una anciana se oyó con un quebrado murmullo, tal era su vejez: “¡Enterradlo aquí! ¡Burba Elbe se ha desposado con la primavera! ¡Mirad cómo ha florecido de golpe el almendro y cómo cantan las alondras en la copa del castaño! ¡Oíd, campesinos de Nir, la música del aire! ¡Yo soy más vieja que vosotros y sé lo que digo! ¡Yo he visto esa trenza, hace muchísimos años! ¡Enterradlo aquí, cerca del agua, que ella llegará en cada estación a bañarse en su profunda frescura!”.

Todos se volvieron hacia la anciana. Era ésta una reducida mujer centenaria, de rostro oscuro y lleno de arrugas como las tapas de esos antiguos libros que guardan las iglesias. Apoyábase en un nudoso bastón y sus ojillos grises fulguraban como dos chispas en la boca de la fragua. Sí, la conocían bien; veinte hijos dio al mundo, y los veinte fueron honrados y trabajadores. Su palabra era digna de fe.

Con respetuosos movimientos hicieron la fosa y le dieron sepultura al que en vida llamárase Burba Elbe, el molinero. Rezó el cura las oraciones por el eterno descanso de su alma, y formando grupos se alejaron del lugar, entristecidos y silenciosos.

Yo, Vasler Cra, siempre he sido curioso de las cosas del cielo y de la tierra, y a la siguiente primavera, antes que nadie, estaba en el viejo molino aguardando el milagro. Era una mañana de limpio sol. Cantaban los mirlos y las alondras, y en la llanura pacían los

dulces animales del Señor. Todo anticipaba el advenimiento. Llegué a los castaños y me senté cerca de las aguas, y así transcurrieron los minutos. De pronto un movimiento alteró las hojas de los castaños y el aire se estremeció ligeramente, como la superficie de un lago rozado por una pluma invisible. Oyóse con más intensidad el canto de las alondras y mirlos, y una corriente aérea de mariposas y libélulas, de abejas y cigarras, pasó sobre mi cabeza como un río de cobre, como un puñado de semillas aladas saliendo de una botella azul. Miré los árboles; el almendro había estallado en blancuras imprevistas, y las abejas discurrían de flor en flor, con laborioso regocijo. Enamoraba un palomo de hinchada garganta la proximidad de la hembra, dos ardillas de esponjosa cola, jugaban entre alegres chillidos por las ramas de un castaño, y las arañas amarillas, ésas que tienen una palabra escrita en el viento bulboso, danzaban cerca de un helecho una zarabanda nupcial. En las aguas inmóviles los peces rojos nadaban veloces, y sus golpes de aleta apenas si tocaban el sumergido paisaje, tan parecido a una de esas ciudades donde dicen habita la muerte que asiste el sueño de los jóvenes.

De improviso un ruiseñor oculto en la fronda abrió su pico de diamante, y un himno glorioso subió a las alturas como una fina columna de música, para luego desplomarse, rota en brillantes fragmentos, y correr por las hojas y los troncos y los arrecifes del aire, bajando, hasta que, llegado el momento en el que parecía callarse con la última nota, subía nuevamente y tornaba a repetir el inigualable motivo de su canto, que giraba como una rueda armoniosa en un eje de luz.

Sí, no era cosa de dudar, la primavera estaba ya en el viejo molino, y esperaba el espectro de Burba Elbe, el hermoso enamorado que le arrebatará su trenza de oro. Cautelosamente, me fui acercando a las quietas aguas donde se ahogara el joven Burba. Cautelosamente digo, y ésa es la palabra. Hacía menos ruido que la serpiente, menos ruido que una gota de viento al cruzar una grieta, menos ruido que un cabello al caer sobre la arena. No bien hube llegado a la orilla, me tendí de bruces y asomé mi rostro a las hondas grutas del limo. Un rayo de sol abrióse paso entre las hojas y atravesó, como un venablo, el líquido mundo de los peces y se clavó en el fondo. Todo sucedió rápidamente y duró lo que dura el relámpago, pero, a pesar de ello, yo, Vasler Cra, alcancé a distinguir, acostada debajo de las aguas, a una mujer como jamás verán humanas pupilas. Retiróse el sol, se enturbió la pura superficie, callaron los pájaros, y una ráfaga de viento alteró los grandes castaños. Sentí como si una fiebre extraña me mordiera el corazón y me helara las sienes, y, dando tumbos como un ebrio, regresé a la aldea, y a nadie conté, por lo menos en esas tierras, lo que vieran mis ojos aquella mañana de limpio sol y cantos de alondra. Puedo

aseguraros que algunas mujeres me amaron en mi azarosa y larga vida, mas yo, Vasler Cra, después de aquella visión, jamás he podido amar a ninguna, tal es la belleza de la imagen que todavía conservo en mi alma polvorienta.

CANTO SEPTIMO

Atónitos y respetuosos escuchaban los pastores las narraciones de Vasler Cra, pues era éste hombre famoso por sus viajes y memorias. A él acudían los poetas y los sabios, los astrólogos y los adivinos, las hechiceras y los doctores del alma y de la carne. A él acudían cuando sus conocimientos no llegaban más allá de sus frentes y estudios. Porque Vasler Cra tenía la sabiduría que otorga Dios a los que han comprendido su obra y han cantado sus glorias y han visto la pureza con ojos de niño.

Varias noches pasó con ellos, refiriendo prodigios y maravillosas historias, sentado cerca de las fogatas como un viejo dios y cubierto con su oscura pelliza de carnero, noches de estrellado cielo y frías lunas de montaña. En una de ellas, después de haber abandonado la talla de una flauta que sus hábiles manos trabajaban en madera de laurel, dejó vagar sus ojos en las llamas y comenzó, ante la complacencia de sus rústicos amigos, un nuevo canto.

— Propicio es este tiempo del otoño y apacible y pura vuestra compañía, pastores. Bailan las llamas en la espalda del leño, y las estrellas están tan cerca que parecen higos de vidrio pendiendo de una higuera centenaria. Bien está esto de sentir el cielo al alcance de las manos y la tierra bajo los pies, y el aire en los pulmones, mientras la aldea duerme la paz del trabajo y en los cobertizos descansan el noble buey y el asno de gran cabeza y duro lomo. Vuelan los inocentes murciélagos, y el búho sapiente, de ojo amarillo, lee en los astros y planetas el destino del hombre. Propicio es este tiempo del otoño; apacigua el árbol su sangre tras la dura corteza y suelta sus hojas; la flor silvestre cubre la muerte de la hierba y alegra la cenicienta pradera donde el caballo salvaje y el ancho toro negro respiran la fuerte libertad; anda el hombre ligero de piernas y de músculos y su mente es clara como los manantiales que bajan riendo de la montaña. Allá, en el valle de Nir, donde mi vida transcurrió durante cincuenta años, vi, durante el otoño, a los genios y duendes celebrar sus vidas de trasmundo. Cosa curiosa ésta y digna y bella. Cuidaba yo una majada

de doscientas cabezas, y eran siete mis perros y ovejeros, alertas y duchos como pocos. Apacentaba, para ese entonces, en una de las alturas del Gran Taler, donde los pastos eran benignos y crecían por doquier, como si la mano del Señor se hubiera apoyado en ese sitio. Dura cosa es la soledad pero benéfica, pastores del universo. Seis semanas llevaba yo sin más compañía que mis perros y ovejas, en un peligroso estribo de la montaña, alimentándome de leche y rancio tocino, y pensando todo aquello que piensa un hombre cuyo espíritu busca la verdad de las cosas y de los seres. Comenzaba ya la séptima semana, y la luna nueva, como un odre que va hinchándose poco a poco, apareció entre los picos y flotó sobre piedras, hombres y bestias.

Magnífica noche veían mis pupilas. Las rocas y escarpaduras, los desfiladeros y casquijos, las vecinas montañas y el robusto pecho del Gran Taler parecían de sólida leche verdosa, y las estrellas, disminuidas por el resplandor lunar, brillaban muy lejos, con apagados estremecimientos. Sabido es que el pastor gusta de la música como el pájaro de su vuelo y la cabra de su libertad entre las peñas y roquedales, y yo, Vasler Cra, soy pastor de antigua y reconocida raíz; por tal razón tomé mi flauta de nueve cañutos y toqué las bellas canciones que la noche ponía en mi alma. Flotó el sonido en las escaleras del aire y con él flotó mi espíritu y mi corazón.

Cuando dejé de soplar la boquilla de caña la luna estaba en el centro del cielo, como un águila que oteara la cría de la Osa Mayor, y la hoguera comenzaba a perder su fuerza. Eché una brazada de leña, crecieron las llamas, y cuál no sería mi sorpresa al ver, dando saltos entre ellas, a un duende pequeño, de rojo vestido y puntiagudo gorro, que ni bien descubrió mis asombrados ojos estalló ante mis narices como una burbuja multicolor, desapareciendo al instante. “Poco dormirán los perros y ovejas —me dije— si andan sueltos los geniecillos del valle y la montaña.” Y desenfundando de prisa mi cuchillo, que estaba bendecido y templado en el Día de Todos los Santos, lo hundí cuatro dedos en la tierra, como enseñan los ancianos que hay que hacer para que los duendes no molesten a las majadas que pastan en noches de luna nueva.

Arreglaba mi cama de seca hierba para dormir hasta el alba, cuando el suave viento que habitaba la montaña me trajo un coro de risas pequeñas y el sonar de cascabeles. Sin duda alguna los duendes y genios celebraban, no lejos de allí, una fiesta nocturna, y no era yo, Vasler Cra, hombre de cerrar los párpados mientras existieran cosas que ver y aprender en las cercanías. Siguiendo el hilo de las risas y el sonar de los minúsculos cascabeles me fui orientando hacia un grupo de altos peñascos que formaban, no lejos de allí, una especie de resguardo natural. A medida que me acercaba, más fuerte se escuchaban las vocecillas de

aquellos seres burlones y mágicos. Sin hacer ruido trepé por las piedras, temiendo a cada momento que un guijarro desprendido de su sitio mostrara al caer mi inoportuna presencia, pero, finalmente, nada sucedió. Llegué por fin a las cresta de los peñascos y asomé el rostro. Ante mi vista se extendía una reducida planicie de finas hierbas, circundada, como lo he dicho, de altos muros rocosos, y en su centro, ¡oh, misterio! ¡oh, desconocido mundo de hadas y gnomos!, danzaban, al compás de una música extraña, un centenar de criaturas cuyo tamaño no alcanzaría la altura de un tallo de amapola. ¡Raro y singular efecto produjo en mí el baile de los duendes! Como un niño que sigue la marcha de un insecto de fulgurantes colores, así seguí yo, Vasler Cra, aquel vertiginoso ir y venir de pies azules.

No tardaron mucho mis ojos en descubrir entre los duendes a los más familiares: allá brincaba Tiel, el que junta las monedas ocultas y roba los collares de las mozas; más lejos Lilo, el que sopla sobre los gusanos de seda para que despierten y trabajen; Gurt, el viejo duende milenario que duerme en los encinares y cura los árboles enfermos y asusta a los peregrinos poniéndoles una piedrecilla en el oído; Mit, que desordena los troncos en las chimeneas y roba los ajos y esconde los zuecos en los graneros; Bol, el de las barbas verdes, que aleja a las orugas del lino y vuelca el agua de los segadores y les orina el tabaco; Zuf, el conductor de mariposas y avispas; todos estaban allí, bajo la soberbia luna del Gran Taler, saltando y brincando y haciendo sonar sus cascabeles tallados en sangrientos rubíes y claras esmeraldas. Todos estaban allí, y yo los miraba, pues pocas veces le es dado a un pastor contemplar tal maravilla.

De esa manera, con los músculos duros de estarme quieto, cansé los ojos en unos y otros y escuché sus músicas invisibles, ya que ninguno tenía ni soplaba instrumento alguno, y, sin embargo, la melodía nacía como si viniera del aire de la noche y de la misma tierra que pisaban sus alegres y rápidos pies. Imprevistamente, uno de ellos, no recuerdo cuál, vio mi cara asomada entre las peñas, y levantando una mano señaló en mi dirección, dando un fuerte silbido. Volviéronse todos a mí, y un coro de chistidos, gritos y soplidos salió del medio de aquella gentecilla que desapareció con la rapidez de los lagartos acuciados por el peligro, dejando tras de sí una fina niebla celeste y el eco de sus cascabeles. No me había repuesto aún de la sorpresa, cuando un tropel se escuchó a mis espaldas. ¡Ira del Señor! Mis ovejas, seguidas de los perros, bajaban al valle como una blanca centella, llevando en sus lomos, y esto es tan cierto como mis manos, un duende que las fustigaba con una vara de avellano. Sin poder hacer nada para evitar el desastre me lancé a la carrera tras el hato, vociferando como un poseído y maldiciendo las pesadas

bromas de aquellas criaturas. Recién cuando el alba borró las últimas estrellas y el sol iniciaba su tarea de oro logré rehacer la majada y volverla a los apriscos de la montaña.

Gente hay que duda de tales existencias y ríese del hombre que en ellas cree. Pero torpes son, y faltos de nobleza y de vacíos corazones, pues conócese enseguida que poco han disfrutado de la niñez y menos aún de las leyendas hogareñas y de las enseñanzas de la naturaleza. Quien mucho observa, mucho aprende, y quien mucho cree, mucho ve y disfruta del misterio. Seres hay que habitan las venas de la tierra y las flores y los árboles del mundo, y de ellos son los actos que el hombre no alcanza a explicar. La fruta no cae por su madurez ni las hojas abandonan la rama por su propio esfuerzo, ni por inteligencia no equivoca el rumbo la paloma ni el pájaro halla su oculto nido después de un vuelo en la borrasca. Os digo que ellos son los encargados de la belleza y del asombro, y los que hablan equivocadamente poco conocen las escrituras antiguas y los viejos sucesos. Días hubo en los orígenes del tiempo, en los que la Creación pertenecía a estos seres de infantil encanto, y era de ver entonces cómo la felicidad rodeaba los principios de la vida. ¿No lo cuentan, acaso, trovadores y poetas, juglares y saltimbanquis, hechiceros y sabios...? “Paganos son los que tales cosas creen”, dicen el ignorante y el falso cristiano, el idiota y el ladrón de honras, y sus vientres crecen a medida que se achican sus cerebros, y las puertas de Dios son cada vez más estrechas para sus cuerpos, porque ellos viven una falsa y equivocada gloria, nacida de sus apetitos hipócritas. Bueno es creer en hadas y genios, duendes y demás seres que habitan la tierra y el aire, el agua y el fuego; ellos participan de nuestras vidas y de todo lo que la Creación ha colocado para nuestro gozo sencillo; ellos cuidan el sueño de los niños y de los animales, y curan las plantas y colocan las flores y protegen los granos; ellos acumulan el metal precioso y el hierro que luego brillará en las rejas y azadas; ellos andan, en fin, de aquí para allá y sólo se enojan cuando se los niega o molesta o cuando en las hornacinas faltan las sagradas imágenes y alguien se olvida de alabar al Señor. A más de un labriego he visto acudir a las brujas y hechiceros para que mediaran ante los geniecillos y éstos salvaran las cosechas enfermas. ¡Cuántos trigales atacados por la peste, remozaron, tomando su primera lozanía! ¡Cuántos sembrados invadidos por la silenciosa y destructora larva aparecieron al siguiente día libre de plaga, verdeando bajo la suave brisa matutina! Obra de duende y genios era, sin duda alguna, aquel saneamiento, y no de hombres, pastores; que el hombre, ante ciertas cosas, carece de ciencia y capacidad para remediarlas, y pobre es su inteligencia si debe combatir con fuerzas invisibles.

De esta manera cantó Vasler Cra, una noche del otoño, cerca de las hogueras, como siempre, pues complacía hacerlo entre pastores y hortelanos, labriegos y campesinos. Digno era verlo en tales menesteres, y más aún escucharlo, ya que su palabra tenía raros encantos y sus años poseían una fértil experiencia, acumulada en dilatadas peregrinaciones.

Llegó la estación de las lluvias, y el cielo, roto como un fruto gigante, derramó el zumo vivificante de sus aguas. Giró el gran viento de la llanura, y los ríos y arroyos salieron de madre, hinchados y veloces, saltando y corriendo como ciegos carneros en un despeñadero. Encerróse la hacienda; las majadas se desterraron a los apriscos, y ya no se vio en las noches el chisporroteo de la fogatas pastoriles; entonces Vasler Cra fuese a hospedar en una granja de los alrededores, donde lo trataron con respeto y devoción.

CANTO OCTAVO

— Mucho debo agradecerlos, maese Ara Verg, vuestras atenciones para con mi persona. Viejo soy y mis huesos sienten ya el paso del tiempo, y mis espaldas intentan encorvarse como los olmos en la tempestad. Años atrás poca cosa resultaba el invierno para mí, pero ahora debo cuidarme de la muerte; no siempre el conejo más joven es el que tropieza con la trampa...

Escuchaban el granjero y su mujer y sus cuatro hijos con evidente agrado, y ardía en el hogar de roja piedra un grueso tronco de abedul. Dos lámparas colgaban de las sólidas cabriadas, y su luz amarilla ponía líneas de bronce en los rostros y en los objetos de humilde factura que se veían sobre los rústicos muebles de blanco pino. Amable había sido la cena, y el buen vino sazonado con tomillo cantaba en las venas y en el sano espíritu de aquellas gentes. Afuera la lluvia desataba sus líquidos nudos, y el viento galopaba un aullante potro de mojadas grupas. Oíase de vez en cuando algún balido temeroso o el piar de un pájaro azotado por el temporal en el precario nido. Se levantó maese Ara Verg y volvió con tabaco y pipas, y todos aguardaron que Vasler Cra iniciara uno de sus cantos famosos. Poco tuvieron que esperar; Vasler Cra llenó la cazoleta de la suya, y después de darle fuego con pausado ademán paseó su clara mirada entre los presentes, y comenzó su relato.

— He visto que aquí, como en el valle de Nir, crecen en primavera las velloritas, cubriendo de dorado vello la piel rugosa de las praderas; hermosa flor y de suave perfume es esta que os digo, y siempre trae a mi memoria una historia que allá en el valle fue famosa y que los poetas eternizaron en leyenda con justas y bellas palabras.

Así como hay años en los que el almendro da mejores pétalos y el trigo mejor espiga y el río mejores peces, así también da la naturaleza reales mozas de inigualable y singular belleza, virginales y graciosas, como para mostrarnos que siempre existe una perfección y que los dedos de Dios no se fatigan y repiten su tarea. Mozas hubo en el valle de Nir que sorprendían con sus hechizos, mas nunca hubo ninguna que igualara a Ani Silve, la del campo de la velloritas. Única hija de un matrimonio de tranquila vida, Ani Silve creció hermosa y libre como una gacela. De anchos ojos oscuros, fina nariz y rizados cabellos del color del vino, parecía una de esas estatuas que se encontraban antes de nuestros abuelos, en las grutas o a la orilla de los ríos de altos barrancos, y que tenían pechos pequeños, largas y fuertes piernas, y redondas caderas de bronce. Espléndida era Ani Silve, y los mozos inflamaban en vano por ella sus riñones y su corazón, y en vano disputaban en los juegos de fuerza y de destreza: los anchos ojos de Ani Silve solamente miraban el sol, y su alma era aún un capullo de insobornable blancura, inocente y feliz. Cada primavera, cuando las velloritas erguían en los prados sus infantiles torrecillas de oro, ella aparecía como una música esperada y hermosa, y quedábase las horas hablando con las flores y las alondras. Y todos los que pasaban la saludaban a grandes voces, y ella contestaba llamándolos por sus nombres y agitando su mano parecida a una paloma de cinco vuelos. Y ya cuando la tarde doblaba su rodilla en la montaña se reunían con ella las muchachas, y era un gusto escuchar sus cantos y risas en el apacible crepúsculo del valle. Ani Silve era dichosa, y la felicidad conducía su juventud. Pero una primavera radiante Ani Silve no salió a su campo de velloritas, y no voló la paloma de su mano al encuentro de pastores y labriegos, y su garganta no los llamó por sus nombres, al regreso de las faenas. Ani Silve tenía el mal que seca la sangre, y yacía tendida en su cama de abeto, bajo un gran crucifijo doloroso y sombrío, abiertos los inmensos ojos, pálido y marchito el bello rostro. De los vecinos valles fueron traídas sabias ancianas y famosas hechiceras, pero todas regresaban moviendo la cabeza. Sólo una, la más vieja, aventuró, después de mirarla largamente: “Si alguien consiguiera sorprender una salamandra dormida, sin que ésta lo ciegue, y arrancarle una escama verde del vientre y traerla para que, después de molida, la beba en la segunda luna, Ani Silve volvería a reír, y sanaría...”.

Corrió la noticia por el valle de Nir, y con la rapidez del pensamiento los mozos salieron para los bosques de robles en busca del fabuloso animal, y yo, Vasler Cra, que también era joven, fuime entre ellos en procura de la verde escama que devolvería la salud a Ani Silve, la muchacha del campo de la velloritas.

Pasaron los días, y uno a uno fuimos volviendo sin haber descubierto la guarida de la salamandra. Uno a uno, como os digo, tristes y taciturnos, porque la segunda luna estaba próxima a salir y el plazo se vencía, y ya no había esperanzas para Ani Silve.

Pero todo está dispuesto en el libro de Dios. Fumaba yo, pocas horas antes de la salida de la luna, sentado en el tronco de una encina y meditando en la vida y en la muerte, cuando unos gritos salvajes me hicieron mirar hacia el camino que baja de la montaña. Por él, dando traspiés y con los brazos extendidos, avanzaba un hombre visiblemente defectuoso, que profería de tanto en tanto, fuertes gritos solicitando ayuda. Me incorporé y ya no tuve dudas de quién era el que así llamaba: Orca, el jorobado campanero de la aldea, el semiidiota del que se burlaban los chiquillos y algunos mozos del lugar, venía hacia mí, casi desfallecido. Corrí a su encuentro porque yo, Vasler Cra, siempre he respetado a los lisiados y locos, y en pocos minutos estuve a su lado, justo en el momento que caía de rodillas, presa del agotamiento. Lo tomé de los brazos, y cuando conseguí levantarlo una ronca exclamación de horror se escapó de mi boca: Orca, el campanero, tenía la cara atrozmente quemada, y uno de sus ojos era un negro fruto carbonizado del que chorreaba un jugo sanguinolento. Balbuceando a media voz alzó su flaca mano: entre los dedos, quemados también, una escama verde, del tamaño de una moneda, brillaba como si fuera de vidrio. “¡La has conseguido, Orca...! ¡Tú le has robado la escama a la salamandra...!”, recuerdo que le dije mientras lo cargaba en mis hombros, y, casi corriendo, haciendo un esfuerzo enorme, me dirigía a la granja de Ani Silve, dando grandes voces de júbilo.

Salió la segunda luna, y el valle de Nir se transformó en un anillo de plata pulida. Cantaban los ruiseñores y los grillos, y las luciérnagas iban y venían entre las hierbas. En la casa de Ani Silve se bebía y se bromeaba; casi toda la aldea estaba allí, y el vino de seis cosechas era derramado generosamente. La muchacha, con sus anchos ojos luminosos, sonreía con infinita dulzura desde su lecho, totalmente curada por la escama milagrosa, y a sus pies, encogido dentro de las vendas que le cubrían todo el rostro, con los dedos de la mano derecha ennegrecidos como sarmientos, Orca, el campanero giboso, el héroe medio idiota del valle de Nir, vivía una celeste felicidad, en medio de los dolores espantosos que le producían las quemaduras. Pasó la segunda luna y Ani Silve volvió a su campo de velloritas; Orca, el valeroso jorobado, curóse al tiempo, y su rostro quedó transformado en

una máscara terrible, a la que le faltaba un ojo, quedándole el otro medio ciego. Pero todo está dispuesto en el libro de Dios: a la siguiente primavera Ani Silve se casó con un mozo apuesto y trabajador, y ambos fueron a vivir a la granja de los padres del muchacho. Una mañana, tiempo después, las campanas de la iglesia comenzaron a sonar en forma alarmante y desigual, asustando a los habitantes del valle. Corrieron algunos campesinos que trabajaban en las cercanías, y enseguida tuvieron la respuesta: al pie de la torre, sobre las redondas piedras, Orca, el campanero giboso, agonizaba con el rostro dirigido a las alturas. Muy cerca de su pecho, aferrado con los dedos cicatrizados y torcidos, un ramo de velloritas se encendía de sol. Poco tardaron en comprender los habitantes del valle la causa de aquellas flores en el pecho del moribundo, y cuando se apagó su vida Orca fue llevado al campo donde jugara y riera siempre Ani Silve, y allí, cerca de un olmo, frente al campo dorado de velloritas, le dieron sepultura al extraño suicida. Y según se cuenta, en cada nueva primavera puede escucharse entre las hojas del olmo un leve estremecimiento de campanas, mientras las flores amarillas se balancean en la brisa del crepúsculo...

Calló Vasler Cra, y su rostro quedóse un instante pensativo. Las lámparas empezaban a perder su luz, y afuera el agua seguía cayendo con renovados bríos. Maese Ara Verg limpió su pipa, y esto significó que ya era la hora de reposo. Levantáronse los hijos del granjero y, saludando a Vasler Cra respetuosamente, se fueron a las habitaciones seguidos de la madre. Sopló Ara Verg las lámparas, y sólo quedó la iluminación producida por los troncos que ardían en la chimenea. Vasler Cra, con la noble y anciana cabeza doblada sobre el pecho, estaba dormido, y el resplandor del fuego, al rozar su blanca cabellera, poníale un brillante resplandor, un halo de serena santidad.

CANTO NOVENO

— ¡Salud pescadores! —dijo Vasler Cra una mañana, cerca del río de rápidas ondas—. ¡Salud y buena pesca, hombres de red y sedales! Yo, Vasler Cra, he de comer con vosotros la sabrosa anguila y el grueso barbo, y habré de medir y arreglar anzuelos y brazoladas, trasmallos y rotas redes, pues todavía mis manos no han perdido el vigor y su habilidad es la misma de los antiguos días.

Alegráronse los hombres ante su presencia, y todos le hicieron rueda, sentándose entre las barcas y las redes y los grandes cestos de guardar pescado. Corría sin fatigas el río, y sus claras aguas dejaban ver el ir y venir de los barbos de blanquecino cuerpo. En las finas cañas de la orilla se posaban los pájaros que pescan, y en la luz del sol, contra un cielo sin nubes, las gaviotas tejían sus vuelos caprichosos. Alguna que otra barca navegaba a la distancia, y su vela latina hinchaba blandamente el vientre de lona. Vasler Cra sonreía, y sus espesas barbas de patriarca salpicábanse de sol, mientras sus manos diestras, anudaban cordeles y tejían mallas. Mirábanlo hacer los rudos hombre del agua, y era mucha la admiración y el respeto que sentían por el anciano, cuya fama conocían. Se fueron unos y volvieron otros de echar redes, y así llegó la hora del almuerzo. Pusiéronse los trébedes al fuego, y sobre ellos las cacerolas de cocido barro en cuyo fondo brillaba el puro aceite del olivo mezclado con ajos, cebollas y aromáticas hierbas. Pasados un par de minutos, redondos trozos de anguila se mezclaron con el aceite, y un apetitoso olor subió con lentitud en el aire, llenando las narices y humedeciendo las bocas. Fueron distribuidos los panes y destapadas las garrafas de vino, y al poco rato Vasler Cra comía con satisfacción en la alegre compañía de los pescadores, hablando animadamente con su acostumbrada facilidad.

— Extensos ríos he visto que llegaban hasta el mar y de profundas aguas, pescadores. Y también embarcaciones de alto bordo, ágiles como delfines y empañoladas hasta producir asombro, pues mucho caminaron mis ojos y aprendieron. Hombres vi como vosotros que ganaban sus sustento con las redes y anzuelos, y a los que protegían los dioses marinos y las estrellas cuando la borrasca golpeaba sus frágiles barcas y las olas trepaban la obra muerta como furiosos y líquidos animales. Allá, en el valle de Nir, hubo gente así, aunque no tan numerosa, y célebres eran sus trabajos de red y sus embarcaciones de simple arboladura. “Poco tenemos —decía—, pero mucha es nuestra fe, muchos los peces, y fuertes nuestros brazos y cordeles”. Salían antes de que el alba arrojara sus caracoles de oro rosado, y volvían para la puesta del sol, acompañados de sus canciones y trayendo los cestos repletos de anchoas, sardinas y otros peces mayores.

Contenta vive siempre la gente pescadora, y amigos son del trabajo, la paz y la belleza. Nunca entre ellos he visto malhechores y ladrones, y jamás la desgracia, por asombrosa que fuera doblegó sus cabezas y pudrió sus redes y rainales. Gente íntegra y sencilla es la del timón y vela, y devota de Dios y de sus leyes. Los árboles que crecen debajo de las aguas y las flores que parecen cabellos y nadan en las grutas submarinas, los guijarros azules y las vivas estrellas cuyos brazos vuelven a nacer si se los corta, testigos son de lo

que digo; y los peces de frío aliento y silenciosa boca que miran con ojos de luna y tiene una piedrecilla de sortilegio en el medio de la frente pueden asegurar como yo que los hombres de ribera son hombres de bien y de saludable historia. Días pasé en su compañía y gratos son mis recuerdos, aunque algunos de dolorosas raíces; tal el caso de un viejo pescador llamado Trove Uld, el de las barbas rojas.

Calló aquí Vasler Cra, como si sus pensamientos lo agobiaran, y su serena frente cubrióse de oscuridad igual que los cielos de abril cuando irrumpen las nubes de las primeras tormentas. Mas esto fue momentáneo, y poco tardó en reanudar su relato ante el ansioso círculo de pescadores que ya fumaban su segunda pipa.

— Trove Uld y yo fuimos grandes camaradas, aunque yo anduviera en los apriscos y él junto a las aguas del río de Nir. Todos los veranos, cuando las ovejas pastaban en la llanura, cerca de la aldea, y el aire era espeso y el sol pesado, Trove Uld venía a mi encuentro, cantando entre las colinas, y cuando me divisaba, su boca sonriente soltaba un ancho grito marino que hacía estremecer a las hormigas y alondras, y hasta a las mismas guijas dispersas en la tierra del valle. Rudo y franco era Trove Uld, y robusto, a pesar de sus años que pasaban de sesenta, y buen bebedor además. Gustaba de las bromas y de la música alegre, y en el fondo de sus ojos, verdes como el cobre sumergido largo tiempo, jamás se vieron volar las oscuras mariposas de la tristeza. Pescaba con inigualable habilidad, y nadie como él guiaba una barca entre los escollos o en medio de una furiosa tormenta, o encontraba los mejores sitios para echar sus redes y anzuelos. “Eres brujo — decíanle riendo sus compañeros—. Sí, eres brujo, Barba Roja; tú nunca morirá en las aguas. Los genios te protegen!” Y Trove Uld contestábales lanzando su famoso grito marinero, tan parecido a un mugido de hierro, y salía disparado con su barca, incendiada de sol la madura barba y segura la mano en la caña del timón. Así era Trove Uld en mis lejanos días transcurridos en el valle de Nir, días apacibles y bellos como pocos han visto los seres de este mundo y en los que gané tantos amigos como hojas tiene un olmo de dos años. Pero no hablemos de mí, que grave error es hablar de sí mismo, y sigamos la trama de esta red con la que ceñimos la historia de Trove Uld, aquel amigo de musculosa alegría y limpio espíritu, ya que siempre es grato cantar la amistad y la nobleza cuando el corazón así lo indica y la memoria es fiel y de conmovido acento.

Un día, en vano esperaron la barca de Trove Uld en el ocaso. Llegó la noche, y los pescadores encendieron altas piras resinosas, y montaron guardia en las riberas hasta la madrugada, callados y el oído alerta, mordiendo la boquilla de sus quemadas pipas, y yo, Vasler Cra, estuve con ellos viviendo su angustia, con el alma embargada de extrañas

pesadumbres. ¿Qué le había sucedido a Trove Uld...? Ese día no soplaron los vientos del sur y la corriente era tranquila y despejado el cielo; sin embargo faltaba una barca en la costa, y eso presagiaba una desgracia. Miré los rostros; todos estaban tensos y endurecidos, como tallados en sorda madera, y en sus almas simples podíase leer una sola respuesta: Trove Uld ya no volvería. El río sabría por qué.

Faltaban pocos minutos para que la aurora dejara en libertad sus abejas de bronce y el sol hinchara su piel llameante, y las hogueras humeaban apenas, cuando el gran grito metálico de Trove Uld llegó a la costa y se rompió como un caracol entre las rocas. Saltaron los ojos al centro del río, y los cuerpos vibraron al ponerse de pie, y la esperanza creció en los corazones. Volvió a repetirse, y ante nosotros, saliendo de la fina niebla de las aguas, vimos avanzar la ligera barca de Trove Uld, sin que nadie la guiara al parecer. Poco tardó en tocar tierra, y hacia ella corrimos, metiéndonos en el agua y dando voces nerviosas; pero no bien nuestra manos aferraron las bordas, el espanto cayó como un rápido granizo: tendido en el fondo de la embarcación yacía Trove Uld, y su barba y cabello, antiguamente rojo, eran blancos ahora, blancos como el silencio de la muerte, blancos como la locura que asomaba a sus ojos abiertos enormemente. Atracamos la barca y lo sacamos a tierra firme, y le acercamos a los labios fríos un tazón de aguardiente. Tosió al principio, después giró la vista en derredor y gruesas lágrimas manaron de sus ojos. “Trove —le dijimos—, Trove Uld, ¿qué te sucede...?” Pero él, en lugar de respondernos, volvió a lanzar su fiero grito y a reír, en tanto sus brazos y piernas azotaban el suelo. De este modo lo llevamos a la aldea, permaneciendo una semana bajo los cuidados de la anciana hechicera que aseguraba que Trove Uld tenía el demonio metido en las venas y la locura en el corazón. ¡Triste cosa era ésta, pescadores! Igual que los enebros abatidos por el hacha; igual que los toros que alcanza el rayo y carboniza, así yacía Trove Uld sobre una cama de heno, fijos los ojos en el espacio y torcida la boca, consumiendo sus fuerzas, impotente y envejecido como un carcomido madero.

Una noche, fría como la sangre de un pez y luminosa como la pupila del lince en la espesura, Trove Uld lanzó por última vez su estentóreo grito marino y subió hacia las estrellas para echar sus redes junto a Dios. Mucho lo lloraron sus camaradas, y más lo lloré yo, Vasler Cra, el pastor vagabundo.

Volví a las majadas y a la meditación. ¿Qué mal extraño, que fuerza de trasmundo había tumbado la sombra de aquel gigante? ¿Acaso una deidad de las aguas, un espectro del limo, un dios submarino y cruel...? ¿Acaso la virgen de los remansos, la que tiene el cabello de sal y los ojos de turquesa y el cuerpo de claras algas, se le apareció desnuda

sobre las ondas y enamoró su espíritu y su sangre...? Nadie lo sabría nunca, y sólo la leyenda cantaría una posible verdad, pero para mí, Trove Uld había muerto, a pesar de su risueño carácter, de soledad y de tristeza, como esos árboles aislados que crecen en los hombros de las colinas y que sueñan alcanzar alguna vez el misterioso mundo de los bosques.

CANTO DECIMO

Alejóse Vasler Cra del río, y los pescadores lo saludaron con la mano hasta que desapareció detrás de una colina, alta su figura en el sol declinante y abiertos al viento sus cabellos ancianos. Erguido andaba Vasler Cra y con seguro paso, asombrando a las hormigas y caracoles de la senda, que decían al verlo: “¡Mira al patriarca Vasler Cra, al antiguo pastor, al maestro de los hombres y de los animales de Dios! ¡Polvorienta es su sandalia y amiga de los insectos que junto a ella transitan, y virtuoso su noble rostro, y penetrante la pupila gris! ¡Nunca he visto ser parecido, hermana hormiga! ¡Imagínate que hasta las urracas y las cornejas alaban a Vasler Cra!”. Hablaban así los caracoles y las hormigas, y en las alturas las golondrinas y los halcones, el viento y la nube, la mota de polvo y el rayo de luz lo mismo decían, y en los umbríos bosques de barbuda sombra las ardillas y los lirones, los osos y las liebres, los musgos y líquenes repetían análogas palabras, pues el viejo Vasler Cra era de todos conocido. Cerró la noche su mochila claveteada, y el disco de la luna, arrojado por una gimnasta celeste, quedó fijo en el espacio. Comenzó su tela la araña de los robles, y en la fragante tranquilidad de la hora los grillos empezaron a morder sus granos de vidrio.

Vasler Cra, después de una jornada de reflexión, hallóse en compañía de los tejedores de mimbre, y mientras estos descortezaban y mojaban las finas ramas de elástica madera, preparándolas para sus menesteres, el anciano discurrió en esta forma, atento a la labor de las manos y sentado sobre una artesa:

— No es la primera vez que hablo con vosotros, tejedores del mimbre y del bejuco; no hubo valle o montaña que cruzaran mis pies, en los que no hallara gente de igual oficio. Con ellos pasé gratas veladas, aprendiendo sus trabajos y ayudándoles en lo posible, porque no es bueno compartir el pan y el vino de los humildes sin retribuir sus atenciones

cristianas en la medida de nuestros esfuerzos y capacidades, pues sólo los necios e ignorantes, los falsos caballeros y los senescales se aprovechan en tal sentido, sin preocupación alguna, ya que sus almas son casi siempre tan torcidas como las raíces de las encinas y el vuelo de los vencejos en la tormenta.

Escuchaban los tejedores las palabras de Vasler Cra, y sus manos no perdían un solo trenzado, y los delgados cuchillos se movían con la velocidad que otorga la práctica, descortezando y desbastando las ramas de blanca madera. Bailaba alegremente el fuego, y en el suelo se amontonaban las virutas, que, de tanto en tanto, un chiquillo moreno arrojaba a las llamas con gozosa prisa, porque indudablemente le atraían los estallidos que producían las verdes hojas y las cortezas. Dos mujeres maduras y una moza pulían con trozos de vidrio los fondos de las futuras canastas, y la transpiración caía de sus frentes oscuras, mezclándose con el serrín, que se dispersaba como una nevisca amarillenta entre sus dedos gruesos. Complacido Vasler Cra por la eficiente tarea que sus ojos veían y en la que intervenía cortando largas varas y eliminándoles los nudos, no tardó en referir, como era su costumbre, un hecho acaecido tiempo atrás, entre los tejedores de mimbre del valle de Nir; porque Vasler Cra, aunque las cosas hubieran sucedido en otro valle o lugar del universo, gustaba siempre ubicarlas dentro del sitio donde viviera tantos años, demostrando de esta manera que el mundo de los hombres cabe en un valle, en una lágrima o en la muerte de un insecto.

— Veo por vuestras obras que sois hábiles, nobles artesanos, y esto me recuerda el nombre y la historia de un antiguo tejedor, llamado Aro Bovo y al que apodaban el Silencioso. Era Aro Bovo hombre de hacer maravillas con el mimbre, la caña de las aguas y el bejuco. Nadie como él tejía las cestas ni en tan poco tiempo, y eran tan perfectas sus creaciones que no hubo quien le quitará jamás un premio en las ferias y fiestas anuales. Para una de ellas precisamente, Aro Bovo decidió ganar el premio principal, consistente en un pequeño trofeo de oro, y dejar estupefactos a los habitantes del valle de Nir. Durante meses Aro trabajó encerrado, y no como era su hábito, es decir sentado bajo un enebro y rodeado de haces de mimbre, sino oculto como un topo en su topera. Llegaron las fiestas, y más de cincuenta expertos tejedores presentaron magníficos trabajos sin que Aro Bovo llegara con el suyo. La gente ya comenzaba a comentar cuáles serían las causas de su ausencia, cuando Aro apareció sosteniendo en sus espaldas un gran envoltorio, al que trataba con un cuidado fuera de lo común. Apretujóse el grupo para no perder detalle cuando el paquete fuera desenvuelto, y los jueces, con el interés pintado en los rostros, ordenaron a Aro Bovo que descubriera su trabajo. Se hizo un gran silencio, y el tejedor,

con mano delicada, comenzó la tarea de quitar los lienzos. Poco a poco fue desenvolviendo su obra, y cuando cayó el último trozo de género el público lanzó un grito mezcla de temor y admiración, y cientos de pupilas asombradas pudieron contemplar en todas sus perfecciones el trabajo de Aro Bovo, el Silencioso. Ante ellos, jueces y campesinos, un hombre de mimbre, totalmente de mimbre y bejucos finos como cabellos, erguía con la seguridad de un mortal, y era tal el acabado y la esplendidez del trabajo ejecutado por el tejedor que las palabras habían huido de todas las bocas como las palomas ante la presencia de los milanos. Entretanto Aro sonreía calladamente, y era su expresión de triunfante gozo, mientras su muñeco seguía en pie, y los labriegos y pastores, con el alcalde y el notario que integraban el jurado, rodeábanlo como un colmenar rodea a la dorada reina, y la sorpresa y el estupor inmovilizaban el labio y la alabanza, y ponían en los corazones supersticiosos latidos.

Lógicamente, Aro ganó el codiciado premio de oro. “Obra de genios era sin duda su trabajo, y no de mortal de callosas manos”, aventuraban algunos, y la mayoría, disimuladamente, santiguábase con devoción y temor ante el prodigio. Aro Bovo nada decía, y cuando llegó el momento oportuno dejó oír sus palabras:

— ¡Habitantes del valle, honrados campesinos hijos de esta tierra! Siempre mi boca ha permanecido cerrada como las esclusas en la creciente, y siempre he vivido de mi trabajo de tejedor sin intervenir en ajenas existencias y sin pedir ayuda para tranquilizar mi estómago; pero, como a toda criatura del Señor, la vejez comienza a visitarme con frecuencia, y yo deseo llegar a la ancianidad en paz conmigo mismo y sin tener que mendigar el pan y el vino. Veo que mis palabras os desconciertan y que miráis con ojos extraños el hombre de mimbre que tejieran mis dedos; pues bien, os daré la solución del enigma.

Volviéndose Aro Bovo a un mozo que allí estaba, y luego de indicarle que trajera un haz de gruesas ramas sin desbastar, encendió su pipa y aguardó lo pedido. Poco tardó el muchacho en traer las ramas, entregándoselas al tejedor. Reclamó silencio éste, guardó su pipa, y aproximándose al muñeco depositó el haz a sus pies. Después, retirándose algunos pasos, dio esta orden inusitada: “¡Comienza la tarea...!”.

Yo, Vasler Cra, estaba allí, y como yo toda la aldea. El sol, arriba, resplandecía en su augusta torre. Alcancé a percibir el vuelo de un pájaro y a escuchar un piar de alondras, y mis pupilas, al instante, quedaron pendientes del hombre de mimbre. Nadie se movía. Un abejorro giró zumbando y se perdió en la luz. “¡Comienza la tarea...!” , volvió a escucharse, y ese mandato dio principio a un hecho de horror: el muñeco, quieto hasta ese

momento, dobló la cintura, sus dedos de mimbre eligieron una rama, y luego de sentarse, ¡Oh, poder de los infiernos!, comenzó a quitar la corteza con un cuchillo filoso que extrajera de una pequeña bolsa arrojada por Aro Bovo, junto con los mimbres.

Con los cabellos erizados los aldeanos contemplaban aquella maravilla, rotas las respiraciones y crispadas las manos. El alcalde sudaba copiosamente y sus labios pálidos se movían en una plegaria; un mozo lanzó un grito espantoso y rodó sobre la hierba presa de un ataque; dos ancianos echaron a correr débilmente en dirección a sus casas, y yo, Vasler Cra, sentía que el miedo me mordía los huesos y la razón. Entretanto, el muñeco continuaba con su labor, ajeno a lo que pasaba cerca suyo. Brillaba la hoja del cuchillo, y las ramas, totalmente peladas y limpias, iban amontonándose a su lado, con una perfección jamás vista por cristianas pupilas. A todo esto, Aro Bovo sonreía y fumaba su pipa, posando en unos y en otros sus ojillos amarillentos. Sólo uno de los presentes atrevióse a quebrar el silencio de la tarde. Era éste un hombretón de cincuenta años, tejedor también y de valerosa fama, y poco asustábanle las cosas que no tienen explicación. Levantó sus pantalones de pana, escupió con fuerza en dirección al muñeco de mimbre, y soltó sus palabras con enronquecida voz, adelantándose unos pasos hacia Aro Bovo:

“¡Tú, hijo de corneja, dile al que habita tu espantajo que si no sale de prisa y pide disculpas le rompo el cuello como si fuera la cáscara de una avellana! ¡Y apúrate, pues poca paciencia tienen mis músculos, y ganas no me faltan de zurrarte a ti también por la broma!” Miró Aro al que así le intimidaba, y luego, con gran tranquilidad, respondióle: “Hazlo salir tú, pichón de zorra, si es que tienes tanto coraje como lengua!”.

Subió la sangre al rostro del hombre y las venas de su cuello hincháronse como tripas inflamadas, y antes de que nadie pudiera impedírselo saltó hacia el muñeco y tomándolo de los hombros púsolo de pie, levantando su ancho puño para golpear. Mas no llegó a hacerlo: el hombre de mimbre volvióse contra él, y el cuchillo, luego de una veloz curva, se hundió en la ingle del campesino, que se tambaleó llevándose las manos a la herida, sus ojos abiertos hasta casi huir de las cuencas. Luego, con un grito ronco, cayó sobre las rodillas, mientras de su boca salían palabras de incomprensible sentido. La sangre manchaba la hierba llena de sol.

Aro Bovo ya no sonreía. Los presentes, helados como pájaros que mueren en la nieve, permanecían sin atreverse a ejecutar movimiento alguno, mirando la figura del herido que se retorció entre el dolor y el espanto al lado del muñeco. El único que actuó fue Aro. Con pasos vacilantes se acercó a su obra y le quitó el cuchillo. Después, tomando la garganta

del ingenioso ser vegetal, le sepultó la hoja hasta la empuñadura. Oyóse un gorgotear grotesco, y el muñeco se desplomó sin ruido, echando un jugo verdoso por la herida.

Yo, Vasler Cra, no tengo fama de embustero, tejedores. Con mis propios ojos vi retorcerse aquel engendro de pesadilla y quedar inmóvil junto al hombre caído, y era tal el horror que circulaba por mis venas que no creo haya nadie experimentado nunca sensación igual. Vueltos a una dudosa realidad, varios labriegos cargaron con el cuerpo del compañero apuñalado, alejándose prestamente de allí, y sólo los más audaces permanecieron en su sitio, esperando el desenlace, que no tardaría el llegar.

Aro Bovo, en silencio, blanca la faz y tembloroso el cuerpo, lloraba con la mansedumbre de un débil arroyo, y era penoso verlo en ese estado de abatimiento. Nos acercamos. El herrero Papermil puso una medalla entre sus dientes y se inclinó sobre el muñeco de mimbre, y de inmediato, presa de un furor salvaje y aullando como un lobo acorralado, clavó sus uñas en el cuerpo de aquella obra maestra, arrancando enloquecido las tejidas fibras y las varas que lo formaban. Ninguna resistencia ofrecieron. A puñados, el hombre de mimbre era destruido ante nosotros, hasta quedar reducido a una informe pila de ramillas y bejucos, pero al llegar Iro Papermil, en su desesperación, a la armazón que sostuviera el pecho del muñeco, quedóse convertido en piedra por un instante. Cuando al fin se incorporó, sus manos mostraban ante la luz del sol un corazón cuyo color era verde como el de los mimbres y bejucos.

Calló aquí Vasler Cra para encender su pipa. Los tejedores, sobrecogidos por la narración, habían suspendido sus tareas, y las dos mujeres y la moza que pulían el fondo de los cestos observaban a Vasler Cra con supersticiosos estremecimientos, en tanto el chiquillo, ajeno a la esencia de lo referido por el viejo pastor y libre el alma de raras preguntas y absurdos temores, seguía arrojando a las llamas virutas y cortezas.

“¡Feliz edad!”, pensó para sí Vasler Cra antes de proseguir. “Feliz y maravillosa época en la que se ignoran los terribles problemas del hombre y los oscuros símbolos de la vida y de la muerte. Esta criatura arroja a los leños encendidos el trabajo del padre, y su alegría es cruel e inocente a la vez, como la de la araña que espera en el centro de la tela que se canse el insecto en ella atrapado. ¡Oh, niñez!, mi corazón guarda tu máscara de luz, como guarda el viejo tronco del abeto su primera cicatriz en la corteza”

Abandonó Vasler Cra estas reflexiones, y prosiguió con su relato, cuyo fin aguardaban los tejedores con evidente ansiedad:

— Repuestos de la impresión vivida, y deshecho el infernal muñeco de mimbre, y quemado su extraño corazón en una hoguera de madera bendita, Aro Bovo fue sentenciado

por el alcalde y los ancianos de la aldea a morir ahorcado, no sin antes explicar, frente a las Sagradas Escrituras, cómo había construido el demoníaco juguete. Reunidos en la taberna, Aro, cuyo rostro parecía de hielo oscuro, esperaba que el alcalde le indicara el momento de iniciar su relato, y era tal la tranquilidad de sus ojos que yo, Vasler Cra, hubiera jurado que ya la muerte habitaba en ellos.

Se dio por fin comienzo a aquel desagradable juicio, y Aro Bovo, con palabra serena, narró lo siguiente:

— Expertas han sido siempre mis manos para tejer y grande mi capacidad de invención. Testigos sois de lo que digo, pues nadie me ha ganado jamás un premio valioso pudiendo yo participar en los concursos. Como os lo indiqué antes, la vejez comienza a enfriar mi sangre y a cansar mis músculos, y esto es dura cosa para un hombre solo que tiene que ganarse el sustento con el trabajo y que a nadie ha pedido nada ni pedirá, Dios mediante. Pues bien, muchos días cavilé en torno a tal problema, y mi cabeza, quizá de tanto pensar, trastornóse algo, “¿Y si construyeras un muñeco, Aro? —me decía—. Un hombre que hiciera tu trabajo mientras tú fumas tu pipa y reposas bajo los castaños...” Sé que vosotros diréis que estoy loco; yo también lo pensé así, pero la idea tenía fuertes raíces y no la pude arrancar de mis sesos; por lo tanto, una tarde junté varios haces de mimbres y elásticos bejucos, y, afilando los cuchillos, encerréme a trabajar en aquello que parecía un despropósito, propio de dementes y enfermos de la razón. Mucho sufrí en mi tarea, pues tropezaba con dificultades que parecían insalvables, pero a medida que las iba solucionando el hombre de mimbre tomaba formas como si los genios ejecutaran el trabajo ante mis ojos. Por fin, una noche, siendo muy tarde, finalicé mi obra. Como lo habéis visto, era perfecta. Había tejido mimbres y bejucos finos como cabellos: brazos, piernas, pecho y cabeza parecían salidos del vientre de una hembra, y no de las manos rudas de un tejedor. No voy a negaros que una ráfaga de orgullo sin límites hinchó mi vanidad. ¿Quién en la aldea y sus alrededores, podría jamás hacer nada igual? Seguramente nadie, y mi fama correría como un ancho río a través de los años, llevando mi nombre a la gloria. Senté al muñeco, vestílo con viejas ropas, y, abriendo una garrafa de aguardiente, comencé a pensar en el mecanismo que habría de otorgarle movimiento. Mucho bebí y fumé la noche que os digo, y ya subían los gallos las escaleras del alba cuando el sueño y el cansancio me abatieron como a un débil tronco los vientos del sur.

Cuando desperté, el día estaba a la altura de las águilas, y los pájaros cantaban alegremente. Habíame bebido media garrafa y fumado casi una libra de tabaco. Con la cabeza llena de arena y los párpados hinchados y torpes miré al muñeco que seguía

sentado en el lugar donde lo dejara. “Cosa vana es querer imitar a Dios”, me dije, y una súbita tristeza entró en mi alma, llenándome de angustia. Encendí fuego y me preparé una tizana de hierbas dulces y tomillo. Tomábala a sorbos, cuando de pronto recordé un extraño sueño durante la noche. Veíame en el medio de una infinita llanura, tejiendo el cuerpo de un gigante, y mis manos, en lugar de diez dedos, veinte tenían, y era tal la destreza que más se igualaban al vuelo de las aves que a los movimientos de mortal alguno. Tejían en el sueño, como os digo, y millares de muñecos me miraban formando un extenso círculo, esperando que yo, Aro Bovo, les colocase el mecanismo que los hiciera marchar como los humanos. Afanábame en mi tarea, y el sudor mojaba mi frente y chorreaba mi pecho. “¡No tendré tiempo! —decíame—. ¡Esto es superior a mis fuerzas!”, pero, sin embargo, continuaba entrecruzando bejucos y blancas ramas de mimbre. Súbitamente, cuando el agotamiento paralizaba mis brazos, un genio diminuto saltó ante mis pupilas, y señalándome con su torcido dedo exclamó: “¡Basta ya, Aro Bovo! ¡Tu hombre hará lo que le ordenes: yo le he puesto corazón!”. Y así diciendo desapareció envuelto en una nube pequeña.

Este fue el sueño, tejedores. Dejé el tazón a un lado y miré hacia el muñeco. “Bah — musité—. Los sueños carecen de sentido; son como los actos del loco y las bromas de los chiquillos. Bien merecido tengo este dolor de cabeza por insensato. Y tú, parálitico de fibras, caminarás cuando te transporten en hombros, y no antes, pues mucha ha sido mi locura al creer que podría dotarte de animación. No es tarea de rústicos esta de intentar semejante aventura.”

Malhumorado, cargué la pipa y dile lumbre. El día entraba por una de las ventanas, y un rayo de sol rebotaba sobre un caldero de cobre. De pronto escuché un débil crujido, como si alguien se moviera en una silla, a mis espaldas. Volví mi cabeza rápidamente y pude ver algo que me erizó los pelos de la nuca: el muñeco había cruzado las piernas y me observaba con sus pupilas opacas. Al principio supuse que era una mala pasada de mis nervios alterados y mi cansancio, pero al instante, os lo juro, me sentí presa de un vértigo espantoso: aquel ser estaba vivo, y su pecho subía y bajaba con el pulso de una respiración pausada. ¡Santo Dios! ¿Estaría por enloquecer? Alcancé la garrafa que se hallaba sobre la mesa y bebí un trago, con tanta prisa, que el líquido casi me ahoga. Tosí repetidas veces, y volví a beber a grandes sorbos, esperando que el alcohol aplacara mis temores. Así sucedió, en efecto. Se calentó mi sangre, y el aplomo llegó a mí como huésped de pesado paso. Me puse de pie y encarando al hombre de mimbre, alardeando de valiente, le dije: “¡A ver, tú, alfeñique, levántate, ya que te empeñas en moverte!”.

Bueno, no sé lo que pensaréis vosotros, sanos labriegos de Nir, honrados campesinos de este valle. La cuestión es que antes de que pudiera darme cuenta de nada el muñeco se paró con lentitud, quedando erguido cerca de la silla. Sintiendo que el corazón intentaba romperse dentro de mi pecho, más que gritar, aullé: “¡Abre la ventana...!”. Y, ¡por los clavos de Cristo!, hacia ella fue, abriéndola de par en par. Babeando y dando tumbos, y llevándome las cosas por delante, quité los cerrojos y salí al resplandor del día, tirándome bajo un olmo y sujetándome la cabeza con ambas manos. O la demencia se aposentaba en mi alma o un milagro satánico habíase producido en la aldea. Compuse mis ideas y, al rato, regresé al interior de la casa. El muñeco seguía al lado de la ventana, en la misma actitud que lo dejara. “Ven, le dije. Coge la escoba y limpia el piso de virutas y desperdicios. Luego irás a buscar mimbre a la laguna”. Creédmelo; no tuve que repetir la orden. Púsose a trabajar con la eficacia de un mortal, en completo silencio. Limpió y trajo los haces como le indicara, y ante una nueva orden comenzó a desbastar las varas con envidiable pericia. Llegó la noche, y, después de enviarlo a descansar, cosa que hizo con asombrosa naturalidad, mientras yo comía, llegaron también las ideas malsanas, y con ellas la vanidad, el orgullo, la sed de poder y la locura. Era yo, Aro Bovo, el hombre más poderoso del mundo. Mi esclavo trabajaría por mí; por mí robaría o mataría, si esto le fuera indicado. De reino a reino, de país a país, mi gloria y fama sería cantada por los rapsodas hasta la eternidad, y todos se disputarían mi compañía, reverenciándome como a un monarca y envidiándome con solo verme. ¡Oh sí, estas y muchas otras fueron las cosas que pensé aquella noche fumando cerca del fuego y observando el sueño del hombre de mimbre! ¡No sólo ganaría el concurso, sino también el respeto y la admiración de un dios! “¡Aro Bovo —dirían las gentes—, ése es Aro Bovo, el inventor, el mágico tejedor del valle de Nir, el hombre que se ha aproximado al Todopoderoso y le ha robado la fórmula de la vida! ¡Miradlo, niños, y respetad su camino! ¡Dejadle paso, ancianos, sabios, geómetras y astrólogos! ¡Vosotros nada sois al lado de su sombra!”.

Sí, tejedores que ahora me escucháis; eso pensaba yo aquella noche, hasta que el sueño me cosió los párpados con sus hilos de vidrio. Esa es la verdad, y no otra, os lo juro. Decidid en consecuencia; si el diablo sopló sobre mi trabajo, que sople Dios sobre mi cadáver y lo limpie de pecado. Mía no ha sido toda la culpa. Decidid, que el alma me duele en el cuerpo y siento una música sorda en la cabeza y un frío sudor que me corre debajo de la piel, como los ríos subterráneos que llegan al infierno...

Así habló Aro Bovo ante los habitantes del valle, y éstos se levantaron y, uno a uno, sin comentar, fueron saliendo de la taberna, dejándolo con el alcalde, el notario y los ancianos

que administraban la ley. Transcurrió una hora y Aro Bovo apareció seguido de sus jueces. Marchaba delante de ellos, con cabeza erguida y sereno el semblante. Uniéronse al grupo los labriegos, y yo, Vasler Cra, quedéme solo, viéndolos dirigirse a las afueras de la aldea, al lugar donde se alza un pino de cien años. Aro Bovo iba a ser colgado, sin mi presencia, que poco afecto soy y he sido a ver la muerte cuando viene de la mano de los hombres, aunque ésta llegue para ajusticiar a un reo. Tristemente fumé mi pipa, cavilando en lo visto y oído, tejedores. Y muchas fueron las dudas que atravesaron mi pecho y mi cabeza, y muchas más las preguntas sin contestar que formuló mi conciencia. “¿Era inocente Aro? ¿Era culpable...? Y si lo era, ¿de qué...?” Largo sería detallarles, artesanos, y difícil encontrar la verdad. El hombre que hiriera el muñeco sanó, y quedóle en la ingle una cicatriz que mostraba a todos aquellos que quisieran verla: tenía la forma exacta de una hoja de mimbre, y lo más curioso de ella no resultaba su forma caprichosa. La cicatriz, a medida que pasaba el tiempo, iba tornándose de color verde, tejedores. Verde como las ramas que trabajan vuestras manos...

CANTO UNDECIMO

Una mañana, Vasler Cra, que meditaba en el bosque, hallóse imprevistamente, mientras caminaba, con los carboneros, y este encuentro prodújole enorme alegría a su viejo corazón. En el centro de un calvero, en el que se distinguían innumerables árboles cortados de raíz, humeaba un foso de unos veinte pasos de diámetro, y a su borde, varios hombres ennegrecidos, trabajaban retirando los trozos de carbón, a los que apilaban no lejos de allí. Cantaban mientras lo hacían, y el bosque entero repetía las estrofas:

*“¡Robles y encinas y abetos,
dejad que las hachas
corten vuestros cuerpos;
con ellos se aleja la escarcha
y es corto el invierno;
con ellos se abrigan los niños,
los mozos y viejos...!*

*¡Robles y encinas del bosque
de los carboneros...!*

Se detuvo Vasler Cra cerca de los hombres, que al verlo lo saludaron con vivas muestras de afectuoso respeto, y dejando su tarea, fueron a su encuentro, sudorosos y tiznados como los antiguos guerreros de fuego.

— ¡Salud, carboneros —dijo Vasler Cra—. A decir verdad no pensaba dar con vosotros esta mañana de primavera! belleza. Casi creí, al verlos, hallarme frente a los seres que habitan las ocultas galerías de la tierra y que tienen, como vosotros, negro el rostro y brillante la mirada.

Rieron éstos a causa de sus palabras, y enseguida lo invitaron a sentarse en un ancho tronco y le ofrecieron una calabaza que contenía agua de manantial mezclada con miel silvestre. Agradeció Vasler Cra después de beber, y sacando una bolsita de piel de cabra repartió su perfumado tabaco de fina hebra, sazonado con aromáticas hierbas, que sólo él conocía. Cargáronse las pipas, y Vasler Cra, como era su hábito, comenzó a discurrir de esta manera:

— Hermoso es este bosque, y largas horas he vagado por él. No bien hubo salido el sol ya lo recorrían mis pasos, y ante mis ojos fue apareciendo la vida de sus seres. He visto a la graciosa ardilla mondar el duro fruto del nogal y parlotear en las sólidas ramas, y he presenciado el curioso idilio de las arañas que bailan antes del amor y el trabajo de las abejas en un tronco carcomido. Chillaban las ásperas urracas de pico insolente y ladrón, y en copas altas oíanse las charlas ruidosas de las cornejas y grajos, mezclándose al dulce canto de las alondras y suaves palomas, de las que llaman de la Trinidad, que vigilan sus nidos de cerda, y por los troncos cubiertos de musgos y líquenes trepaban los pesados caracoles y las infatigables hormigas siguiendo los mandatos de Dios. Cosa que me agrada es esta de estudiar la vida de los pájaros e insectos y que jamás ha dejado de brindarme una nueva enseñanza y un provechoso ejemplo. Todo en un bosque es puro y primitivo, y todo está sujeto a las leyes que el hombre no consigue alterar desde el comienzo del mundo. Duermen el oso y el lirón como hace mil años, y el topo y los tejones cavan igual desde ese tiempo, y anidan la tórtola y el vencejo, la golondrina y la aguzanieve, y nada se altera en sus vidas e instintos a pesar de los siglos. El hombre es el único que modifica la historia de su existencia, equivocando con frecuencia sus actos, y eso, según se dice, a causa de su inteligencia, razón esta que no niego ni afirmo, porque sólo soy un antiguo

pastor cuya ignorancia crece a medida que envejece y que ha tenido por toda ciencia y sabiduría el ejemplo que la naturaleza ofrecía a sus ojos y memoria.

Como os digo, nada hay que atraiga mi atención como los animalitos que a nuestro lado se mueven y respiran, y es en el bosque donde es dado verlos en total libertad, sujetos a una envidiable felicidad y pureza. Escarabajos, mariposas, libélulas, abejas y mosquitos van y vienen por los caminos del aire y de la tierra, como un delicado viento de color, insólito y bello, esmaltando las hierbas y las flores y animando la ancianidad severa de los troncos. Cuando el cazador solitario siente que la tristeza lo unge con su turbio aceite, distráela contemplando las maravillas que lo circundan, y el bosque de velludo brazo palpita como si el mismo Dios le prestara sus músculos celestes. Busca la doncella la complicidad de la fronda para soltar el amor que le ajusta el corpiño, y el poeta su soledad poblada de dioses y armonías. Y no hablemos del pastor que con su flauta de caña se hunde en lo más espeso del follaje para cantar a las hojas lo que le dicta su rudo corazón. Al bosque llegan las brujas en las noches de misa negra, y sus ojos redondos brillan como brasas de boj, en los más apartados lugares de la maraña, allí donde sólo se atreven a internarse los escorpiones y las serpientes de ponzoñoso aliento. Sí, carboneros; el bosque es el templo más viejo de la humanidad y anterior a los hombres, y en él la vida conserva el albor de las edades primeras.

Escuchábanle los rudos trabajadores, y en sus negros rostros despertábase un ingenuo resplandor. Volaban pájaros de colores y cantos diversos, y en las alturas, sobre las copas de los árboles, un cielo de azul intenso descendía hacia la tierra. Rayos de sol, oblicuos como doradas torres inclinadas, perforaban las hojas llegando hasta el suave musgo y las hierbas, y las flores balanceábanse dulcemente en la brisa. El fluir de un manantial cercano y la música del agua, llegando a través de las hojas, parecía una conversación de niñas ocultas en algún lugar del follaje. “¡Sublime lugar!”, pensó para sí Vasler Cra. Y una remota tristeza le rozó la frente con el ala de “alguna vez”, trayéndole a la memoria lejanísimos recuerdos de su juventud.

— La hora avanza y debo seguir mi camino. Continuad vosotros el interrumpido trabajo y quede Dios en vuestra compañía. Los inviernos son duros, y muy necesario es el sólido carbón para los hogares campesinos. Volved, pues, a los hornos y troncos, y no olvidéis que la dignidad comienza cuando se cansa el músculo y suda la frente. Cantad, carboneros. Hasta la vista.

Púsose de pie y, gravemente sereno, internóse en el bosque. A sus espaldas, las gruesas voces siguieron acompañándolo hasta desaparecer:

*“¡Robles y encinas y abetos,
dejad que las hachas...!”*

CANTO DUODECIMO

Famoso era el Valle de Nir a través de los cantos y relatos de Vasler Cra y sutiles los ejemplos y parábolas que nacían de sus palabras. Conocedor de los hombres, de sus virtudes y defectos, procuraba que sus narraciones, algunas aparentemente ilógicas, llegaran primero al corazón y luego a la inteligencia, para quedar allí como los granos bajo la piedra amoladera. Observador agudo, hijo de un medio agreste y demasiado salvaje quizá, Vasler Cra utilizaba con provechosa capacidad lo que para cualquier hombre hubiera pasado inadvertido. Una piedra, un tallo, el paso de un buey, un nudo de madera, servíanle para reflexionar a sus anchas, llegando a la verdad por el camino de la meditación. Desde niño anduvo recorriendo los llanos y las montañas, y en esa soledad, protegido por el vasto cielo, los soles y estrellas su espíritu alcanzó dimensiones sublimes. Puro por naturaleza, silencioso por costumbre e ingenioso por necesidad, fue creciendo al amparo de su alma magnífica, como un árbol que con su propia sombra defiende las raíces. De cuerpo vigoroso y probada salud, entró en la adolescencia como los jóvenes animales, sin pecar, y fueron sus amores dignos de ser cantados por poetas. Vasler Cra amó con austeridad, y de este modo pudo soportar largas abstinencias sin que la carne lograra molestarlo, privilegio éste que pocos seres alcanzan a gozar. Cristiano profundo, admitía un dios universal, justo y ecuánime, sin caer en absurdos credos y falsos dogmas. Dios era Dios, y allí acababa todo principio y discusión. “Un árbol es un árbol —decía— ¿qué otra cosa puede ser...?”

Abandonó el valle natal cuando tenía dieciséis años, a la muerte de sus padres, y anduvo por el ancho mundo de las bestias y de los hombres, con segura planta y ánimo alegre, atisbando aquí y allá con los ojos del cuerpo y del espíritu. Pastor hoy, leñador mañana, trabajó siempre sin quejas ni abatimientos, y nadie pudo decir jamás que la soberbia, la maldad y el orgullo fueran de su mano. Querido por todos, respetado como campesino y

amigo, Vasler Cra sólo dejaba tras de sí buenos recuerdos y alabanzas y algo de tristeza, pues hacia donde él marchaba seguía el sol, los pájaros y los bellos insectos del Señor.

Anduvo así hasta los veintiséis años, día en que descubrió el Valle de Nir, lugar de inigualable belleza y gente acogedora. Mucho había conocido, y de ello aún hablan los poetas de siete comarcas. Sus pasos fueron seguidos como las huellas de una liebre en la nieve, y su nombre estaba rodeado de fulgores que los años irían acrecentando. El Valle fue para Vasler Cra una inmensa bahía de tranquilas aguas, y su alma, en cuyo fondo agitábanse los eternos espectros del hombre, comenzó a adquirir un relieve definitivo: Vasler Cra cantaría la verdad y el honor, lo bello y sublime de los seres, lo perdurable de la existencia humana, y a través de sus palabras se manifestaría el eterno pulso de Dios.

“Las miserias y los sufrimientos tienen voces agudas, y desde lejos se las oye — explicaba—. Por eso yo diré del grano y la brizna de hierba, de la corteza y la hormiga; en fin, hablaré de las cosas pequeñas y gloriosas porque de ellas nacen las montañas y la eternidad.”

Indudablemente, el hálito que animaba a los apóstoles y peregrinos había rozado el alma de Vasler Cra, ganándola para siempre y confiriéndole a su espíritu un particular y misterioso aliento que trascendía todos su ser y que llegaba a aquellos que escuchaban sus cantos, como llega el alba a los salvajes bosques y breñales, inundando con su luz las sendas más sombrías y ocultas de la maraña.

Florecieron cincuenta veces los almendros de Nir, y Vasler Cra salió a los amplios caminos, adusta la expresión, blancos los cabellos y pausado el paso, decidido a repetir ante los hombres las voces memorables y los hechos olvidados.

Marchaban delante de él las mariposas, las libélulas y los grillos. Siete alondras y siete palomas precedían a sus ojos. Una música de cigarras trepidaba en los arbustos, mientras los grajos y cornejas anticipaban en las aldeas su llegada, aunque muy pocos entendieran el lenguaje de tales pájaros. En las alturas, sobre su cabeza de lino, las águilas y los halcones dibujaban círculos de sereno trazado, y las nubes alzaban sus torres en el azul radiante del espacio.

Así comenzó su peregrinaje Vasler Cra, pero antes, de pie sobre una de las piedras del Gran Taler, había dicho, mirando el valle de Nir extendido a sus pies con sus trigales, arroyos y ríos: — Volveré, noble aldea, sencillo paraíso del hombre; volveré, y entonces me ayudaréis a esperar la muerte, porque yo, Vasler Cra, quiero cantar mi última verdad entre nuestros ancianos y niños, sintiendo en mis oídos a las aves del bosque y al viento que trae el número de las esquilas. Volveré. Aguardad por mí.

CANTO DECIMOTERCERO

Habiéndose alejado Vasler Cra del bosque y de los carboneros, a mitad de camino hacia la aldea tropezó con Anse, el buhonero, y sus dos pollinos, que marchaban en sentido contrario. Era este buen hombre un rústico alegre y conversador, pícaro y audaz, que pregonaba tener conocimientos de medicina y otras ciencias y que vendía, aparte de sus cacharros, cuchillos y géneros, milagrosas tomas y rarísimos compuestos a los que le adjudicaba santos y efectivos poderes: filtros para el amor, emplastos contra la pelagra y la viruela, pócimas contra las fiebres y brebajes para el mal de la montaña surgían de las profundidades de cuatro talegas que portaban los pacientes asnos. Tocaba su calva cabeza con un birrete de nigromante y vistiendo un roto sayal de tela burda y descolorida, más que temor despertaba risa, y más que respeto y admiración, la chanza y la burla muchas veces ofensiva. Sonrió Vasler Cra ante el encuentro, y deteniéndose frente al buhonero lo saludó afectuosamente. Contestó el hombre con su verba ampulosa y llena de latines y púsose de inmediato a explicar su nuevo descubrimiento en el campo de la ciencia sin que Vasler Cra nada le hubiera preguntado al respecto. Según él, después de largas búsquedas había logrado preparar una bebida que hacía hablar a los animales y que, con el andar del tiempo y luego de perfeccionarla debidamente, la ofrecería a la humanidad para su gloria y provecho, pues un animal que habla deja de ser animal para transformarse de inmediato en un ser con los mismos atributos que el hombre. Vasler Cra lo dejó decir durante unos instantes y, luego de asegurarle que sería el primero en adquirir tal maravilla, siguió su camino pensando que un ignorante con pretensiones de sabio valía tanto como un erudito torturando a un mozo de labranza con sus conocimientos.

Curvaba el mediodía su lomo caluroso, y una bandada de mirlos picoteaba los grosellares silvestres. Mugían los toros en las praderas, y las ovejas, blanqueando a la distancia, fingían un desbordado río corriendo al lado de la montaña.

“Es indudable —reflexionaba— que el hombre que aparentemente menos ve, es el que más mira. Y la prueba está en este pobre buhonero; habla, grita, hace bailar sus ojos de cerdo sobre todos los rostros y las cosas, y apenas si conoce de ellas el contorno. Ha viajado, sin duda, y gente ha visto de diversa vida; sin embargo sigue tan bruto como

cuando nació, preocupado en engañar con su falsa ciencia. A buen seguro que nunca se ha puesto a meditar en lo que le rodea ni en descubrir las leyes que Dios ha sembrado en este su mundo. ¡Gran felicidad es poder ver el alma de lo que nos es puesto a nuestro alcance! Observa el conocedor la botella de largo cuello para descubrir la calidad del vino en ella encerrado, y palpa el honrado campesino el vellón del carnero para apreciar la bondad de la lana. Quien indaga, aprende, y quien aprende sabe y es beneficioso para el ignorante. Se puede amar el peligro cuando se lo conoce, y es de necios y torpes correr a su encuentro sin más razón que la inconsciencia. Un loco no hace un héroe, como una gota de agua no hace una tormenta. Hombres he visto ostentar medallas y mutilados miembros ganados en la batalla, mas sólo a pocos les cupo ostentar igual gloria y llegar a la ancianidad con el cuerpo sano y la cabeza clara. Va seguro a su destino el que estudia la senda, modera el paso y los alimentos y conserva energías, porque la prisa no siempre es buena consejera y el desconocimiento del camino el mejor guía. Un tonto con un pan no hace a un pródigo, ni la fortuna en manos del libertino, obra valedera...”

Sumido en tales pensamientos iba Vasler Cra, como un viejo dios en sus memorias. Habitado a lo frugal y simple de los alimentos, poco molestaba su estómago; por lo tanto, se acercó a un arbusto de grosellas y púsose a comer el rojo fruto, mientras el sol le colocaba una armadura de doradas láminas. Sentóse luego y, cerrando los párpados, dejó vagar sus ideas en completa libertad, gozando de la paz de la naturaleza.

Disfrutaba Vasler Cra del silencio mágico del valle, cuando un coro que aumentaba en intensidad a medida que se acercaba lo hizo incorporar y prestar oídos. Paulatinamente las palabras se hicieron más nítidas, pudiendo escuchar así el tema de la canción: “¡Ah —se dijo—, son los leñadores! ¡Qué bríos tienen sus voces! Buenas gargantas y buenos músculos hacen hombres de temple y de vigorosa vida. Mejor se acompaña el trabajo con la música y el canto, que con el silencio y el ceño torvo.” Mientras así discurría Vasler Cra, los leñadores distinguieron su familiar figura, y fue saludado con una exclamación de alegres ecos.

Contestó el anciano, y los hombres, bajando las hachas de los hombros, hiciéronle rueda con evidente regocijo; temprano era aún para tumbar árboles, pero nunca para escuchar al viejo pastor.

— Bien sabéis, leñadores, que mis brazos también voltearon el hacha de doble filo, y que más de un cedro perdió su fortaleza entre mis manos. Allá, en el valle de Nir, grandes bosques había de seculares troncos, y famosos eran sus leñadores y sus maderas olorosas y de dura veta. Pinos he visto tan altos como el campo de las nubes y robles tan pequeños

que no os llegaban a la cintura; encinas de mil años, arrugadas como viejas y en cuyos troncos rebotaban las hachas mejor templadas, y castaños a los que no podían abrazar siete hombre juntos. Pero esto, leñadores, ocurre en todos los bosques del mundo, no siendo así con el enebro de Nir, célebre por su historia y único en la vida de los árboles del universo entero. Crecía en el mismo centro del bosque, y era tan común como cualquier otro de su especie: coposo, cubierto de bayas y de estatura vulgar, el enebro de Nir era un árbol más.

Sin embargo, buenos leñadores, el arbolillo tenía su leyenda, y ésta era bella y terrible a la vez, como una hermosa muchacha de alma negra y pecaminosos deseos. Contábase por allá, y de lo que os digo hace muchísimos años, que el enebro era el más viejo habitante del bosque y que había sido plantado por un anacoreta, trastornado por el amor de la virgen de las hojas, a la que persiguiera como un silvano ebrio a través de la dilatada floresta. Vosotros no ignoráis que si alguien planta un joven enebro en noche de luna llena y entierra junto a sus raíces el ojo de un mochuelo, a la noche siguiente, y durante el canto de los ruiseñores, la mujer de vuestros sueños os amará hasta la locura. Pues bien; esto hizo aquel anacoreta y se quedó al lado del árbol hechizado aguardando la aparición de la virgen de las hojas. Llegó la segunda noche, y con ella acrecentóse la pasión que sacudía su pecho. Salió la luna, cantó un ruiseñor, y luego otro, y todo el bosque vibró recorrido por el canto de las aves. De súbito, saliendo de un grupo de oleandros, la virgen se le apareció, sonriente y desnuda, bajo la luz de la luna, y se le acercó pisando dulcemente la húmeda hierba. Sintió el anacoreta que su sangre bullía como un caldero de plomo fundido, y extendiendo sus manos avanzó al encuentro de aquella mujer celeste que lo miraba con sus cristalinas pupilas en las que parecían temblar dos claras estrellas de abril.

Callaron los ruiseñores, y el bosque calló también como si se aprestara a presenciar el encuentro de dos seres de tan distinta existencia. La brisa permanecía inmóvil entre las ramas, y los animales habían cesado en sus correrías. Llegó el anacoreta cerca de la virgen y, tomándola de los brazos, intentó atraerla hacia sí. Mejor no lo hubiera hecho. Como una bestia derribada en plena carrera por una jabalina lanzada con mano diestra, así cayó el hombre para no levantarse más, luego de proferir un grito espantoso que estremeció el silencio del bosque. La muerte lo había sorprendido con la velocidad del relámpago, y ahí lo dejaba, encogido como una rama carbonizada, para que fuera devorado por los lobos y los buitres. Miró la virgen el cuerpo que yacía a sus pies, y luego, volviendo sobre sus pasos, se perdió en la oscuridad de las hojas, bella e intacta bajo el resplandor de la luna. Volvieron a cantar los ruiseñores y el bosque animóse nuevamente de misteriosos sonidos. Pasaron años, y el enebro creció solitario y torcido, sin que los pájaros llegaran a anidar en

él. Un día, un leñador dio con su tronco, y sin pensarlo más, decidió cortarlo. Alzó el hacha y descargó el primer golpe, pero, ya por casualidad o por la dureza del árbol, el hacha rebotó hiriéndolo en la pierna. Rabioso a causa del accidente, volvió a descargar el hacha, y esta vez el filo de la herramienta rechazada nuevamente, prodújole en la otra pierna un peligroso tajo de considerable profundidad. Se arrancó la camisa y, vendándose lo mejor que pudo, regresó cojeando a su casa, maldiciendo la dureza del enebro y repitiendo que lo cortaría al día siguiente, ayudado por un hermano o por el mismo diablo.

Como lo había prometido, leñadores, a primera hora él y su hermano, un apuesto mozo, estaban junto al enebro. Quitóse la chaqueta, y empuñando un hacha de doble filo y mango de fresno midió la distancia y asestó un golpe capaz de derribar un olmo centenario. Sacudióse el árbol y la herramienta resbaló sobre su tronco como la víbora sobre la pelada piedra; ni siquiera un rasguño veíase en su corteza. “¡Déjame probar a mí!” —dijo el mozo sacándole el hacha de la mano—. ¡Vamos a ver qué dureza tiene este condenado!” Y sin tardanza tiró un hachazo maestro. Crujió el enebro, quebróse el mango de fresno, y la cabeza de la herramienta voló velozmente dando de lleno en la frente del leñador, que se desplomó sin un grito, mientras la sangre le corría por el rostro. “¡Hermano...!”, aulló el mozo arrodillándose a su lado, presa de una angustia mortal, y con el sollozo a punto de brotar de sus labios comenzó a limpiar la herida para ver su magnitud. Pero todo fue en vano: el leñador agonizaba con la frente rota. Desecho en lágrimas, el mozo cargólo en sus brazos y dirigióse a las afueras del bosque, rumbo al hogar. Mas no había andado tres pasos, cuando escuchó a sus espaldas una carcajada horrible. Erizóse su cabello y sin mirar atrás salió huyendo, tambaleando bajo la carga del leñador que regaba con su sangre el musgo de la senda.

Los años siguieron cayendo del árbol del tiempo, y más de un leñador resultó dañado al querer cortar aquel enebro, hasta que nadie intentó hacerlo y sólo quedó para afirmar la leyenda que en torno de él se tejía. Dicen que si alguien desenterrara el ojo del mochuelo, que aún sigue vivo entre sus raíces, el árbol perdería su maléfico poder; otros aseguran que en su tronco el alma del anacoreta espera todavía el regreso de la virgen de las hojas. Yo, Vasler Cra, os digo que nada es verdad y nada es mentira, y que un día llegará en el que un niño lo tronche de un solo golpe y utilice su olorosa madera para construir un carro de juguete.

Calló el anciano, y los leñadores se pusieron de pie, cavilando en lo relatado por el pastor. Echaron sus hachas al hombro, y saludándolo uno por uno fuéronse al cercano bosque a cumplir con sus tareas. Vasler Cra los miró alejarse, y su rostro se iluminó

mientras sonreía bondadosamente. Un rayo de sol, como una abeja, brillaba en las blancas barbas del peregrino Nir, y la tarde giraba su rueda de oro, allá, cerca de las montañas.

CANTO DECIMOCUARTO

Gente hubo, sin embargo, que se burló una vez de Vasler Cra, llamándolo el “viejo chiflado”, el “pastor loco” y con otros nombres. Mas él, enterado de esto, reuniólos con habilidad, y para ellos habló de la manera siguiente:

— Fácil es atacar al hombre que sueña y hacer de él motivo de burlas, pero difícil resultaría imitar su vida y su conducta, y más arduo aún alcanzar las alturas de su mente. El necio imagínase hombre de probado sentido común, y doctor el palurdo, y poeta el versificador de oficio. Cree el loco ser cuerdo, y el difamador supone obedecer a Dios sembrando sus palabras equívocas. “No hace una camisa una corteza, ni un pastor un viejo de barba gris”, dice un antiguo proverbio, y esta verdad no admite discusión. Hombres hay que se mofan de quienes los quieren bien, y su ignorancia iguala en este caso la de la última bestia. No solo con el deseo de soñar se sueña, ni pensando en el prado se lleva a pastar el rebaño. Privilegio de pocos es el de volar junto al espíritu; insulta la urraca el vuelo del águila, mas el suyo no logra superar las copas de los árboles medianos.

Sí, hombres de la aldea. Triste cosa es hallar defectos a los demás, mientras vamos empujando los propios, y mucho más doloroso cubrir los nuestros para desnudar los ajenos. Loco se me llama porque hablo al corazón de los seres con mi viejo corazón, y chiflado porque mis cantos asombran y aprovechan. ¡Ojalá imitaran algunos mi pobre y modesto ejemplo!; la vida entonces no sería tan dura y la alegría y la paz acudirían a los taciturnos e intranquilos. Imagináos que yo, Vasler Cra, saliera pregonando: “El carpintero de tal aldea no cumple con sus deberes de marido y padre, y en su hogar se aposenta la miseria; los hijos del campesino fulano se emborrachan y discuten en la taberna con los parroquianos”; y así como éstas, cientos de cosas más propias de brujas y comadres que de hombres de pelo en pecho... ¡Oh, no! Se verán milagros, pero ninguno igual al que refiero. Pastor he sido, y de buena fama. Jamás me ha herido la pobreza a pesar de ser pobre, y mis manos son limpias como los torrentes del deshielo y los ojos de los niños. Amigo soy de mis amigos: en cuanto a mis enemigos, nunca sospeché tenerlos, y me duele saber que a

mis espaldas se me tilda de viejo charlatán. ¡Oh, hombres de la aldea! Allá en el valle de Nir, donde espero morir algún día, tengo tantas cosechas espirituales como granos uno de vuestros silos, y muy grande sería mi orgullo si aconteciera lo mismo entre vosotros, pues es triste para un anciano sembrador el cosechar guijarros en lugar de venturosas espigas, y burlas en vez de respeto. Enmudeció Vasler Cra, y su barba doblóse sobre el pecho. Nada decían los hombres, pero en sus caras leíase el desasosiego, mezclado con la vergüenza y la comprensión. Notable era ver aquellos rudos rostros, curtidos a sol y tempestad, transfigurados por la emoción del momento. Soplaban el seco viento del Levante, y la tarde vacilaba sobre los oscuros montes de avellanos. Vasler Cra seguía silencioso, y por su alma atravesaban quién sabe qué imágenes remotas. Alejaronse los hombres con vencido paso, y en la rama de un cedro cantaron las tardías notas del mirlo. El anciano, aislado del mundo, pensaba.

CANTO DECIMOQUINTO

— Vasto y misterioso es el espacio —decía cierta vez Vasler Cra, hablando del cielo, una noche, después de las tareas, en una de las granjas que solía frecuentar—. Vasto y misterioso, repito, y de inigualable grandeza. Mucho he mirado los astros y planetas en el sereno combo, y mi admiración no ha tenido límites, igual que mi desconocimiento. Nombres sé de estrellas de primera magnitud, y algunas constelaciones me son tan familiares como las líneas de mi mano, mas no por ello he descubierto su secreto de cristal ni el porqué de sus rutas en el infinito. Cruza la Vía Láctea como un blanco hormiguero sobre la Rosa de los Vientos, y allá, donde dicen que la nieve forma países de congelada vida, la Osa Mayor vigila la noche de seis meses. Fulge Aldebarán en el ojo del toro celeste, y Altahir resplandece en el pecho del Aguila, y en los ocasos, Venus, la incomparable, parece una lágrima escarchada en un párpado azul. ¿Algo hay más soberbio que la luna llena asomada a las noche del otoño, ocultando su espalda, donde se supone está escrito el destino del mundo y las tablas de la ley? ¿Existe mayor belleza que la que levantan los caballos del sol con sus crines de bronce y sus cascos poderosos...? ¿Acaso la aurora de rosado vientre y pechos de cuarzo no supera a la más espléndida virgen...? ¡Ah, labriegos! ¡Ancho es el arcón del cielo e infinito su fondo! Estrellas vemos cuya luz cabría

en la punta de un anzuelo, pero su tamaño, de poder distinguirlo, superaría el gigantesco globo de la Tierra. Lejos están de nosotros, como si la honda de Dios las hubiera arrojado a lo desconocido, mas no por eso dejan de parecernos cercanas y trémulas en el tapiz de la noche. Sueñan con ellas los poetas y los pastores, las mozas y las criaturas nacidas en setiembre, y a los ojos de los ancianos bajan ellas por los hilos del aire para aclarar las tinieblas de la muerte. Cuantas veces, a la luz de la hoguera, mientras acecha el lobo y duerme la majada, he abandonado mis pupilas al estrellado mundo del espacio, tratando de que mi alma atravesara sus murallas de mágica pedrería, mas sólo conseguía angustiarme, porque bien poco es el hombre al lado de semejante misterio, y escasos sus recursos para descifrarlo. Encanece el astrólogo procurando en vano pronosticar los sucesos por la posición y brillantez de los astros, y el geómetra y el matemático echan a volar sus cálculos sabios, pero ni el uno ni los otros conocerán jamás la raíz de ese bosque que allá arriba alza sus copas de mica y cuya música inmóvil escucharon los antiguos. Yo, Vasler Cra, os lo digo porque así me lo enseñó un erudito monje, tan viejo como una encina de trescientos años, y no en virtud de mis escasos conocimientos del cielo. “Obra de Dios es ésta —explicaba señalando con su flaco dedo a las estrellas—; obra soberbia y eterna como todo lo suyo. Desaparecerán los siglos y los hombres, las ciudades y las ciencias, pero el universo seguirá resplandeciendo en la frente de los tiempos”. Esto me decía el estudioso monje, y yo le comprendía porque clara era su palabra y persuasiva su voz.

Dejó de hablar Vasler Cra para beber una pinta de caliente vino que le acercaba el granjero, y las lámparas fueron abastecidas de aceite, y un nuevo tronco alimentó las llamas del hogar. Por una de las ventanas, la noche de agosto ofrecía un puñado de bruñidos remaches, y en la bigornia de la luna doblábase una herradura de cinc.

Vasler Cra, al cabo de unos instantes, continuó con su relato, y, una vez finalizado, el mundo de los astros y estrellas durmió aquella noche en el corazón de quienes lo escucharon, porque el viejo pastor sabía dejar en las almas fulgurantes semillas y estimables reflexiones de profundo contenido. Apagáronse los gallos, y el alba insinuó su peine de concha entre las montañas. Vasler Cra, cerca del hogar de calientes cenizas, meditaba en el silencio de la granja, y era tal la actitud majestuosa de su rostro que hubiérase confundido con una de las siete estatuas de la sabiduría. Una de las lámpara todavía alentaba débilmente en la penumbra...

CANTO DECIMOSEXTO

Tocóle cierto día a Vasler Cra intervenir en una disputa, y una vez que los ánimos fueron calmados y la tranquilidad volvió a reinar entre los que promovieran el altercado el anciano reflexionó de esta manera:

— Dura cosa es reñir como las bestias cuando la inteligencia y la razón habitan los cerebros. Una disputa carece de importancia si prevalece el espíritu y los que discuten conservan sus lugares de honor, mas los que se dejan dominar por la ira y la ofuscación poco dignos son de llamarse humanos y de esperar de los demás consideración y estima.

Esto trae a mi memoria un hecho acaecido en el valle de Nir y del que fueron dolorosos protagonistas dos hermanos de conducta ejemplar, cuyas existencias siempre sirvieron de estímulo entre la gente de la comarca.

Vivían estos hermanos, Titu y Luga Colde, del producto de sus tierras, y jamás en muchos años tuvieron diferencia alguna. Juntos trabajaban, y lo que uno decía era aceptado por el otro sin titubeos ni desconfianzas, usufructuando ambos los bienes comunes de acuerdo con sus necesidades, y sin que mediara nunca una sola palabra de reproche ante un gasto aparentemente excesivo de una de las partes. Sin embargo, no siempre el mejor árbol es el que da más sombra. Un día, después de vender la cosecha y algo bebidos, cosa que acontecía una vez al año, comenzaron a cambiar impresiones con respecto al dinero cobrado. El mejor, Titu, decía que era suficiente, ya que el trigo, cuya bondad dejaba que desear, no hubiera obtenido el precio acostumbrado, y el mayor estaba empeñado en cargarle las culpas aduciendo falta de inteligencia en la elección del comprador. Palabra va y palabra viene, los ánimos se tornaron calientes, y una bofetada sonora sangró la boca de Titu, que rodó como una bola de estopa, la mirada turbia y el rostro pálido. Nunca habíanse peleado aquellos hermanos, y menos aún en público. Quedáronse pasmados los asistentes ante lo insólito del suceso, y un par de labriegos ayudaron al caído a ponerse de pie. Miró éste al abofeteador con extraños ojos y, sin decir esta boca es mía, tomó su gorro y salió haciendo crujir los tablones del piso con sus anchos zapatos. Entre tanto, Luga, el mayor, con la confusión pintada en el rostro, parecía no darse cuenta de lo acontecido. Llegó la noche y los parroquianos salieron de la taberna. Un frío viento del oeste quemaba las orejas y sacudía los olmos, y oscuras nubes presagiaban una pronta nevada. Con paso inseguro y la cabeza llena de arenas alcohólicas abandonó el local el mayor de los hermanos, dirigióse a su granja, tiritando y tratando de recordar los

acontecimientos del día. Cuando llegó, la casa estaba silenciosa y abiertas las puertas. Llamó en alta voz a Titu, y no obtuvo respuesta, Maldiciendo, recorrió el establo y los graneros, dando gritos y blasfemando, pero sólo le contestaban el viento frío y el croar de las ranas. Hecho una furia, volvió a la casa y acostóse vestido, durmiéndose al poco rato. El sueño le condujo a través de una rara pesadilla: veíase dentro del hueco tronco de un abeto horadado por el rayo, imposibilitado de moverse. La nieve caía copiosamente, y cuatro osos enormes rondaban muy cerca, erizadas las fuertes pelambres. Por más que llamaba, nadie acudía en su ayuda, y ya las fieras, que lo habían olfateado, se dirigían hacia él dispuestas a tumbar el precario refugio con sus pesadas garras. Acordóse entonces de su hermano y acomodando la boca convenientemente, imitó el canto del urogallo, pues esa era la señal que tenían en los momentos de caza. Poco tardó en aparecer aquel, con su fusil empuñado y las pupilas brillantes. Los osos, al verlo, gruñeron espantosamente aprestándose al ataque. Sonó un disparo, y un macho descomunal rodó con la frente rota; los tres restantes embistieron al muchacho, cuyas armas ahora quedaban reducidas al cuchillo de caza. Con la espalda apoyada en un pino aguardaba valientemente la carga de los animales, sabiendo que el resultado sería su muerte. A todo esto, Luga, aún aprisionado por el tronco, pugnaba angustiosamente por salir en su ayuda, siendo vanos todos los intentos por lograrlos. Horrorizado, iba a presenciar el fin del intrépido mozo, y las lágrimas mojaban sus mejillas y el corazón le quemaba en el pecho como una llama enloquecida. Transpirando y con el rostro descompuesto logró despertar. Una aurora gris y desapacible filtraba su luz por los vidrios de la ventana, y, por primera vez en su vida, la tristeza y la vergüenza le ensombrecieron el alma. Púsose de prisa una pelliza, tomó el fusil y, luego de comprobar la carga, salió en busca de su hermano. Algo le decía que Titu corría un peligro mortal. La nieve caída durante la noche le obligó a calzarse las raquetas para facilitar la marcha, y mientras se las ponía su cerebro trataba de imaginar el rumbo tomado por el muchacho. “Si se ha ido a la vecina aldea, debe haber intentado cruzar el bosque; busquemos por ese lado, y que Dios me ayude. Me lleva muchas horas de ventaja. Confío en que la nieve lo haya detenido, obligándolo a buscar refugio”. Rápido anduvieron sus piernas, y al cabo de una hora y media de marcha hallóse en el centro de una fronda, dando voces espaciadas y atento a cualquier rumor que le indicara la presencia del fugitivo. Iba a desistir de sus propósitos, cuando desde lo profundo del bosque, desde un lugar de la espesura le llegó el lejano canto de un urogallo, su señal de caza. Lanzóse en esa dirección, y pocos minutos después hallóse frente a una escena que lo dejó helado: dos osos de oscuro pelaje rondaban el hueco tronco de un pino, en cuyo interior alcanzaba a

distinguir el cuerpo de su hermano, que poniendo el fuerte saco de piel como protector, cubría la estrecha abertura por donde había entrado, evitando que las bestias metieran sus uñas por allí. Alzó el fusil, y un certero disparo tumbó a una de las bestias. La otra se volvió contra él sin darle tiempo a recargar el arma. Extrajo su cuchillo y esperó a pie firme la embestida. El oso, una hembra fornida, irguióse sobre las patas traseras y avanzó como un atleta bamboleante y temible, abiertas las rojas fauces. Poco tardaron en abrazarse el hombre y el animal. Con el codo hundido en la boca de la osa, impidiéndole por el momento una mordedura fatal, el hombre hundía con furia su cuchillo tratando de tocarle el corazón. Corría la sangre salpicando la nieve y los helechos, y a los gruñidos del animal herido se mezclaba el jadear del bravo y las voces impotentes de Titu que pugnaba por salir del tronco. Luchando así largos minutos, y cuando ya las fuerza parecían abandonar al hombre, la punta de su agudo cuchillo penetró en el pecho de la fiera seccionándole el corazón. Oyóse un ronco y postrer gruñido, y la osa, separándose del hombre, cayó agitando las peludas patas hasta quedar inmóvil a los pies de éste, cuyo brazo, el que mantuviera en las fauces, yacía desecho en el codo, a un costado del cuerpo. Libróse el preso de la incómoda cárcel y con los ojos húmedos de llanto corrió a estrechar a su valeroso hermano. Nada se dijeron. Lentamente regresaron a la granja donde la curandera atendió al herido. Pasaron los días y los años, y los dos hermanos, uno de ellos con un brazo inútil, fueron y volvieron de infinidad de cosechas, alegres y sanos los rostros y las almas, y cuando alguien hablaba en su presencia de una disputa célebre, ellos sonreían y mostraban una gran cabeza de oso que aparecía en una de las paredes de la granja, junto a un fusil y a un cuchillo de caza de mango de alerce.

CANTO DECIMOSEPTIMO

— Vosotros habláis del amor —dijo Vasler Cra en una oportunidad—, y tal tema no tiene la simpleza que la mayoría supone. No es simple una espiga ni el vuelo del abejorro, ni el trabajo de un picamadero en el duro cuerpo del abeto. Mira arar el que no sabe y cree que es fácil la tarea, pero no bien empuña el arado comprueba lo aventurado de su juicio. Aman quienes saben amar y no quienes quieren, ya que el amor es compleja ciencia y no entretenimiento de tontos. Edades hay en las que el hombre imagina ser el centro del

universo, siendo solamente un ínfimo grano de polvo; igual acontece con los que dicen conocer las leyes del amor, ignorando la verídica esencia de este sentimiento. Ama el que sufre y sueña lejos de la carne, porque el espíritu alienta para él con todo su esplendor: un canto de ruiseñor, la caída de una hoja, las sombras del crepúsculo, ponen a su alcance el amado rostro, entristeciéndolo a través de un indecible gozo, cuya celeste tortura es tan poderosa como las mareas. Sueña para él, vive y muere para él. Lejos está su sangre todavía del grosero contacto con la realidad del cuerpo; por eso su espíritu, inexperto aún en cuanto a luchas y asedios, asechanzas y esperas, sube a las regiones angélicas para crecer en la soledad de su apasionado mundo. Primer amor llaman a esta gloriosa fiebre, propia de los jóvenes a quienes recién les apunta el vello, y mucho tarda en olvidarse si el que ama no consigue unir a su existencia la del ser elegido por el ensueño y la angustia. En numerosas ocasiones dicha pasión sólo conduce a la muerte o a la locura, ya que la inexperiencia, el temor a las burlas o a ser defraudado y herido por la persona amada son motivos harto suficientes para quitarse la vida en un momento de ciega exaltación, pues los mártires y los héroes suelen nacer en la primera juventud, cuando la cabeza, como la rueda de la noria recién puesta, no está lo suficientemente asentada sobre su eje. Esto que os digo, amables camaradas, me impulsa a narrar para vosotros el principio y fin de unos amores trágicos, cuya tumba levántase allá en el valle de Nir, cerca de un alegre prado.

Hizo una pausa Vasler Cra para ordenar su memoria, mientras sus manos cargaban la pipa de oscura cazoleta. El claro sol de mayo soltaba sus liebres de oro, y los pájaros enhebraban el aire con rápidos vuelos. Ocho personas escuchaban al anciano pastor, y en sus ojos la tarde parecía una gran mariposa de irisado silencio. Lejos, las montañas, curtidas por la luz, arrugaban sus ceños de piedra verdosa, y un águila solitaria, tan alta como la garganta de un dios, trazaba círculos de lentitud en el azul inalcanzable. Comenzó a tirar la pipa de Vasler Cra, y con el humo surgieron sus palabras:

— Era Milo un niño casi, taciturno y delgado, de oscuras pupilas y expresión lejana. Jamás se le vio jugar, y su entretenimiento consistía en pararse las horas mirando el andar de las nubes y escuchando el murmullo del bosque y las flautas de los pastores. Sus padres, campesinos de holgada posición, dejábanlo hacer, sin preocuparse mayormente por el muchacho. Una mañana calurosa llegaron a la aldea unos acróbatas ambulantes, al son de un ronco tambor de caballería. Flotaban en la brisa los gallardetes de colores, y los gimnastas, dentro de sus mallas chispeantes, poco tardaron en montar sus trapecios y sogas ante el asombro de todos. Comenzó el espectáculo, y puedo aseguraros que nadie disfrutó como Milo. Abriánse sus ojos y la admiración encendía sus mejillas, acelerando los latidos

de su corazón. Eran los acróbatas dos fornidos mozos y una muchacha de hermosura poco común, y nada tardó Milo, el imaginativo y sensible, en enamorarse de aquella aérea criatura, de roja malla y cuerpo esbelto. Terminó la función del día, y los saltimbanquis pidieron albergue en la taberna, donde los siguió el bullicio de los niños, la asombrada y silenciosa admiración de los grandes y el amor alucinado de Milo, que, de regreso a la casa de sus padres, pasóse la noche soñando con la niña del trapecio y viéndola danzar en el viento como un esmaltado pájaro rojo. A la mañana siguiente fue uno de los primeros en llegar para presenciar el espectáculo, y tanto aplaudió y gritó las proezas de los acróbatas que la muchacha no pudo menos que reparar en él, cuyo rostro, transfigurado por el entusiasmo, parecía traspasado de milagrosa luz. Sonríole afectuosamente, y Milo, en el colmo de la alegría, abandonó el lugar y corriendo al prado cercano tendióse sobre la hierba, tejiendo descabellados ensueños. Dieciséis años tenía, y en su alma propensa a las extraordinarias aventuras el rayo del amor restallaba para no detenerse más. Día a día, durante una semana, Milo presenció el arte de los gimnastas. Y así como la creciente anega las tierras altas, así invadió la pasión el delgado pecho del muchacho, enfermándolo su alma exaltada y quitándole el sueño. Se marcharon los acróbatas, que gente es ésta de no estarse mucho en ningún sitio, y con ellos la salud de Milo y su joven corazón de poeta. Sin alimentarse, con los ojos extraviados y desgarrado en lo más íntimo de sí, diose a vagar como un sonámbulo o un ebrio, sin rumbo, por todo el valle de Nir. Veíanlo los campesinos y movían tristemente la cabeza, y las aves e insectos, tristes estaban también por la salud del adolescente. Los padres, acostumbrados a sus rarezas, poco hacían por él, tomándolo como siempre, sin darse cuenta que su cuerpo debilitábase más y más, como una rama de almendro comida por la plaga. Poco tiempo después Milo enfermaba gravemente, y la muerte le colocó sus espuelas de hielo. Nada podía intentarse. Yo, Vasler Cra, estuve a su lado durante quince noches, y a través de sus palabras de fiebre pude saberlo todo. Moría de amor; en sus oscuras pupilas el rojo cuerpo de la trapecista hacía ingenuas y dulces cabriolas, llenas de encanto y de gracia, y su figura iba empequeñeciéndose a medida que el trineo de la muerte se acercaba al corazón de Milo, el hijo del ideal.

Le dieron sepultura en el prado, bajo el verde oscuro de los robles, y el olvido cayó sobre su memoria como el invierno sobre el polluelo tardío, y sólo yo, Vasler Cra, supe el porqué de su fin prematuro, tan hermoso como cruel. Por eso, con lo que os he contado, podéis daros cuenta de que el amor no es solamente uno, sino que es múltiple y varía con los vientos. Se ama de acuerdo con lo que se es y se siente, y así como Milo amó con la

ignorancia de sus pocos años y la pasión desbordante de los solitarios y soñadores, hay quienes lo hacen fría y calculadamente, porque en ellos alienta el deseo de la carne, y no el alto vuelo del alma que todo lo ennoblece. Una montaña tiene infinitas piedras, pero pocas son las que brillan con valiosos destellos. Glorioso es amar, sin duda, y sentir el sagrado fuego arder en el corazón como una clara hoguera, aunque después la zozobra y la desesperación nos derriben como al fino tallo el ángel del granizo. ¡Oh sí, campesinos! ¡Dejemos estos temas para los grandes pensadores! Gente somos de ver el amor como los niños ven las estrellas de los magos o como los dulces animales del Señor que en la pradera aguardan el olor de la primavera con inocente inquietud, y no de otra manera y sentido, que seres somos de vida sencilla y pura y de transparente corazón. De una caricia de callosas manos nacen hijos de probada fortaleza y rectitud, y no es más suave la pluma de la tórtola que el vientre de una mujer aldeana. Ama el hombre de simiente y surco, y perdurable es su afecto, no sucediendo lo mismo con los cortesanos y gentiles de viciosa historia. Quien ha nacido para pájaro no puede ser reptil, campesinos.

Hablaba de este modo, Vasler Cra, y los aldeanos asentían en silencio, y en sus almas rudas entraba el soplo de la verdad, como entra la carcoma en las oscuras vigas del roble. Largo discurrió Vasler Cra sobre el amor, y la tarde del invierno tornóse sombría y triste en los cristales de la nieve, y la taberna, pues allí se encontraban, quedó sumida en una vaga penumbra. Calló al fin el anciano pastor, y los hombres comprendieron que deseaba meditar, alejándose con discreto paso luego de saludarlo. Lejos, en el valle de Nir, cantaban los ruiseñores y la primavera regresaba al viejo molino que fuera de Burba Elbe.

CANTO DECIMOCTAVO

¡Oh, Dios —decíase Vasler Cra—, cuando yo desaparezca, ¿desaparecerá de mis ojos toda esta belleza que hoy me circunda como un anillo de colorida libertad...? Amargo sería perder lo ganado en la tierra, aunque en el cielo nos aguarde la sublime paz de la bienaventuranza. Nada hay comparable a estas cosas que Dios ha puesto con pródiga mano a nuestro lado para solaz del espíritu, dándonos una prueba indiscutible de su bondad y pureza. Viejo estoy ya, y sin embargo cada día que escapa de mi vida déjame un nuevo deslumbramiento y una nueva verdad, y hasta la misma muerte antójaseme delicada y azul

como una gota de agua suspendida en el tiempo. ¡Ah, dura cosa es el abandonar este mundo cuando se ha conseguido descubrir su armoniosa raíz y sus leyes inimitables! Ochenta veces he visto florecer el almendro, mas tal espectáculo siempre resúltame original y distinto, porque nada es igual a lo que fue por más repeticiones que obren en su esencia. Sí, triste es esto para un hombre de honrados principios y de virtuosa vida, que sólo se lamenta por no poder proseguir alabando al Creador y sembrando el bien y la concordia entre sus semejantes. Pero, en fin; nada se gana con tales ideas, y lo que Dios ha dispuesto bien dispuesto está. Flaquear no es error importante sino humana debilidad, y, yo Vasler Cra, no estoy exceptuado de tales defectos.

Reflexionaba el anciano con los ojos fijos en las aguas de un tranquilo río, y su figura, adentrada en el paisaje, parecía flotar en el centro de una bíblica luz.

Nadaba el pez en la verdosa onda, y los pájaros pescadores seguían con atención el inocente juego de las mojarras. Corría bisbeando la brisa entre los juncos y las juncias, en cuyos húmedos tallos balanceábanse oscuros caracoles. Grandes flores acuáticas dormíanse en la superficie, y el cielo, reflejado en ella, descendía a las profundidades. Lejos, las montañas reposaban sus petrificados tendones y ligeras nubes derivaban hacia el poniente. Vasler Cra, inmóvil y majestuoso, pensaba en el más allá.

CANTO DECIMONOVENO

Poco faltaba para que el otoño bajara del aire sus arados de oro. Enrojecían los robles y la tierra del valle iba tornándose opaca. Los hirsutos bosques oscurecieron las sendas de caza y las hojas crujían en el viento como metálicos papeles. Se aseguraron los graneros; amontonóse la leña bajo los cobertizos, y en los trabajos del hogar volvieron a colgar las ventrudas ollas de hierro. Pastores y aldeanos cambiaron el lugar de las majadas, y las primeras cigüeñas sorprendieron una mañana la boca de las chimeneas, quedándose allí como blancos globos de harina, portadores de la paz y la prosperidad.

Vasler Cra, en compañía de unos mozos, se dedicaba a la tarea de componer varios arneses inútiles, y a medida que sus manos cumplían hábilmente el trabajo sus palabras no dejaban de fluir para alegría de quienes los escuchaban. Hallábanse en un espacioso

recinto destinado a las bestias de carga, y el olor del heno y la boñiga mezclábase al del cuero largo tiempo engrasado:

— Molesto sería este olor para aquellos que en las ciudades viven y cuyas narices son delicadas como la piel de un niño. Por mi parte os digo que nada huele mejor para la gente como nosotros, acostumbradas a los animales y a la naturaleza. Mal se ve un labriego con el traje de un notario, y mucho estornudaría si obsequiara a sus narices con perfumados pañuelos. Un hombre limpio huele mejor que un hombre rociado con agua de rosas, pues si desnudáramos a ambos veríamos enseguida que el cuerpo del segundo está lleno de costras y humores insoportables, disimuladas con la esencia de las flores a la que son tan afectas las mujeres y los viejos de dudosa conducta. Buenas camas son para nosotros el montón de paja o la escarchada hierba del llano, como así también la de plumas o lana, mas sin embargo en cualquiera acomodamos los músculos cansados por el trabajo, durmiendo enseguida mejor que los reyes. Debe contentarse el hombre con lo que tiene y mantener sanos el cuerpo y el alma, pues no de olores y comodidades está edificada la eternidad ni el interior de una tumba. ¡Ah, labriegos! Se disipa el perfume ante un ligero soplo y la humedad pudre los camastros de paja, y vano es después perseguir su recuerdo a través de la memoria. No siempre hállase el zorro al final del rastro, ni el eco en la punta del grito, ni la luz donde ardió una lámpara. Deber de todo hombre sería el conocerse a fondo para poder interpretar a los demás y no equivocarse por las apariencias. Sucias de estiércol están generalmente nuestras manos, pero una vez lavadas sana es nuestra piel y vigorosa. ¡Oh, si aquellos que viven a las espaldas del mar respiraran una sola vez en la campiña y rieran ante el sol y los animales; si sus cuerpos de pálido vidrio se robustecieran junto al trigo y los árboles antiguos, ¡cuánta felicidad cabría entonces en el mundo! ¡Veríamos abrirse los cielos, y el rostro de Dios bajaría con las alas del águila a disfrutar de un nuevo amanecer!

Hablaba Vasler Cra, y la lezna danzaba entre sus dedos como por arte de magia, ejecutando la tarea con pericia de talabartero. Cosía riendas y cabezales, y el fino tiento de cuero crudo parecía un grueso cabello dotado de vida propia. Mirábanlo hacer los mozos, y sus oídos no perdían una sola de las palabras del anciano. Afuera corría el viento del otoño, y el cielo semejaba sobre el rastrillo de las vecinas montañas, una luciente torre azul.

— Como os digo, prosiguió Vasler Cra, si tal milagro se realizara ante la humanidad sería nuevamente el perdido dominio del espíritu. Referíame hace unos instantes a los

olores con relación al trabajo y la memoria, y esto trajo a mi mente un hecho ocurrido en el valle de Nir, de donde sabéis he llegado.

Vivía en aquella región un hombre del que se decía había extraviado sus recuerdos, y al que era frecuente ver ambular por los caminos como si buscara en las huellas los pedazos de su memoria sembrada con el andar de los años. Deteníase, miraba el polvo, se arrodillaba y luego seguía caminando, moviendo la cabeza de uno a otro lado y envejeciendo de sufrimiento. Nadie intentaba hablar con él, llamándolo el “viejo demente” y de varias otras maneras, pero yo, Vasler Cra, siempre que he podido he satisfecho mi curiosidad y poco tardé en tropezar con el hombre, entablado conversación. Miróme al principio con desconfianza, pero descubriendo que no iba guiado por la burla, contóme las causas de su angustia, sin incurrir en errores que delataran al loco o al imbécil, y menos al mistificador.

“No creáis, me dijo, que me he olvidado de todo dejando que a mi cabeza la ocupara el vacío; nada de eso. Acuérdomé de fechas, nombres y lugares con tanta claridad que os asombraría. Pueblos y ciudades he visto, y sin embargo sus habitantes, conocidos o no, aún permanecen en mi memoria. Retengo viejas músicas, y puedo repetiros pasajes enteros de la Biblia sin equivocarme, pero hay algo que he perdido, algo que no puedo descubrir qué es y por cuya causa temo enloquecer algún día. ¿Nunca os ha sucedido extraviar en el cofre del tiempo algo que os causara pena o alegría y al que le adjudicaras importancia sin igual? ¿Acaso un perfume que súbitamente toca vuestras narices, no intenta revivir remotas sensaciones, imágenes vistas en anteriores épocas? ¡Ah, bien sé yo lo que es eso! Sensible como la cuerda de un violín era mi espíritu y en él se grababan los sucesos como se graba la edad en las cortezas del joven abedul! Pero pasó el tiempo, y los recuerdos se me fueron cayendo mientras andaba; uno a uno, sin ruido, silenciosamente como espectros que abandonan la sepultura. Un día quise sacar algo de mi interior, algo, no sabía qué; ya no estaba allí. Bueno, me dije, todavía me quedan cosas que memorizar. ¡Oh, dolor!, me equivocaba. Pronto tuve el alma vacía y polvorienta como un cántaro perforado. ¿Qué se hicieron las bellas formas del pensamiento, las escenas ideales, las vagas presencias del misterio? Nada queda en mí. Era músico; quizá siga siéndolo; no lo puedo afirmar pues hace años que no tomo un instrumento; solamente busco, busco dentro de mí, fuera, en el camino, en las cosas, en los seres. Busco lo que perdí o me robaron, mis memorias secretas, mis años de felicidad, mis sueños. Y si los tuve, ¿cómo eran? ¿a quién y a qué obedecían? ¡Oh, diréis que estoy loco, como comentan por ahí; no me extrañaría! Lo único que puedo deciros es que me falta la memoria; no la que suponen los torpes, sino la otra, la

verdadera, la que nos acompaña a buen morir; la que nos enseña a reír y llorar, a triunfar y a sucumbir con el alma intacta. Esa es la que no tengo... y la que nadie ni nada podrá restituirme; por eso la busco en los caminos que anduve; quizá un día me encuentre con ella, antes de la muerte...” Alejóse de mí el hombre, y yo, Vasler Cra, sentí un raro estremecimiento, como si el tiempo me entrara de golpe en las venas. Profundas habían sido sus palabras, a tal extremo que mucho cavilé después sobre las mismas, sacando de ellas extraordinarias enseñanzas.

Mas dediquémonos al trabajo. ¡Ea, sacudid esa pereza y haced que vuele la aguja y la lezna en los ojales del cuero! Pronto llegará la noche y con ella la urgencia de vuestros estómagos y la hora del reposo, y mal sabe la comida y el descanso cuando la tarea ha quedado inconclusa. Callemos ahora y escuchemos solamente el canto de nuestro corazón y la música de las manos que reparan los arneses.

CANTO VIGESIMO

— Rara enfermedad es la tristeza —decía Vasler Cra mirando un ocaso de angustiosas luces, emplomado sobre las cosas y las montañas, los árboles y los animales—. Rara y vagamente dolorosa, como una niña vista detrás de un cristal con la mano apoyada en la barbilla. Nunca he sabido dónde acaba y comienza este mal que tanto daña el alma, y no he de negar que mucho he buscado su origen. Triste se está a veces sin causa aparente, y el abatimiento nos roe como el tiempo a una vieja columna, mientras el deseo de morir nos invade con lentitud de caracol y el corazón duele como un fruto en la desgajada rama. Complicado es este sentimiento para el sensible espíritu de ciertos seres, y a veces causa de mortales efectos. No voy a negar que suele llegar por caminos varios, y aún bajo soles de radiantes horquillas y en medio de claros paisajes; sin embargo igual nos toca su misterioso aliento, hundiéndonos en oscuras cavilaciones, propias de atormentados y solitarios. ¿Nace la tristeza con el primer fracaso del hombre, o con la primera grieta de su espíritu...? ¿Está ya en él desde la cuna, o fórmase después a instancias de la evolución...? ¡Ah, arduo es descubrir una justa respuesta! Ojos, uñas, cabellos, ¿pueden saturarse de este mal secreto y sigiloso hasta esclavizar el cuerpo y le alma...? ¡Oh, realidad, espejo del hombre, ¿cómo puedes otorgarme la verdad? Gris está la roca, gris el cielo y el breñal, gris

el toro y el pájaro, la sombra y la barba del abuelo; gris mi corazón y mi memoria, ¡si hasta mi vida pareceme del mismo color! ¿Dónde está hoy Vasler Cra, el alegre vagabundo de antaño, el cazador de osos, el conocedor de la plantas y los insectos...? ¿Por qué vienen a él los lejanos días, las canciones que aprendiera en la infancia, los amores bebidos bajo los anchos y ardientes mediodías...? ¿Será que la ancianidad lo ha tornado tonto y vacío...? ¡Oh, tristeza, tristeza, delgado fantasma de melancólico paso! ¡Cierto es que nada puedo contigo; no lucha la mariposa con el agudo lobo, ni el pico del ave con la vetusta piedra de las cordilleras, ni el hombre con sus espectros...! ¡Aléjate de mí, cuerpo del humo, forma del adiós, cristal de turbio fondo! ¡Déjame ser el de siempre, el que quise ser! ¡Mírame, tristeza: anciano estoy; desde mi corazón a la tumba sólo dista el pie de una noche, la distancia que va del tallo a la flor, ¿qué puedes entonces esperar de mí, sino reflexión y paciencia, serenidad y paz...? ¡Déjame, entonces, y vete del mundo, salta sobre las estrellas y piérdete para toda la eternidad, látigo tenue del tiempo, verdugo de la meditación!

Anohecía sobre el valle y un viento húmedo se pegaba a los muros. Apretujábanse las ovejas en los corrales, y pesadas nubes cubrían totalmente el cielo. Vasler Cra, con los ojos remotos, había encendido su pipa y fumaba pensativamente. Por su frente adusta volaba un ángel impreciso...

CANTO VIGESIMOPRIMERO

Fracasaron las cosechas. Una mañana amaneció el campo cubierto de fina escarcha y los campesinos enmudecieron contemplando el desastre. Trigos, centeno, hortalizas; todo era un negruzco machucón, un golpe inmóvil sobre los surcos. Formando grupos silenciosos fuéronse a la taberna, y Vasler Cra con ellos. Una vez allí, frente a sendos jarros de vino y cerveza, originóse una acalorada conversación, mezclada con maldiciones y frases de resignación y amargura. Vasler Cra no tardó en intervenir, y su voz acalló a las demás.

— ¡Aguardad, labriegos! Bien sé el dolor que os dobla el ánimo y hace flaquear vuestras fuerzas. Ingrato es este despertar y de rudas consecuencias, mas no por ello debéis abatiros como la débil brizna bajo la pezuña; poco vale el que tiéndese antes de recibir la puñalada definitiva, y menos el que se cae sin haber tropezado. Tantas cosechas quemadas

he visto que no alcanzarían vuestros cabellos para igualarlas, y mentiría si dijese que no volvieron a florecer, empujadas por la fe y los músculos aldeanos. Vosotros me diréis: “Nuestros hijos, nuestro pan, nuestro sustento...”. Buen; yo solamente os contestaré: “Vuestra confianza, vuestro esfuerzo, vuestra fe en los designios de Dios...”. Un árbol caído no quiere decir un bosque talado, campesinos, ni la piel de un carnero una pelliza, ni una red un pescador. Quien siembra la tierra arriesga y espera, que el surco no se niega siempre. Cuestión de resignación es ésta y de cristiana lógica; si un clavo se tuerce necesario es enderezarlo o clavar otro, pues poco se ganaría arrojando el martillo o tirando la madera. Múltiples sudores ha congelado hoy la imprevista escarcha, y los silos esperarán un año para llenar su vientre con el chorro de oro de un buen grano, y la economía habrá de sentarse a vuestra mesa y hurgará en las alacenas, mas ello no significa que el hambre o la miseria ajuste los cinturones y muerda el rostro de los niños. Nunca os he narrado el caso del sembrador infatigable, mas lo haré de inmediato, ya que la ocasión es propicia, y harto provechosas han de ser mis palabras para vuestros ánimos alterados por la desgracia. Escuchad, pues, que voy a comenzar:

Era viejo ya Gasto Val cuando llegó al valle de Nir y arrendó una triste parcela, cubierta de piedras y malezas, ubicada junto al nacimiento de la montaña. Pulgada a pulgada su azada y sus brazos limpiaron la tierra, costándole tres años la limpieza de aquel erial. Pobre era Gasto Val para tomar un mozo de labranza; por eso tanto demandóle la tarea, causándole no pocos trastornos y sufrimientos, aparte de las privaciones que soportaba con sin igual entereza. Llegó un día y el infatigable labriego sembró sus terrenos, midiendo el grano cuidadosamente, pues no era hombre de perder una sola semilla, pero ¡Oh, desesperación!, oscurecióse el cielo de pronto, y una bandada de mirlos y palomas como jamás se viera asentóse en las tierras de Val y comieronle hasta la última semilla. Lloró en viejo mesándose las barbas, y con el único dinero que le restaba adquirió nuevo grano, que sembró con el corazón oprimido. Pero esta vez no fueron los pájaros los que invadieron los surcos: despuntaba el trigo con prometedor empuje cuando la peste lo segó hasta la raíz, una mañana, frente a la angustia del campesino y al sereno sol de julio. Disculpándose, con el abatimiento señalado en el rostro, pidió semillas a un granjero vecino y esperó el siguiente año, confiando que esta vez la cosecha estuviera de su parte, pero llegó el verano y ni una sola espiga elevó su tallo en las tierras de Gasto Val. Transcurrió el tiempo y el granjero siguió luchando contra la fatalidad. Parecía que una maldición absurda golpeará las puertas de su vejez, destruyendo el fruto de sus trabajos. Sin embargo, la fe no abandonaba el pecho del anciano, que continuaba sembrando, siempre sembrando. Así se

alejaron diez años, y Gasto Val hizo su postrer intento, soportando los reclamos de quienes le facilitarían la simiente y los alimentos necesarios para vivir. Sembró como nunca. Volaba la dorada semilla sobre los surcos como un fino arroyo de abejas, y las aves miraban con cariñosos ojos la tarea del viejo y consecuente sembrador, y las nubes rozaban su cabeza del color de la flor del ciruelo, y el aire mitigaba su afiebrado ir y venir, su gastada respiración laboriosa. Mas todo resultó vano: la muerte llegó una noche estrellada y sentóse a fumar su pipa de granizo cerca del lecho donde soñaba el viejo campesino, que no tardó en descubrir su presencia. “¡Aguarda —le dijo—. Espera que amanezca; mañana habrán de verse los primeros tallos! ¡Tanto he sufrido en diez años que bien vale la pena mirar por última vez el producto de la fe y el esfuerzo! ¡Aguarda, por Dios, un día más!”

Asintió la muerte en silencio y volvió a cargar el hornillo de su helada pipa, mientras el aldeano, sudoroso y agitado, esperaba los heraldos del sol. Horas después, la aurora nació en el horizonte como un árbol de nácar. Cantaron los pájaros y los gallos alzaron sus arcos de bronce soltándole flechas airoas al pecho del día. Levantóse el viejo labrador, y dando traspiés salió a contemplar su siembra definitiva. La tierra estaba igual, hosca y muda, encerrada en su misterio salvaje. Con las lágrimas brillándole en el rostro Gasto Val comenzó a cruzar los sembrados, y las palabras brotaban de sus labios, dirigiéndose a Dios: “¡Santo cielo, ¿qué habéis hecho con mis semillas...? ¿dónde está la cosecha de mis sueños, el producto de mi honrado trabajo...? ¡Oh, Dios mío! ¡La muerte espera en mi casa como un perro el regreso del amo, y nada ven mis pupilas; ni una sola brizna verde, ni siquiera una zarza en esta soledad que prepararan mis manos! ¿He pecado yo contra tus leyes, Señor? ¿He descuidado mi vida de cristiano para que así me alcance tu ira? ¡Señor, permite que después de mi muerte florezca el trigo y pueda pagar las deudas para que en la tumba no se sacudan mis huesos!” Lloraba como una criatura el anciano sembrador, y sus piernas aflojábanse vencidas por la debilidad. Dando tumbos recorría la oscura parcela; entre tanto sus ojos de agua buscaban algún indicio favorable que le demostrara que no había sido estéril su tarea. Llegó al centro del terreno, y sintiendo que la muerte no esperaba un instante más, postróse de rodillas, derrotado como un legendario combatiente. Alto estaba el sol en ese momento, y sus correas de fuego llegaban a la cintura del mundo. Callaron los pájaros, y los insectos detuvieron sus vuelos y zumbidos. Irguió el toro su grueso cuello de roble, y la golondrina ocultóse en una nubecilla redonda. Hoja por hoja silenciáronse los árboles, y hasta la fuerte hierba del breñal suspendió su crecimiento. Todo estaba inmóvil. Sólo el tiempo corría sobre sus pies de aceite. Rezó el viejo una dolorosa oración, y su alma comenzó a desnudarse como el tronco de un alerce que pierde

la corteza. Pero de pronto un estremecimiento hizo que mirara ante sí: delante de sus ojos, elevándose con la velocidad del rayo, subía a las alturas una espiga extraordinaria como una columna de oro. Estallaban sus brotes en silencio, y los granos, agrupados en la cúspide del cañuto, eran del tamaño de puños..., quizá mayores. Azorado, sin comprender el milagro, el anciano seguía el crecimiento de la planta, sin atinar a pensar en nada, olvidado de la muerte que permanecía a su lado, fumando siempre su infaltable pipa de hielo. Llegó la espiga a la altura de siete hombres puestos unos sobre otros, y con un cabeceo de gigante sacudió su apiñado fruto. Se abrió la cáscara, y el trigo, en granos de inigualable textura, fue cayendo a los pies del viejo labrador como un surtidor de prodigiosa riqueza. Caían y caían las semillas, y al cabo de un instante una montaña brillante incorporábase frente a sus pupilas atónitas y llenas de luz, montaña capaz de llenar siete graneros o siete silos espaciosos. Iluminóse la fisonomía del campesino, temblaron sus labios, y tres palabras lo llevaron más allá de la vida: “¡Gracias, Dios mío...!”. Gasto Val estaba muerto ante el prodigio. El triunfo de su fe y de su paciente confianza había tenido su pago merecido.

Nada más dijo Vasler Cra. Los aldeanos meditaban junto a sus jarros de vino, mientras el humo del tabaco ascendía con lentitud. En algún lugar de la mañana cantaban las alondras...

CANTO VIGESIMOSEGUNDO

Tiempo después Vasle Cra visitó a los carpinteros, y en su compañía pasó horas amables al cabo de las cuales díjoles del modo siguiente:

— Resúltame honrosa vuestra amistad, nobles artesanos. Siempre soñé manejar la garlopa y los escoplos y trabajar las inmóviles venas de la madera cuyos olores saben a libertad, mas mi deseo no viose cumplido. Nada hay comparable a un fragante taller donde se amontonan los troncos y las pulidas tablas, y no existe música mejor que las de los cepillos de filoso canto. Suda la resina sobre los varios aserrines, y las virutas parecen caracoles de leves dibujos en el sonoro piso. Abetos, cedros, encinas y abedules salen de vuestras manos para prestar al hombre útiles servicios, así como también la sonriente cuna y el severo ataúd, y no hablemos de los animados juguetes contruidos con el cuerpo del

blando pino, ni las bellas cajas de enebro y laurel rosa. Artista es quien de su trabajo consigue un fragmento de eternidad, llevando a los demás alegría, y no aquellos que destruyen creyendo que edifican y cuyas obras mueren antes que sus vidas. Carpinteros de notoria fama fueron los viejos habitantes de la tierra, y de sus rústicas herramientas esgrimidas con inteligente paciencia aún quedan testimonios. Larga es la vida de un tronco tratado con propiedad, pues yo he visto vigas maestras de más de quinientos años y soportables labrados de edad casi semejante. ¡Oh, bella es la tarea de los artesanos, pues los que tienen las manos ocupadas, y también la cabeza, evitan el daño y los malos pensamientos que oscurecen la razón! Canta el leñador que derriba la madera, canta el que la transporta, y hace lo mismo el carpintero porque el bosque siempre ha sido un coro de columnas debajo de los pájaros, como el cielo es una columna de pájaros debajo de Dios.

Discurría de este modo Vasler Cra, y en aquel ambiente su fisonomía adquiría por momentos insospechadas luces, como si la tarde que afuera esplendía metiérase por su piel, y, emergiendo a través de su cuerpo, formara un halo de placidez en torno a su figura. Oíanlo los carpinteros en silencio, y la satisfacción afloraba a los rostros como el buen mosto que anticipa un digno vino. “¡Gran hombre —pensaban— es este Vasler Cra! ¡Y de claros principios! ¡Nos habla con sencilla palabra y elogioso acento, y en sus pupilas puede verse la verdad como se ve la carpa en las tranquilas aguas! ¡Daría cincuenta monedas de oro y cien árboles de lisa madera por parecerme al anciano de Nir!” Así pensaban los carpinteros mientras el pastor seguía discurriendo.

— Suelen decir a veces que la fantasía anida en mi garganta como la golondrina en el abrupto acantilado, empero aquellos que de tal modo se manifiestan mucho ignoran con respecto a mi persona. Procedo de acuerdo con mis principios, y a ellos obedece mi voz y sentimientos, y nunca cambiaría para caer en gracia a tontos e incapaces. Quien se sabe ignorante sufre y aprende, pero quien se supone capaz sin serlo es mal visto y llega al ridículo; y yo, Vasler Cra, lejos estoy de las comentadas consecuencias. Pero no hagamos caso del asno que cabecea sin tener la soga al cuello ni el heno frente al hocico, y sigamos en franca camaradería. Habíame dispuesto a narraros la historia de un carpintero de Nir, pero no sé si vosotros estaréis de acuerdo. Asintieron vivamente los hombres, y el anciano pastor dio comienzo a su relato. En el serrín jugaban dos insectos que taladran la madera.

— Era Tamis Ol un insuperable carpintero, y todo el valle alababa su maestría y el gran conocimiento que tenía de su oficio. Nadie como él trabajaba los sólidos troncos ni nadie superábalo en el tallado de finas alegorías. Artífice por naturaleza, paciente e imaginativo, Tamis Ol con un escoplo hacía un púlpito, y con cepillo de afilada hoja, un espejo estriado.

Hora tras hora, en su perfumado taller ubicado detrás de un granero, sus manos diestras ganaban el cotidiano sustento, y sobre su delantal de cuero resbala la viruta y el polvo como resbalan las gotas de la lluvia en la musgosa piedra. Sin familia, alejado de lo que significara una distracción para su labor, Tamis Ol formaba en la madera su pensamiento con soberbia y armoniosa justeza. “¡Eh, viejo Tamis, hazme una silla de roble...!” “¡Necesito un fuerte banco y un nuevo cubo; aquí traigo las medidas de las duelas...!” “Dime, Ol, ¿cuánto me resultará un dintel para la puerta grande...?” Sonreía el carpintero y a todos complacía en sus deseos, y sus herramientas se pulían con el trabajo; y la madera dejaba su sombra de árbol junto al taller de Tamis Ol.

Se fueron los días, y una mañana de abril Tamis contrajo matrimonio con una aldeana alegre y robusta, cuyo rostro frutal era de por sí un elogio a la naturaleza. Mucho trabajó para entonces Tamis Ol previniendo el nacimiento de un hijo, pero los años se alejaron como los días y la luz del brote no iluminó la vieja rama de los Ol, sumiéndolos en silenciosas tristezas. Inútil sería narrar cuánto sufrieron, sin que por ello sus ánimos flaquearan; Dios es testigo de sus rezos y sacrificios, y poco puede el testimonio del hombre ante la autoridad. Después de ocho largos años, una noche la mujer de Tamis sintióse indispuesta, y la curandera dictaminó al siguiente día la presencia de una nueva vida en el vientre de la campesina. Lloró de gozo el recto carpintero, y con enloquecido afán diose a la tarea de construir una cuna taraceada, con las maderas del olmo y el enebro. “Oh, —decíase—, ésta será mi mejor obra! Mi niño habrá de mecerse como la flor en la brisa del poniente, y los pájaros lo confundirán seguramente como un anuncio de la primavera. ¡A ver, manos de Tamis Ol, portáos como Dios manda y no dañéis la madera! ¡Ah, la felicidad nace en el vientre de una madre y no en otro lugar!”

Brillaba el relámpago del cepillo, ondulaba la sierra de dos cabos, y el martillo subía y bajaba golpeando el fino curso de la veta, y en el piso del taller amontonábanse las virutas perfumadas, trazando una bahía de rizados augurios. Sin descansar un instante, el carpintero iba formando el pequeño lecho para el niño, olvidado de cuanto le rodeaba, y en su alma simple un cántico melodioso acompañaba el incansable vuelo de las herramientas. Tamis Ol soñaba, y sus sueños eran tan viejos como los del primer hombre. Al cabo de un corto tiempo nació el niño, pero la muerte venía con él como la noche viene con el reposo. ¿Habéis visto vosotros cómo rompe la fruta el agudo piso del temprano frío...? Así rompiéronse los corazones de Tamis y su mujer, y las lágrimas salieron de sus pupilas igual que el agua echada en una cesta de mimbre. Mucho sollozaron sobre el diminuto cuerpecillo; tanto que sus rostros parecían dos hinchadas semillas de adormidera.

Agotados, velaban el sueño sin auroras de la criatura, y en sus espíritus sencillos la muerte corría en el fino trineo de la soledad.

— ¡Trae la cuna, Tamis Ol —dijo su mujer—! ¡Tráela y acunemos a nuestro hijo antes de que vuelva al Señor! ¡Para él la has construido; tráela entonces, que mi dolor quiere mecer el tronchado tallo de mi sangre...!

Salió Tamis en busca de la cuna, y cuando regresó el espanto y el azoramiento caminaban por sus ojos. En lugar de la mecedora, sus manos portaban un delicado ataúd, del tamaño de un cofre mediano, salpicado de incrustaciones complicadas.

— ¿Qué has hecho, Tamis Ol —gritó su mujer—. Y un desvanecimiento dio con su cuerpo en tierra. El carpintero, entre tanto, como herido por cien rayos, descompuesta la faz y vacilante el paso, miraba su obra ajeno a cualquier explicación.

— “¡Santo cielo —musitaba— ¿es que soy hijo de locos para portarme como tal? ¿qué demonios alteró mi trabajo conduciéndome a esta desesperación? ¡Nadie ha visto ni a nadie he mostrado lo que hacía! ¡Mis manos jamás se equivocaron! ¡Paciente fue mi tarea y mi dedicación, entonces, ¿a qué se debe este horror, esta dolorosa realidad...? ¡Dios mío, ¿habré visto a la muerte soñando con la vida...?

Monologaba como un ebrio Tamis Ol, y su mujer, agitada por la desesperación, yacía en el suelo, cerca de sus pies.

Amaneció sobre el valle, y el despertar de la tierra formó un disco de magnífica luz. Cantaron las aves, discurrió el arroyo, y el árbol adusto buscó el viajar de las nubes. Tamis y su mujer sepultaron al niño cerca de un grupo de añosos robles, y el débil cuerpecillo fue encerrado dentro de la caja equivocada ante el inocente silbar de los pájaros y el vuelo de las mariposas y el vaivén de las hierbas. De lejos llegaba el sonido corto de las esquilas, y la flauta de un pastor flotaba más allá de los breñales.

Tamis Ol jamás volvió a tocar una madera; se oxidaron sus herramientas, y el taller llenóse de humedad y de abandono. Poco a poco la miseria filtróse por las grietas de los muros, invadiendo también el alma de Ol. Huraño, con la barba revuelta y los ojos ausentes del cuerpo, Tamis esperó que la muerte tocara sus secos párpados. Y de esta manera, un atardecer de mayo, Tamis Ol ascendió hasta la balanza del Creador, y allí fue pesado, como todo mortal. Al tiempo murió su mujer, y sus familiares vendieron la casa. Mas cuando le tocó el turno a las herramientas de Tamis y el taller fue abierto, lo primero que vieron los posibles compradores resultó suficiente como para alejarlos de allí: sobre el banco del desventurado carpintero se mecía una cuna taraceada, de singular belleza y

diseño, como si una invisible mano acunara en ella el cuerpo leve de la brisa o el sueño perdido de un hombre de vida ejemplar, Tamis Ol, el carpintero del valle de Nir.

Cesó de hablar Vasler Cra, y los hombres que lo acompañaban miraron al anciano pastor con reflexivas pupilas, y es de asegurar que sus pensamientos consiguieron al fin descifrar el misterio.

CANTO VIGESIMOTERCERO

— ¡Gente de esta aldea —dijo una vez Vasler Cra—. Pronto habré de partir hacia el valle distante en busca de mis memorias, y no quiero hacerlo sin antes hablaros en general, porque no acostumbro imitar al perro vagabundo que se marcha después de haberse alimentado, ignorando el agradecimiento. Viejo estoy y próximo a morir, y poco me queda por delante. Igual que el gastado buey que equivoca el surco por falta de vista, así temo confundir mis últimos días entre vosotros, dejando una triste imagen de mi pensamiento. Vale un hombre por lo que puede ofrecer de provechoso a los demás y por su rectitud, y no porque calce sandalias de oro y adorne su cuerpo con la púrpura y en su bolsa suenen las pesadas monedas que engañan el oído y la razón, y tornan servil al altivo y ciego al que mucho veía. Libre soy, y como tal me conduzco; me place hablar de las cosas porque de ellas sale la verdad como la mariposa del turbio gusano, y de mis actos y palabras sólo el bien trasciende y el honor, que es señal de creyentes esta que os digo. No voy a negaros que aquí me agradaría morir, mas tengo ya el sitio elegido en el valle de Nir, y sus habitantes esperan mi regreso, así como también sus pájaros y montañas. Narrador de fábulas he sido para vosotros y de verídicas historias, aunque a veces se me tomara por un pueril anciano de trastornada cabeza y corazón bailarín, influenciado por los poetas y los monjes visionarios o por la soledad de apriscos y llanuras; pero esto no significa que careciera de estimables propósitos y que mi voz no llevara la luz como el águila las hojas del sol entre sus alas. Dichoso he sido entre vosotros y tratado con respeto y atención, y os juro que dichos recuerdos no se borrarán mientras viva, que es la fidelidad una de las pocas virtudes a la que consagré gran parte de mi existencia. Hijo de los vientos, hermano del ave y el sacrificado animal, anduve inolvidables jornadas entre los hombres y las cosas, y de ellos extraje notables enseñanzas que procuré sembrar al paso de mis sandalias,

dejando para otros la cosecha. Bien sabéis que nunca me tentó el dinero ni el privilegio de los gentiles, sino la amistad de los simples y rústicos en cuyos rostros se adivina la pura fuente del ser y la humilde lámpara de Dios. Cosa de ignorantes el no saber lo que os digo, y su culpa nace del equivocado orgullo de su esterilidad. Quien frecuenta los árboles se transforma en corteza, y el que mira a las nubes alcanza el vuelo del halcón. Dispara la honda la zumbante piedra, pero es el ojo quien dirige su trayecto y es la fuerza del brazo la que la impulsa, y no como muchos suponen, el peso del guijarro y el arco del volteo. De esta manera miré el universo y sus misterios, y de ese modo logré investigar el origen del espíritu y la muerte de la carne, porque así como los huesos duran más que la piel, el alma sobrepasa la medida del cuerpo y llega a la eternidad de las estrellas. Duro es para mí tener que partir dejando tan nobles amigos, pero antes de hacerlo quiero hablaros de la muerte, que en suma es el definitivo problema del hombre. Dejad que llene mi pipa y afirme mis ideas, y no tardaré en abriros mi corazón.

Hizo lo dicho Vasler Cra, y con el primer humo salió la primera palabra, como la abeja ante el destello primero de la aurora.

— Grave y sencillo es a la vez el tema de la muerte, y escasos son aquellos que consiguen interpretarlo con justeza. Para mí no adquirió nunca carácter de borrasca, pues la brisa joven mucho tarda en ser huracán, y el niño en asumir los rasgos del hombre. Ignoréla de criatura, sufríla de adolescente y la reflexioné en la madurez, despojándome de errores y apresurados juicios. Muere el que no sabe morir, y no aquel que se ha habituado a saludarla diariamente, y que conoce sus suaves ademanes y el tabaco de su nevada pipa. ¿Sabe la rama que un día el hacha tronchará su músculo erguido...? No, pero ha visto el hacha tantas veces que ya no le teme. ¿Sabe el lobo que un día la bala perforará su espinazo...? No, pues su oído acostumbrado está al estampido, y al brillar de las armas sus ojos; en consecuencia, su familiaridad no le permite el espanto y ataca hasta que el plomo derriba su furia. Esa es la cuestión, aldeanos. Tememos lo que no logramos descubrir, lo que nuestras mentes no perciben con claridad y equilibrio. Para el que no siente a Dios, ¿no es terrible acaso su dudosa presencia...? Para el que no tiene fe en su cosecha, ¿no son afiebrados y dolorosos sus sueños...? ¡Ah, ésta es la verdad y no otra, por más que busquemos...! Anda el hombre junto a los animales y los insectos, y nada le preocupa su muerte, a no ser que ésta lo afecte en sus monedas; anda el enfermo junto al mendigo y sólo le interesa el mendrugo que guardan sus ropas quemadas por el tiempo; anda la liebre junto al caracol, y sólo la intranquiliza su propia velocidad; anda la inteligencia al lado del

idiota y únicamente se enorgullece de sí misma; anda el hombre en manos de la muerte y desconoce el largo de sus dedos...

Sí, campesinos. Angustioso no es esperar la muerte, sino no saber donde está su figura ni en qué momento puede aparecer delante de nuestros ojos, ¿acaso no es mejor abatir al oso cuando lo sorprendemos comiendo miel junto a una encina, que si lo buscamos en su madriguera debajo de la nieve...? Yo, con ochenta años en los hombros, sonrío ante la mujer de cabellos escarchados, y ella lo sabe y dice: “Vasler Cra se irá conmigo a segar otros trigos; Vasler Cra andará con seguro paso a mi lado, y sus padres lo aguardarán en el centro del tiempo, porque Vasler Cra siempre vio mi rostro desde niño, y el miedo está tan lejos de él como el pez de la red y el sueño de la realidad.”. Esto dice la muerte de mí, y la tranquilidad se ovilla en mi pecho como la cría del tejón en la redonda cueva, fortaleciendo el tronco vacilante de mi ancianidad. Infinidad de veces la he visto cruzar el ancho río de la noche en su barca de niebla para echar sus redes de fino mármol en las aguas del reposo, y otras tantas he podido contemplarla a mitad del día, correr sobre la hierba con un fusil de nieve en las manos, en pos de la existencia de algún ser. Veíame ella también, y su blanca mirada rozaba mi corazón como una golondrina el frescor de la onda. ¡Oh, gente de este valle! Cuando la primavera comience a estirar sus brazos celestes iniciaré mi viaje hacia las tierras de Nir! Pero antes beberemos el espeso vino de la despedida, y habremos de cantar las remotas baladas de la paz y de la felicidad!

Entristeciéronse las gentes, y más de una lágrima fue disimulada con premura. Vasler Cra, de pie como una sombra de cristal, tenía los ojos puestos en la lejanía, y su alma estaba llena de fulgores insospechados.

CANTO VIGESIMOCUARTO

Llegó la primavera, y con ella acudieron los campesinos a despedir a Vasler Cra, que desde las primeras horas aguardaba en el comienzo del camino. Se fueron acercando en grupos silenciosos, y con ellos venían sus mujeres y chiquillos, los mozos y las muchachas, los ancianos y las viejecitas, los perros y los ásperos borricos, y sobre todas las cabezas, la luz de la mañana, las aves y los insectos, las nubes y la brisa primera, formaban un estrado transparente para los codos de Dios. Alzaban las montañas sus

párpados de piedra verdosa, y el valle saturado de los jóvenes olores del tiempo parecía el ingenuo juguete de un niño gigantesco. Dos águilas esperaban la partida de Vasler Cra, y sus vuelos, geométricos y lentos, suspendidos de incalculables alturas, solemnizaban el azul del espacio.

Todos los aldeanos estrecharon las manos del viejo pastor, y a sus gargantas, inútiles para la palabra, subían las lágrimas, y allí se deshacían como las gotas de lluvia en las flores de lino. Vasler Cra, emocionado, brillantes las pupilas, más erguido que nunca en su patriarcal apostura, sonreía a cada uno de manera distinta, dejando en aquellos corazones la eterna semilla de la concordia y de la fe.

Cuando el último labriego saludó al peregrino, el silencio cavó más hondo en los pechos, y la aldea entera pareció disminuir de tamaño hasta parecerse a un fruto de avellano. Oyóse el canto de un pájaro; latió una esquila en la lejanía, y Vasler Cra, apoyándose en su cayado de boj, habló del adiós:

— ¡Nobles labradores, la hora está ya en su maduro sitio y el camino espera! ¡Cinco años permanecí entre vosotros, y algunos más demoraré para encontrar el valle de Nir, dado que mis piernas no tiene la agilidad de mis pensamientos; sin embargo la confianza me ayuda, y esto ya es mucho para quien la senectud le pone piedras en la rodillas y arenas en el corazón! ¡Os digo que volveré, y no es mentira lo que afirmo! ¡ Un día habrá en el que mi espíritu visite vuestras casas y cosechas, y se siente a la mesa familiar como lo hiciera mi cuerpo; entonces sabréis que yo, Vasler Cra, no fui solamente un hombre sino que también estaba facultado por el misterio y el sueño, como los seres que circulan las sendas de la sombra! ¡Acordáos de mí, aldeanos! ¡Acordáos y pensad que todo está en su lugar, y que sólo el Creador dispone y ejecuta! ¡Sed simples y sencillos, respetuosos y valientes! Un campesino que trabaja ayuda al hombre que piensa, y un hombre que piensa descubre la forma de la verdad. ¡No os olvidéis! ¡Vasler Cra ha de volver, y sabrá con gusto de vosotros! ¡Adiós, hermanos de la tierra! ¡Cosechad y vivid en paz, que lo demás poco importa! ¡Hasta la vista, habitantes de la luz!

Levantó el anciano su mano vigorosa, y volviendo las espaldas al valle, para no mostrar su rostro cubierto de lágrimas, encaminóse hacia las montañas. Descendieron las águilas al verlo, y las aves fuéronse con él. Delante de sus pasos volaban las mariposas, y los insectos lo seguían dulcemente, describiendo musicales círculos a su lado. Los campesinos, reunidos a la orilla de la aldea, lloraban en silencio, y la mañana era una pulida lámpara de roca sosteniendo la llama del sol. Vasler Cra retornaba al valle de Nir, y el universo lo sabía.

LIBRO SEGUNDO

CANTO VIGESIMOQUINTO

“Ven otra vez a mi casa con aquellos preciosos modales anticuados...”

R. TAGORE

¡Cantad, hombres del mundo, fabulistas, narradores de cuentos y leyendas! ¡Cantad la pureza del ser, lo perdurable y maravilloso de la vida! ¡Olvidáos de la miseria y la suciedad, que suele cantar de por sí como el lobo hambriento que aúlla en las solitarias noches, y cantad, cantad siempre! ¡Ved al anciano Vasler Cra! ¡Seguid su camino y lo escucharéis hablar de cosas cuya verdad asombra y hace meditar! ¡Oh, gente de los nuevos y viejos países, ¿dónde buscáis la libertad, la belleza y la paz...? ¿Dónde suponéis que habita Dios sus milenarias grutas de grandeza perfecta...? ¿En el mar? ¿En la montaña de rugosos riñones...? ¿En los profundos desiertos de viento...? ¡No, gente de los nuevos y viejos países...! El vive donde trisca el dulce animal y verdea la fresca hierba; donde cantan las aves y los árboles del bosque crecen apacibles y fuertes en la madera; donde los labradores saben cosas antiguas y fuman sólidas pipas de oscura cazoleta; donde los niños juegan con insectos y estrellas, guijarros y muñecos de pino. Allí mora el Señor, y no en otra parte. Y si no creéis, podéis preguntárselo al lobo de húmeda quijada, al oso que gusta de la miel, a las golondrinas y aguzanieves, a las hormigas y carpas, a las arañas danzarinas y al mochuelo sapiente y solitario cuyos ojos ven el principio y fin de los seres. Sí, gente de los viejos y nuevos países, guerreros, monjes, poetas y eruditos, vagabundos y gentilhombres... El Creador allí mora, y Vasler Cra lo afirma a medida que la muerte se le acerca como un monarca de frías pestañas, y el valle de Nir, el hermoso y alegre valle, espera el arribo del anciano pastor cuya frente está poblada de astros y mágicas parábolas...

CANTO VIGESIMOSEXTO

Cuando Vasler Cra llegó a las montañas, dejando atrás la aldea luego de atravesar un extenso páramo, detúvose a descansar a la sombra de un olmo macilento. Hora crepuscular era aquella, y el cielo parecía una uña de vidrio azul-oro, manchada por algunas nubes alargadas de violáceos contornos. Percibíase aún el cabecear de las esquilas distantes, y los pájaros volaban hacia sus nidos por los cabellos inmóviles del aire. Sentado junto al tronco musgoso, el pastor diole lumbre a su pipa, no tardando los pensamientos en ocuparle la mente. Bello era el paisaje. Erguíanse las primeras estribaciones de la piedra frente al caminante, y a sus lados un árido roquedal abría su defectuoso abanico salpicado de duras hierbas. Más lejos, tendiendo la vista hacia el Levante, resaltaban las vegas y las parvas, y siempre más allá humeaban las hogueras anticipadas de los pastores. Olía la brisa a salvaje y primitiva savia, y la inmensidad descendía sobre el alma como un balsámico prodigio. Chirriaban los grillos, y la estrella de la tarde comenzó a definir su astillada moneda. Vasler Cra fumaba pausadamente, y su semblante trasuntaba todo el tranquilo misterio de un espíritu rozado por la naturaleza.

Volcó la noche su cuévano solemne, y los astros se confundieron con las luciérnagas, y las rocas con los animales, y las hierbas con los tallos de la sombra. Una gran luna amarilla emplumó de pronto en el espacio, y la madre del mundo, ¡oh, noche del hechizo y del amor, de la muerte y el sueño!, hízose en torno a Vasler Cra, cuya hoguera bien alimentada resplandecía con magníficos temblores.

El anciano reposaba, cuando una voz extraña pronunció su nombre. Incorporóse el pastor, y sus ojos indagaron en la oscuridad que circundaba las llamas, mas no tardó en descubrir que de allí no provenía, sino del mismo centro de la hoguera. Fijó su atención en el fuego y con sorpresa constató, entre la raíz alegre de las brasas, la fisonomía del genio que protege a los peregrinos, ahuyentando a las fieras y a los salteadores. Sonrió Vasler Cra ante la aparición burlesca y caprichosa, y sus palabras saludaron al imprevisto compañero:

— ¡Salud, hombrecillo de barbas cristalinas! Tiempo hace que no distinguía tu rostro en las fogatas ni escuchaba tu voz, igual al chisporroteo de los leños, y mucho me temía que os hubierais olvidado de mi vejez. Si mal no recuerdo solíamos conversar hasta el alba,

años atrás, cuando apacentaba majadas en el valle que ahora me aguarda, y de ello conservo gratas memorias y mejores enseñanzas. Nada hay comparable a un cambio de ideas con los duendes y genios de la tierra, cuyas existencias de encantamiento acobardan al patán y estimulan a los verdaderos hombres, ya que sus orígenes son anteriores a la humanidad, y su sabiduría, vasta y siempre constante.

Explotó en las llamas la risa del genio, y con una cabriola saltó a los pies de Vasler Cra, haciendo una graciosa reverencia. Diminuto era en verdad y vestido de curioso modo: calzaba puntiagudos zapatos y corta saya rota, tocando su blanca cabeza con un gorro de fina piel recamado de pedrería. Gesticulaba continuamente, y el rostro, arrugado como la cáscara de un seco fruto, ora llenábase de luz, ora de sombras, según se colocara cerca del fuego. Mirábalo el anciano con evidente complacencia, esperando que de un momento a otro el hombrecillo dejara sus palabras, y resultaba aquel un cuadro fosforescente y raro, digno de aplicados pinceles. Por fin habló la ideal criatura, no sin antes sentarse a horcajadas sobre una de las piernas de Vasler Cra, que nada hizo por disuadirlo, sabiendo lo mucho que se molestan los genios si se les contraría.

— Veo, andariego pastor, que la salud y el ánimo os asisten en buena armonía, y de ello alégrome sobremanera. Amigo eres de los genios, aunque éstos seamos a veces un poco molestos y crueles con vosotros, los de la tierra superficial. Sé que os esperan agotadoras leguas, algunas de peligroso contorno; empero nada tienes que temer ya que, como veis, he decidido dormir y vigilar desde la hoguera el resto de las jornadas que habrá de recorrer vuestra planta.

— Nada temo, hombrecillo —repuso Vasler Cra— porque el que solo anda acostúmbrase a las dificultades, y el miedo poco puede con su razón, pero no dejaré de agradeceros esta gentileza que mucho dice de vuestra proverbial protección. Siempre he considerado al país de los gnomos como un bello ejemplo de orden y confraternidad, cuyas perfecciones tendríamos que imitar los hombres para lograr merecimientos mayores, que sin duda nos conducirían a gloriosos futuros, pero, desgraciadamente, siglos faltan aún para ver milagros de la naturaleza que os digo.

Asentía en silencio el barbado duende, y sus ojillos fulgurantes miraban a Vasler Cra con penetrante inteligencia, mientras sus manos jugaban distraídamente con la punta de uno de sus zapatos. Trescientos años contaba en su vida el pequeño ser, y grande era su experiencia y capacidad para juzgar los actos humanos; por lo tanto, la compañía del anciano peregrino resultábale atractiva y de singular significado, dado que Vasler Cra tenía en su espíritu las delicadas estrías del misterio y la eternidad. Consumíase la hoguera, y

antes de que el pastor arrojara una nueva brazada de leña sopló sobre ella el duende, y al punto avivóse el fuego como si un chorro de olorosa resina volcárase en las ascuas. Rió el geniecillo ante el estupor de Vasler Cra e inmediatamente dijo:

— ¡Oh, nada es esto! ¡Puedo incendiar el bosque con una luciérnaga y apagar una quemazón con el élitro del grillo! Para mí fácil es dominar la ciencia que en vano persiguen los filósofos y nigromantes, ya que ambos no han podido prescindir del egoísmo y la vanidad, defectos éstos que retrasan la inteligencia y alteran los conocimientos elementales. Sueñan con una piedra que cambie los metales en oro y persiguen la verdad por los caminos del error y la incredulidad, ignorando que la fe y la perseverancia son los únicos signos que llevan tarde o temprano al triunfo y al virtuosismo. Encerrados en herméticas torres, enfermos de soledad y de desprecio, frecuentan al demonio negando a Dios, en tanto que en sus probetas y matraces hierve el espeso caldo de la ignorancia. Nada saben de la hoja que muere en el viento, del guijarro que rueda y de la flor que asesina a los insectos; nada saben del niño que ríe y del anciano que elige la estrella de su reposo final, y, menos aún, del maravillosos mundo del ensueño, donde hablan las cosas y los seres, los animales y las ruelas del tiempo. “¡Ah, dicen, nosotros poseemos la verdad; nosotros seguimos la marcha de los astros y del pensamiento, el curso de la humanidad! ¡Nada existe aparte de nosotros! Somos la inteligencia, el poder, los visionarios sublimes, los señalados por la mano del destino! ¡En nosotros se mide lo primero y lo último!” Y los pobres, en su torpeza grandiosa, olvídanse de que una hermosa mentira vale más que una palpable realidad. ¿Qué os parece, pastor...? ¿Estoy equivocado...? ¿Acaso yo mismo no soy una mentira, un error de los que creen en la pureza...? Sacudióse el genio a causa de un golpe de risa, y con el postrer estremecimiento arrojóse en la hoguera desapareciendo ante los ojos de Vasler Cra. El anciano, sin cambiar de posición, meditaba con el ceño adusto. Sin embargo, su boca sonreía y su alma también. En las alturas, la noche de la primavera transcurría libre y serena por el ancho surco de la Vía Láctea. Desde muy lejos llegó el canto de un ruiseñor, y sus notas viajaron hasta las altas estrellas. El peregrino de Nir habíase dormido, y el color de la lumbre bañábalo en bronce rojizo, como una estatua yacente mojada por la aurora.

CANTO VIGESIMOSEPTIMO

Once días de marcha llevaba Vasler Cra cuando tropezó con un lisiado que descansaba a la vera del camino al lado de sus muletas. Era éste un hombre joven, de rostro franco y tristes ojos, en cuyas manos tenía un violín que indudablemente pensaba pulsar al ser sorprendido por el anciano. Saludáronse al estilo campesino, y poco tardaron en entablar conversación, notando de inmediato el pastor que el hombre aquel guardaba en su interior una poderosa y clara sensibilidad, puesta de manifiesto en la amplitud de su frente y en los ademanes nerviosos y rápidos como el vuelo de los vencejos con los que acompañaba cada frase. “Anciano —dijo el lisiado—, semanas hace que sólo hablo con las aves y mi conciencia, a través de este violín que es mi tesoro, y la soledad antojábaseme un capricho de necios y malhumorados. No voy a negaros que antiguamente disfruté de la charla como el pez en las profundas aguas, mas luego me aburrí de ser oído por incapaces y fracasados, y salí a los caminos saltando sobre mi única pierna, pues cojo soy de nacimiento, aunque la cojera no haya conseguido jamás mutilarme el cerebro y los sentimientos. Artista nací por designios divinos, y anduve en pos de la gloria como el voraz escualo detrás de las naves, creyendo alcanzarla a cada vuelta de senda rodeada de espléndidos laureles; sin embargo, poco tardé en descubrir lo muy equivocado que estaba, ya que gloria y maldad juntas caminan por inseguros puentes ante las multitudes frenéticas que aplauden con avidez, esperanzadas en ver derrumbarse a quienes así avanzan, para satisfacción de sus mezquinos apetitos. Cierto es esto, anciano, y que me falte el sol si mi lengua destila el veneno de los derrotados. Feliz soy tocando para los seres de la naturaleza, y no creo perder con ello, sino que tengo la absoluta seguridad de haber elegido mi verdadera ruta hacia Dios. Ciudades vieron mis ojos capaces de extraviar al sensato, y en ellas gocé y sufrí múltiples martirios, manchando mi alma y mi conducta con el vicio y la ruindad, y soportando la amistad de perversos y maledicentes. Hoy, a muchos años de distancia de la confusión y la inexperiencia, alabo la paz de la hierba y de los bosques, yendo a donde me place con mi violín y mi pierna saltarina. Me protegen las deidades del misterio, y las gentes labriegas albergan mis huesos vagabundos; a nadie molesto, nada pido, a todos les llega mi agradecimiento. Este soy yo, anciano: Muldi Tarlen, el músico rengo, el fugitivo de las ciudades, el hermano de las bestias y de la gente rústica y cristiana.

Vasler Cra había escuchado atentamente, y sus agudas pupilas no perdieron detalle de aquella personalidad. Con gestos calmos guardó su pipa, comenzando así:

—Supérase el hombre que sufre y aprende. Quien se quema una vez no vuelve a acercar sus dedos a la llama, del mismo modo que el joven carnero no embiste dos veces al viejo

macho que manda la majada. Dolorosa es la vida para el que ignora su lugar, y llena de sorpresas amargas. No creáis, Muldi Tarlen, que vuestras palabras pueden causarme estupor; por lo contrario, el respeto y la consideración nacen de ellas como la caña de la humedad y la luz de las bujías. Hecho estoy a los males y aciertos del hombre, y sólo puede deslumbrarme un acontecimiento que escape a la lógica y a la fácil explicación. Admiro a los artistas, ya trabajen el poema o el surco, y en mi corazón las puertas de la justicia y el ensueño permanecen abiertas. Años tengo que confundirían a un calendario y respuestas que abarcarían cien infolios, pero grande es mi llaneza y amplía la curva de mis brazos. Cabe el cielo en la semilla de un fruto y el mar en la lágrima de un niño y la sed en la gota de rocío, y hasta la misma muerte puede habitar el orificio de un cabello en el polvo; en consecuencia un hombre noble cabe en otro hombre hasta que no demuestre lo opuesto, y si lo hace, su actitud ya no me pertenece. Vasler Cra es mi nombre, y pastor soy desde la cuna. Si llevas mi camino gustoso compartiré las jornadas que restan escuchando vuestro violín; si no que Dios guíe vuestra pierna y bendiga la libertad que os espera.

Explicóle Muldi Tarlen que llevaba caminos diversos, y luego dedicóse a su instrumento, consiguiendo efectos sonoros de inigualable maestría, saturados de una infinita piedad, encantadora y diáfana. Elogió Vasler Cra la habilidad y sentimiento del músico, y una hora después estaba nuevamente en viaje hacia el valle de Nir, mientras sus oídos repetían las notas del violinista lisiado, en cuyo miembro atrofiado dormían para siempre el desencuentro y la negación de la humanidad.

CANTO VIGESIMOCTAVO

Pescaba una mañana Vasler Cra a la orilla de un arroyo en procura del frío y sabroso pez, y su mente permanecía tranquila y atenta al cordel que sostenían sus dedos. Corría el agua con transparente mansedumbre, y el sol en ella mojaba sus barbas de heno. Limpio el cielo, como el filo de una reja largamente usada por el celestial labrador abría el surco del aire, y en su ámbito movíanse las gráciles semillas de las golondrinas. Una que otra nube blanca vagaban en la luz, y la Creación entera parecía detenida en el silencio, original y claro. Sacudióse el cordel, y Vasler Cra, con mano diestra, sacó un grueso barbo de dos palmos de largo. Golpeó el cuchillo del anciano la cabeza del pescado, y al poco rato

asábase al rescoldo, ensartado en una rama de encina. Comía el pastor la apetitosa carne, cuando un tropel inusitado le hizo levantar la vista. Al otro lado del arroyo, en una planicie herbosa, habían aparecido una docena de caballos salvajes, de largas crines y airosas cabezas. Relinchó un semental robusto, lustroso como un yelmo de azulado acero, y las yeguas agrupáronse al instante estremecidas por la carrera. Dos jóvenes padrillos de dilatadas narices y poderosos remos custodiaron los flancos de las hembras, y sus ojos vivos e inteligentes miraban la libertad con desafiante soberbia. Quedóse inmóvil Vasler Cra gozando del espectáculo que sus pupilas veían. Relucían las grupas cerriles, y la brisa agitaba las espesas colas intactas. Bello cuadro era sin duda el de esos animales rápidos y nerviosos, expectantes, dispuestos a la estampida ante cualquier sobresalto o peligro inminente. Permanecieron quietos unos instantes, y luego, sin haber notado la presencia del anciano que hallábase cubierto por un matorral de juncos, empezaron a ramonear los frescos tallos, levantando de tanto en tanto los vibrantes cuellos, vigilados por el amo del grupo, el semental de pelaje negro azulado. Mas poco duró aquello: un zorro, asustado por la figura de Vasler Cra, echóse al agua nadando en dirección a la opuesta ribera. Resoplaron los potros, y en un segundo salieron disparados hacia la lejanía, batiendo la tierra con un furioso vértigo de cascos. Iba adelante el robusto jefe relinchando a intervalos, y lo seguían de cerca las yeguas, a cuyas grupas y cerrando la marcha, elásticos y jóvenes, galopaban los padrillos. Saltaba la hierba bajo las patas, y las indómitas crines silbaban en el aire de la mañana. Incorporóse Vasler Cra hasta que los vio perderse de vista, mientras su rostro expresaba satisfacción, y así quedóse varios instantes, escuchando el lejano y sordo rumor de los caballos que ya transponían el anchuroso horizonte.

“Oh, libertad! —se dijo en tanto reanudaba su interrumpida comida, sentándose nuevamente—. Eres terrible y hermosa como la existencia de esos animales que aman, combaten y se recrean bajo el sol. Arde su sangre como una llama de relámpagos, y sus ojos y narices beben el viento del llano con impulsiva sed. Nada los detiene. Dueños de sus músculos y albedríos, van donde el instinto los lleva, y breves son las leguas para sus corazones infatigables. Altivos como bárbaros dioses sólo sucumben al yugo del hombre, no sin antes luchar hasta el agotamiento por el derecho de la libertad. Lamentable fin para quienes se hicieron los prados y llanuras, los cielos siempre limpios y la compañía del aire y de los pájaros. ¡Oh, caballos salvajes! ¡Vosotros, al igual que la ideas, necesitáis del abierto paisaje sin murallas, de la luz, de la fuerza que de la tierra sube hasta el invicto destello de vuestras pupilas! ¡Yo, Vasler Cra, libre entre los libres, viejo como la encina y recto como la estatura del mediodía, sé lo que digo! ¡Oh, sublime derecho de toda criatura,

inapreciable bautismo de la naturaleza; algún día verán los hombres su mucha equivocación, entonces, puede ser que la existencia de los demás, bestias y criaturas de Dios, tenga su justo sentido.”

Meditaba así el anciano, y en su alma cantaban las campanas del tiempo y de la razón.

CANTO VIGESIMONOVENO

Cumplíase un mes de marcha, y Vasler Cra hallábase atravesando un espeso bosque de musgosa arboleda. Con grave paso andaba el pastor, y seguido era de insectos y pequeños animales. Grande resultaba el silencio del follaje y perfumado su aliento, y a medida que adelantaba a través de las maderas vivas, los invisibles habitantes de las hojas custodiaban el trayecto del peregrino de Nir, apartándolo de las equivocadas sendas. Anochecía sobre las altas copas, y las primeras luciérnagas encendían sus hornillos intermitentes, en tanto que las aves buscaban sus nidos en la protectora rama, sacudiendo los últimos destellos del sol. Se escuchaba el diálogo de las ardillas, y en la honda espesura gruñía el oso y precipitábanse las temerosas corzuelas saltando caídos troncos. Un fuerte olor de húmeda resina mezclábase al perfume de las flores, y de vez en cuando, un crujido, la caída de una corteza, el rumor apagado de la bestia que huye o la sombra del viento en las infinitas hojas, alteraban la calma apostólica del bosque.

Vasler Cra caminaba buscando un adecuado lugar para pasar la noche, cuando descubrió, semiderruida entre helechos y trepadoras, una cabaña que indudablemente perteneciera a un cazador y cuyo abandono y soledad entristecía el alma. Se detuvo el pastor, y luego de apartar la destrozada puerta penetró en el oscuro interior donde una mesa y un banco sostenían todavía el peso de los años. Crecía la hierba en lo que fuera pulido suelo, y los hongos y líquenes alimentábanse de los podridos maderos. Una lámpara oxidada pendía del techo, y en un rincón amontonábase un enorme haz de ramas de abedul, utilizadas alguna vez como lecho. Volaron varios murciélagos ante la presencia de Vasler Cra, y una rata escapó velozmente desapareciendo por el agrietado muro, arrastrando tras de sí un desagradable chillido. “Bueno —díjose el anciano pastor—. Habrá que dormir en las ruinas como los viejos búhos”, y decididamente se encaminó en procura de una brazada de ramas, para construir una cama donde reparar sus energías.

Volvió al rato con ellas y, luego de distribuirlas en el sitio que le pareció conveniente, tornó a salir, esta vez en busca de troncos y cortezas con los que tendría que alimentar la hoguera durante la noche. Hízose ésta repentinamente, y los ruiseñores abrieron sus gargantas de sonoro mercurio en la imponentia de la espesura. Cantaban los monarcas de las aves, y una red de hilos de oro tejíase y destejía con maravillosa facilidad, aprisionando y liberando el espíritu del universo, en un prodigioso encantamiento. Escuchaba Vasler Cra esa música de extraordinarias variantes, y su alma en ella separábase en millones de partículas, restituyéndose a la eternidad, polvo del principio, fragmento de lo pretérito, instante de los siglos.

Ardía el bailoteante fuego encendido junto a la vencida puerta de la choza, y el anciano, saturado de melodiosos estremecimientos, sacudidas sus fibras por el hechizo de las aves, soñaba distanciado de la realidad. Silenciaron al rato los ruiseñores sus cristalizadas gargantas, y el bosque entero recuperó la augusta vejez de sus maderas. Vasler Cra, fumando reflexivamente, pensaba en su arribo al valle de Nir, y una sonrisa dichosa, leve como el peso de un grillo en la hoja del aciano, iluminaba su rostro octogenario dorado por las llamas.

CANTO TRIGESIMO

Atrás quedaron los bosques, las peligrosas sendas, los breñales y las llanuras, las fuentes y las aldeas. Viajaron los cielos a las espaldas del pastor, y el verano estalló una mañana como un fusil brillante cebado por el sol, hiriendo el aire y los animales, la hierba y la piedra. Vasler Cra, apoyado en su cayado de boj, andaba las últimas jornadas, y una energía desconocida fortalecía sus piernas sobre el polvo del camino. Poco le faltaba para dar con el valle, cuando una tremenda tormenta, tan propia de la estación, rompióse en las alturas obligándolo a refugiarse bajo un frondoso olivo. Negro estaba el cielo como el fondo de un caldero, y rápidas cintas de viento chocaban entre sí, sonando con agudeza. Huían las aves precipitadamente, y el paisaje tornóse torvo y expectante, replegándose como una cenicienta culebra ante los golpes del hombre. Abrió la lluvia su grifo de poderosa frecuencia, y en un segundo se anegaron los campos y el agua corrió como un lagarto líquido por las grietas y canalillos del terreno, ora ocultándose, ora apareciendo

igual que una espada fundida, ora metiéndose debajo de las piedras y helechos repartidos a los lados del camino. Rebotaba el trueno como un inmenso cuero batido por un mazo, y los relámpagos agrietaban el muro de la lluvia, cuya voz multiplicábase en torno al olivo donde Vasler Cra intentaba pacientemente defenderse del chubasco. Llovió por espacio de una hora, y con la misma rapidez que llegara se disipó la tormenta y el cielo se abrió perforado por el sol; apartáronse las nubes ante el oro radiante el astro, y la tierra recibió su aparición con regocijados bríos. Pieron las aves, brillaron los árboles lavados por la frescura del agua, y el himno de la luz dejóse oír en toda su amplitud.

Abandonó el pastor la protección del olivo dispuesto a proseguir su interrumpida marcha, cuando un curioso carromato que hacia él avanzaba hízole detener. Raro era en verdad aquel vehículo, y pintado de estrafularios colores. Lo tiraba una yunta de flacos caballos amarillentos, sobre cuyos lomos restallaba el largo látigo del conductor, un nervioso hombrecillo de mojadas ropas, que a cada golpe soltaba una serie de maldiciones chillonas. Ver a Vasler Cra y detener el ridículo carruaje fue cosa de un instante. Escupió ladeando los labios, y luego de observar rápidamente al anciano preguntóle a qué distancia encontrábase la próxima aldea. Respondió el pastor con justeza y amabilidad lo preguntado, en el momento que una barahúnda infernal desatóse en el interior del carro, del que no tardaron en emerger, por una pequeña puerta colocada en la culata, dos hombres y tres mujeres de sorprendente catadura. Saltaron los individuos a tierra seguidos por las hembras, y todos hablaron a la vez confundiendo a Vasler Cra. Vestían ropas amplias y antiguas, y sus rostros eran pálidos y arrugados, tristemente cómicos. Adelantóse el que parecía ser la autoridad del grupo, y luego de adoptar un aire de irónica condescendencia habló de esta manera, observando a Vasler Cra.

— Dime, buen caminante, ¿eres, por ventura, un dios o un simple mortal, de largas barbas y mirada inocente, o un pillo redomado afectando actitudes de patriarca...? ¿Pertenece a esta desagradable comarca, llena de bastardos e ignorantes o formas parte del mundo civilizado y te hallas aquí de tránsito? Nada me extrañaría que fuerais una cosa y la otra; he visto tantos truhanes con hábitos de abad y tantos religiosos con costumbres de malhechores, que ya el estupor no cabe en mi entrecejo; a fe mía, que un bicho difícil eres, viejo, y lleno de sutilezas. Brillan vuestros ojos y altivo es tu porte. Diríase que descendes de reyes o verdugos.

Callaba Vasler Cra, y los demás hacían lo mismo, y las mujeres miraban al anciano con burlona curiosidad. Nada repuso el pastor por el momento. Sus agudas pupilas estudiaban

los gestos del hombre y el peso de las palabras que pronunciara. Sin demostrar mayor prisa, sacó su pipa, cargóla de tabaco, y luego de encenderla contestó:

— Noto, forastero, que la soberbia y la insolencia juegan en vuestra boca como los escorpiones en los podridos troncos, y razones encuentro para justificaros. A juzgar por vuestros ademanes y vestiduras sois comediantes de la legua, y esto es ya suficiente para perdonar el frío que anida despreciativo y hostil en vuestro corazón. Nada hay peor que un grande hombre metido a mal actor, o que un mal actor dándose las de grande hombre. En ambos casos, la necedad y la petulancia anulan sus posibles virtudes, trocándolo en un triste ser de aparatosa y falsa existencia. Consideran escenario los días y las noches, representando absurdas comedias de las que son autores y espectadores, y es tanta la malsana irrealidad que los conduce que hasta la misma muerte no es nada más que un motivo de farándula. Cierto es esto que os digo, comediantes. Poco valen para vosotros los hombres simples que os aplauden y satisfacen el furor de vuestros estómagos; quien mucho cree en sus fuerzas poco valorará las ajenas, olvidándose que a veces nuestro propio calor depende de la leña del vecino. No supongáis, comediantes, que este viejo pastor desconoce los sufrimientos que acompañan el bamboleo del carruaje que habitáis; tanta gente he visto de vuestro cuño, como lluvias de ese olivo que me cobijara hace unos minutos, y puedo aseguraros que la amargura y el fracaso seguían a sus enfermos caballos, como la gaviota la red del pescador y el mendigo la sombra del poderoso. Por ello es que la ira no sacude mi brazo ni mis palabras, y sólo la compasión y la piedad puedo dirigir hacia vosotros. Seguid el camino elegido, como yo el mío; vosotros marcháis hacia el abismo, mis piernas caminan hacia la cumbre de la montaña y mi alma va con ellas. Viajad, comediantes de la legua, y que Dios quite de la huella el error y la miseria.

Dijo así Vasler Cra y volviéndose, alejóse con firme paso, dejando a sus espaldas un profundo silencio. Reía el sol, cantaban las aves, y el cielo ceñía la sombra del peregrino con laureles de oro.

CANTO TRIGESIMOPRIMERO

Tres días después de lo sucedido Vasler Cra vio en la lejanía las agudas canas del Gran Taler, recortadas contra un azul sin nubes. Vibró el espíritu del viejo, y sus ojos se llenaron

de lágrimas felices; detrás de las montañas estaba el valle de Nir, y en él sus mejores años. Una jornada más y el retorno estaría cumplido. Comenzaron a verse las majadas y a escucharse aisladas flautas pastoriles. Giraban las adormideras en la brisa, y el verano, como un robusto oso amarillo descansaba tendido entre las hierbas. Vasler Cra llegaba, y los halcones y golondrinas sabían la nueva, difundiéndola en los aires y arboledas. Rodó la tarde igual que una rueda en la pendiente, y el anciano decidió compartir la compañía de un cabrero que no lejos de allí cuidaba sus animales. Hacia él se encaminó, y ambos pastores se saludaron cambiando sus respectivos tabacos. Era este cabrero hombre de joven rostro y clara mirada, y lo acompañaban seis mastines soberbios y bien alimentados. Sentáronse el uno frente al otro, y poco demoró la hoguera en ser nutrida por las llamas. Partió el apacentador el queso saludable con el anciano, y el agrio vino montañés surgió de un pequeño odre de cuero cabrío. Comieron ambos con tranquilo diente, y la noche los sorprendió conversando junto a la lumbre, mientras que las estrellas, sobre sus cabezas, agitaban diminutas ramas de mica y luna, en cuarto menguante, fingía una harinosa pezuña. Hablaba el joven pastor, y Vasler Cra atendía lo que su ocasional compañero argumentaba:

— Mucho se os conoce por estos sitios, Vasler Cra. Y más aún en el valle de Nir, pasando el Gran Taler. No existe campesino que no alabe vuestro nombre y conducta ni viajero que no lleve referencias de vuestra vida y ejemplo. “Inefable sembrador”, os llaman, ¡y por los clavos de Cristo que no se equivocan! Años tengo que no alcanzan a un tercio de los vuestros, y sin embargo sé más de vos que de mi propia existencia. “Aquí estuvo Vasler Cra —dicen—, aquí mató un lobo cenizo”; “allá derribó un olmo en setenta golpes”; “en ese prado narró la historia del ojeador y el lince...” Y así las palabras salen unas tras de otras como las encendidas avispa del redondo nido. ¡Oh, anciano! ¡El día que la muerte empuñe vuestro cayado y compartáis con ella el más largo camino no habrá memoria ni reinado que dure como el vuestro, y por los santos de las montañas os juro que no me equivoco!

Cesó de hablar el cabrero, y Vasler Cra, visiblemente emocionado, respondióle al instante:

— La exageración es a veces tributo de las almas exaltadas y de los espíritus sencillos y nobles, y es en tal medida que tomo los elogios de vuestro corazón. Nada he hecho que no fuera humano y recto, y si con ello he ganado la gratitud y el aprecio de mis semejantes, puedo afirmaros que en la misma forma devolví cada uno de sus gestos. Siempre me preocupó la felicidad de los demás, aún a costa de la mía propia, y nunca el egoísmo logró

dormir en mi lecho ni mirar por mis ojos. Hermano del hombre soy y de las bestias y plantas, y esa familiaridad me ha enseñado las cosas que sé y otras que callo por no haberles hallado verdad alguna digna de recuerdo y eternidad. Vasto es el mundo en el que se mueven los cuerpos, pero más vasto y milagroso es el de la inteligencia y la razón, y más difícil también. En ambos he colocado mis ideas y pensamientos, con el grano y la pesa en la balanza, logrando no sin esfuerzos equilibrar la realidad con el ensueño y la fe con la desesperanza después de numerosas vigiliass. En esto consiste la gloria que me adjudicáis, y no en otros méritos que me faltan y espero alcanzar antes de la muerte. Quien se acuesta sonriendo despierta alegre y dispuesto a las buenas acciones y su sangre no envejece; en cambio, el que se duerme con el ceño torturado amanece sombrío y poco inclinado a la bondad y a las cosas agradables, consiguiendo con esto amarguras y corta vida. ¡Ah, dichosos son aquellos que teniendo el río cerca buscan la lejana fuente para aguas diáfanas! ¡ Benditos los que suben al alto picacho para mirar de cerca la barca del sol! ¡Alabados los que aman el surco y el buey, la paz y la concordia!

Enmudeció Vasler Cra, y sus manos colocaron un tronco en las brasas. Observábalo el pastor de cabras con respetuosa pupila, y, casi tímidamente, le ofreció al anciano su bolsilla de tabaco. Tomó éste entre el pulgar y el índice la carga necesaria, y las pipas fueron llenadas en silencio. Arriba, la noche era una quieta melodía de astros y planetas.

CANTO TRIGESIMOSEGUNDO

La décima aurora sorprendió a Vasler Cra en el mismo lugar donde, casi sesenta años atrás, se detuviera a mirar el valle de Nir. De pie sobre un risco, apoyado en su cayado de boj, blanca la barba y los cabellos, vio ante sí su antigua comarca. Colosal parecía la estatura del anciano. Erguido, solemne y patriarcal, Vasler Cra lloraba de gozo, y sus lágrimas le mojaban el rostro, fulgiendo en la naciente luz de la mañana.

— ¡Nir! —exclamó—. ¡Aquí me tienes, Vasler Cra ha vuelto! ¡Cantad para Vasler Cra...! Y el viejo peregrino, con andar entusiasta, comenzó a descender por la senda de guijarros hacia la profundidad del valle.

Arqueó al caballo del sol su cuello de bronce, y como obedeciendo a un prodigio cientos de pájaros abrieron sus gargantas inigualables en torno al pastor. Siete águilas

aparecieron de pronto en las alturas, y con sosegado vuelo precedieron los pasos del narrador de cuentos y parábolas. Y abejas y libélulas, mariposas e insectos brillantes y zumbadores, escoltaban también el andar del viejo campesino. Piedra a piedra, musgo a musgo y tronco a tronco Vasler Cra iba recuperando tiempos de conmovida esencia, y era como si una nueva juventud animara las fibras del magnífico hombre.

Y todo aconteció como antaño. Gritaron los chiquillos la llegada del forastero, salieron las viejecitas a sus puertas, ladraron los perros y se alborotaron las gallinas y las ocas, y el vendedor de pájaros abandonó sus jaulas, y el herrero su fragua, y el párroco asomóse con el breviario en la mano, y el tabernero dejó de atender a los parroquianos madrugadores, y una voz, una sola voz se escuchó en el valle: “¡Ha vuelto Vasler Cra...!” “¡Dejad las herramientas y los quehaceres, los animales y las semillas!” “¡Vasler Cra está entre nosotros...!” “¡Avisad al campanero que suelte el bronce de la capilla; la gente de la montaña debe bajar a saludar al apóstol que regresa...!”

CANTO TRIGESIMOTERCERO

La tarde aquella fue memorable y ha de quedar en la historia del valle para ser repetida durante cien generaciones. Vasler Cra, rodeado por todos los habitantes de la aldea, escuchaba de unos y de otros lo sucedido durante su ausencia. Relatos alegres en su mayoría, tristes algunos, fantásticos e ingenuos en su totalidad, y saturados de salvaje belleza y de vibrante poesía. Oíalos el anciano con beatífica expresión pensando que Dios estaba únicamente en ese valle y al alcance de su mano, como el sano fruto ante los ojos de un niño; pensaba, además, que la felicidad es una cosa sin ninguna complicación, si se la considera desde el punto de vista de una espiga, de la hoja del árbol o del discurrir de la fuente. Así reflexionaba Vasler Cra, escuchando a los campesinos de Nir, en tanto el sol tocaba su frente con dedos majestuosos. Y cuando éstos interrumpieron sus relatos, pidieronle una de sus narraciones, iguales a las que años atrás cantara para ellos. Entonces Vasler Cra, espléndido y luminoso como un dios, díjoles del modo siguiente:

— Ahora que estoy nuevamente entre vosotros, ahora que el verano apura las cosechas inflamando el corazón de la tierra; ahora que Nir llena mis pupilas y mi alma conoce la verdad, yo, Vasler Cra, voy a cantar para vuestros espíritus las viejas maravillas, los

hechizados acontecimientos de la vida feliz. Ahora que la muerte puede llegar a mis huesos como un huésped elegido y la paz me sostiene y la sabiduría señala mis palabras. Ahora, pues, voy a comenzar.

Esta edición
se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos Ripari S.A.,
Gral. J. G. Lemos 248, Buenos Aires,
en el mes de setiembre de 1985

"Soy libre y voy a cantar para vosotros... Voy a cantar las viejas maravillas que cantaran mis abuelos y la historia de ese valle que se posa bajo las constelaciones del sur"...

"Cantad, hombres del mundo, cantad la pureza del ser, lo perdurable de la vida.

Olvidaos de la miseria y de la suciedad que suelen cantar por sí, como el lobo hambriento que aúlla en las solitarias noches"...

¡Oh, gente de los nuevos y viejos países! ¿Dónde buscáis la libertad, la belleza, la paz?"

Es Vaxler Cra el que habla.

Pastor, apóstol, peregrino del Valle del Nir, es el personaje que da unidad a *El Antiguo Valle*,

deslumbrante novela en cantos de Roberto Themis Speroni.

***El Antiguo Valle*, tal como dice Aguinis en su prólogo, es un homenaje monumental a la palabra.**

Speroni, nacido en La Plata el 29-9-22 y fallecido en City Bell el 28-9-67, se definió a sí mismo

como un constelado errabundo filial, una honesta cuchilla de pudor templada a golpes de estrella y cabalgata, un álbum de viejas cicatrices.

Miguel Angel Asturias escribió en 1958 acerca de Speroni "novelista argentino, talentoso creador de personajes, mundo y belleza".

Esta obra es una confirmación del juicio de Asturias.

En *El Antiguo Valle* Speroni nos sumerge en un clima donde la metáfora crece

gigantescamente pero con la carga de sustento real que el asombro por el prodigio de la creación no abandona a quien se dispone a viajar con Vaxler Cra.

Sí, éste es un viaje. Para compartirlo, además de leer, hay que vivir, escuchar la música de las palabras, sumergirse en la profundidad de las leyendas y recrear el viaje personal e irrepetible "ahora que Nir llena mis pupilas y mi alma conoce la Verdad".



**"Hay locos
que se creen
profetas.
Yo soy un profeta
que se sabe loco."**